

CLAUDIA SERRANO

NUNCA ESTUVE TAN CERCA

¿Por qué es tan difícil ver la realidad
cuando nos enamoramos?

DEBOLSILLO



CLAUDIA SERRANO

Nunca estuve tan cerca

Traducción de
Ester Quirós

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Al profesor Mario Ziccolella, mi abuelo,
domingo de mis ojos*

*Escribir como sabes olvidar,
escribir y olvidar.
Tener un mundo entero en la palma de la mano
y después soplar.*

PIERLUIGI CAPPELLO

1

Treinta y nueve. Treinta y nueve lunares le conté en la espalda.

He pasado muchas noches de insomnio a su lado. Él, después del amor, se dormía enseguida, a menudo no había tiempo ni para una caricia. Yo no podía dormir.

Treinta y nueve. Se volvía de lado, dándome la espalda. Era una espalda blanca. Yo empezaba a contar. A veces, en la oscuridad, las manchas en la piel se confundían y era difícil distinguirlas, así que tenía que comenzar de nuevo.

Treinta y nueve.

No me atrevía a tocarlo. Con el dedo en el aire, a unos centímetros de la piel, seguía el contorno de sus formas. La curva de la cadera, la subida leve de la espalda, la angulosidad del hombro.

Si por error mi dedo se demoraba sobre una parte de esa piel, si en aquella distancia entre mi carne y la suya aparecía el deseo de rozarla, me retiraba enseguida.

También se puede acariciar a un hombre de lejos. Se puede llegar a él y conseguir que llegue a ti sin necesidad de tocarlo. Se puede perder todo en el momento en que cedemos a la tentación de hacerlo.

Se puede renunciar a la palabra «amor» y camuflarla con un número: treinta y nueve. Eso es todo lo que él me enseñó.

Mi nombre es Antonia. Los nombres son importantes: cuando las nombramos, las cosas existen.

Es lo que solía repetir mi profesor de literatura francesa, cuando nos perdíamos durante horas sumergidos en las novelas del siglo diecinueve. «Fijaos en la importancia que tiene el lenguaje en las relaciones amorosas», decía mientras las últimas luces de la tarde entraban por las ventanas abatibles. «Cuando Adolphe escribe a Ellénore, vierte en su carta todas sus incertidumbres; pero sus mismas palabras de amor hacen que empiece a sentir las cosas que escribe. Esta es la primera ley fundamental: el lenguaje tiene el poder de crear la realidad. Lo que se dice, existe.»

Unos años después fue Vittorio quien puso otra tesela en el mosaico, un día soleado, en el monte Aventino, hablando de los libros de De Lillo y de las partes de un zapato: «Entonces el jesuita le pide al muchacho que se mire los zapatos y que enumere las partes de que constan, y el muchacho empieza a balbucir “cordón”, “suela”, “tacón”, pero no puede seguir. Y el jesuita le dice que no ve la lengüeta, ni el ojal, ni el refuerzo, porque no conoce sus nombres. Ese es el sentido: las cosas permanecen ocultas hasta que sabemos cómo se llaman».

Era cuando, aturdida por su presencia, pensaba que aquello era el principio de algo que habría entre nosotros.

Después, bueno, después me quedé sola con mi nombre, Antonia, y teniendo que repetírmelo para estar segura de existir.

Y entonces, no sé cómo, mientras los demás se empeñaban en idear planes de recuperación: «mejor no seguir preguntándole», «propongámosle hacer un viaje», y a descifrar mis cambios, «me parece más serena», «se le ha pasado», descubrí que me habían contado solo una parte de la historia; si es cierto que las cosas se vuelven reales cuando las llamamos por su nombre, también es cierto lo contrario: hay cosas que se obstinan en existir incluso cuando no podemos nombrarlas.

Así, la primera mañana que pasé en casa después de mi regreso de Milán, al entrar en la cocina y encontrarme la mesa puesta para el desayuno con la taza boca abajo, las galletas y el zumo de naranja, vi que la cosa innombrable, la «cosa», como la llamaba Vittorio cuando hablaba de nosotros, estaba ahí.

Recuerdo lo incómoda que me sentí ante aquellos objetos que me esperaban en formación y las voces de mis padres, que confabulaban en la habitación de al lado: «Se ha levantado».

Entraron juntos en la cocina, se sentaron delante de mí. Yo me serví el té, mordí una galleta.

—¿Son estas las que te gustaban?

—Sí, gracias.

—Papá se acordaba de las de nata, pero ¡yo le decía que las que te gustaban eran estas!

—Sí, son estas, pero las otras también están buenas.

—¿Has visto la taza que te he puesto?

—Sí, es bonita.

—¿Y el mantel?

Yo sonreí y me llevé la taza a los labios; las manos me temblaban. Detrás de las figuras de mis padres, por la ventana, se veía un cielo límpido y una extensión de tejados plagados de antenas de televisión.

Mi madre se volvió siguiendo la dirección de mi mirada:

—En Milán echabas de menos estos colores, ¿eh?

Y yo rogué a Dios que abriera un abismo debajo de mi silla y que se me tragara al instante, a mí con todo el servicio de té y el mantel bordado y las galletas y aquellos ojos de madre expectante.

Quizá, simplemente, a ciertas verdades haya que acostumbrarse: aceptar que las heridas, ciertas heridas, no se curan; que las cosas, algunas cosas, no se resuelven; y que no todos nos salvamos.

A mi vuelta pasé las primeras semanas repitiendo lecciones que había olvidado: «El suelo de la habitación es a rombos veteados; siempre lo he odiado; el del salón es blanco; en la cocina, rosa. El del baño es naranja, tan *kitsch*, que los invitados inventan excusas para volver a ir. Algunas noches llegará la

tramontana y agitará las plantas de la terraza, oiré cómo las macetas se mueven de un lado a otro y papá se levantará a controlar, atar, blasfemar. La terraza con los ladrillitos calientes bajo los pies, en las noches de verano». Después me rendí ante la evidencia de que aquello que había sido mío ya no me pertenecía.

No me quedaba otra que ponerme un chándal; yo, que llevaba tacones incluso cuando iba a hacer la compra, e ir a la playa a mirar a los transeúntes, a veces hasta seguirlos, porque sus cuerpos me consolaban. Aún me acuerdo de la carne del gordo que vi tumbado en la playa, por ejemplo, y del pensamiento tranquilizador de que podía tocarla: si lo hubiese hecho, el dedo se habría hundido en la blancura blanda, entre la telaraña azulada de las venas. Me sentía aliviada.

Al regresar a casa me equivocaba de calle, me daba vergüenza pedir indicaciones en mi propia ciudad. «He estado fuera», habría dicho para justificarme.

Conocí a un hombre que cantaba una canción que decía: «El amor te doblega». Ponía el CD en el lector del coche; bastaban las primeras notas para hundirme. Ahora entendía qué quería decir aquel hombre cuando hacía el amor conmigo y murmuraba:

—Pero ¿te das cuenta?

—¿De qué?

—De lo guapa que eres. Y de que moriremos.

Los coches de atrás me pitaban: «¿Nos movemos o qué?».

Antes o después conseguía encontrar la calle de casa. ¿Dónde acaban las partes de nosotros que damos por un poco de amor?

Si das, das, decía la calle que se extendía ante mi Twingo de segunda mano; es un cálculo sencillo, razonable, aceptable.

¿Aceptable?

En todo caso, mi nombre es Antonia. Y eso es verdad como el color de estos

azulejos y todas estas cosas reales a las que ahora debemos aferrarnos.

El suyo, su nombre, era Vittorio. Un nombre pleno, sólido. A veces, por la noche, lo busco en la lista de contactos y leo una y otra vez ese nombre mayúsculo. Después aprieto una tecla y vuelvo al menú principal y a mi cama de cuando era niña: una cama individual bastará para acoger mi pequeña vida futura.

Pero estoy poniéndome melodramática. En el fondo, puedo no serlo: consigo pasarme las horas mirando la maceta de azaleas sobre el alféizar de la ventana y la cuerda de la cortina que pende y no hace más que eso en todo el día: colgar detrás de una ventana.

Debo de haber aprendido a controlarme. Aun queriendo echar por tierra las rejas de la terraza y gritar «¡Dejadme salir de aquí!», no, no lo hago. Me preparo un té, juego con la taza, pienso en la calidad de la cerámica. Aunque después, dentro del té, lea aquellos mails telegráficos y absurdos que Vittorio me enviaba:

De: vittorioso@gmail.com

A: antonia@libero.it

Asunto: buganvillas en Tarutao

Playas blanquísimas, naturaleza virgen, población indígena amistosa.

El café es imbebible. No obstante, el *resort* ofrece todo tipo de comodidades para una estancia de calidad. Adjunto documento iconográfico.

Pero cuando vuelva, vamos a comernos una *cotoletta*. Díselo también a Dukan (y ponte el vestido negro ceñido sin mangas).

V.

Y me entran ganas de reír, y entonces, mientras me río, aparecen las lágrimas.
«Querido Vittorio», le escribiría hoy, «recuerdo muchas sonrisas.»

La moto se deslizaba por las curvas cerradas de la costa de Liguria. En los arceles eclosionaban las flores. Podía olerse su fragancia. Con la cabeza apoyada en la espalda de Vittorio, las veía temblar a nuestro paso, ondas amarillas y naranjas que se inclinaban sobre el negro del asfalto. Mis pantalones de seda se inflaban con el aire mientras avanzábamos; también tenían flores estampadas y, al ser tan anchos, tremolaban en mis tobillos.

Detrás de los pinos marítimos se entreveían las villas antiguas, que se asomaban al golfo encaramadas a la roca.

—Me gustaría estar en todas esas casas — dije—. Me gustaría entrar en cada sala de estar, en cada cocina, asomarme a cada una de las ventanas. ¡Me gustaría mirar el golfo desde aquel balcón, y desde aquel, y también desde aquel otro!

Vittorio se rio debajo del casco.

—Y luego me gustaría abrir todas las alacenas que se ven desde la calle ¡y tocar todas las tazas y los servicios de café y beberme un té en cada casa! ¿No crees que ahí dentro solo puede vivirse una vida maravillosa? ¿Qué harán? ¿Irán a jugar al tenis? ¿Desayunarán en la terraza? Me los imagino caminando descalzos sobre las baldosas azul ultramarino...

—¡Azul ultramarino, nada menos! — bromeó él—. Te parece una vida maravillosa porque no es la tuya.

Yo puse las manos en sus caderas, sentí la suavidad bajo la camiseta.

—Vittorio, ¿crees que siempre me pasará esto? ¿Estaré siempre fantaseando desde la calle sobre las casas de los demás?

¿Qué me respondió? No lo recuerdo. Quizá no contestó y yo tal vez me mordí

el labio y volví a mirar el cielo azul que parecía correr con nosotros.

Oigo las llaves que giran en la cerradura, los recuerdos corren a esconderse en un rincón.

Anna me encuentra en el sofá con las piernas cruzadas, rodeada de pañuelos usados. Son las siete.

—¿Ya levantada?

—Más o menos.

—Puede que todavía tengas que acostumbrarte al ritmo nuevo. — Hace como si no hubiera visto mis ojos rojos.

No pierde el tiempo en compadecerme por mi dolor, ni trata de consolarme: limpia el pescado mientras desayuno, pone a hervir los nabos mientras mojo las galletas en el té. Para Anna todo es «Así es la vida», de esa manera como lo dice ella, sonriendo sin tristeza y encogiéndose de hombros.

Tiene cincuenta años y siete nietos. Dentro de poco la mayor la convertirá en bisabuela. Dice que tengo mucha suerte por haber podido estudiar y que para lo demás aún hay tiempo, aunque de vez en cuando me pregunta cuándo encontraré marido: «Te conviene antes de los treinta», sentencia.

—Te he traído una cosa — dice rebuscando en las bolsas del mercado.

—¿A mí?

—Aquí está, el bizcocho del Padre Pío.

—¿El qué?

—Es una cadena.

Saca un vaso de plástico tapado con papel de aluminio. En pijama, me acerco tambaleándome.

—Me lo dio mi cuñada y ahora yo te lo doy a ti. En este vaso está la masa, solo tienes que seguir la receta. Está en este papel, ¿entiendes mi letra? Hacen falta diez días para prepararlo, cada día se añade un ingrediente.

La miro desconcertada.

—Pero hay reglas. Tienes que empezar un domingo y no meterlo nunca en la nevera. Al final, pones un poco de masa en tres vasos y se los regalas a tres personas, para no romper la cadena.

—Un momento, ¿cómo va a estar diez días fuera de la nevera?

—No lo sé, pero sale bueno.

Echo un vistazo al papel con la receta.

—¿Diez días para un bizcocho?

—Al final, cuando lo metes en el horno, puedes pedir un deseo. Para eso hace falta tiempo, ¿qué te crees?

Va a la terraza, siempre empieza a limpiar por allí.

Mi padre entra en la cocina comiéndose un yogur. Señala con la cucharilla el vaso que tengo en la mano.

—¿Qué es eso?

—Nada.

Meto el vaso en el congelador.

Por la noche voy a una fiesta de cumpleaños.

Estamos en un restaurante, es una especie de reunión de chicas.

En la mesa, Betta me pregunta por él.

—¿Aún piensas en Vittorio?

Noto la tensión de las otras, percibo que sus piernas se mueven, envarándose bajo la mesa.

Betta es la única que tiene el valor de nombrar a Vittorio; las otras piensan que es mejor para mí que finjan que nunca ha existido. Bajo los ojos, giro el tenedor en el plato; los espaguetis obedecen, se enrollan en los dientes del tenedor y yo estoy allí para contar la verdad. Pero esa verdad era obscena. De modo que hago un gesto con la mano, alejando una sombra.

—¿Qué decíamos?

Las demás se apresuran a sacar un tema nuevo; con el ímpetu, se embrollan.

Pienso que dentro de poco ni siquiera Betta me preguntará por él, ¿quién lo nombrará entonces?

Después llega la tarta con la vela encendida, le cantamos a Betta «Cumpleaños feliz», desde las otras mesas nos miran. Betta sopla, nosotras aplaudimos. Yo paso todo el tiempo esperando el momento de estar delante del espejo del baño para desmaquillarme, dejando en el algodón el negro de la sombra de ojos.

Sin embargo, al llegar a casa, saco el vaso del congelador, le quito la tapa de papel de plata y curioso: hay una masa repugnante, de un tono similar al beis. La huelo: apesta.

—No se rechaza el vaso que alguien te da. — Me parece oír la voz de Anna.

—¿Por qué?

—Porque es algo de lo que hay que cuidar.

Pruebo con un libro; me pongo a leer con una de esas lamparitas que se enganchan con una pinza a la página, solo con moverla un poco hace un mal contacto y la luz parpadea. Paso largo rato en la oscuridad de la cocina, oyendo a mi padre roncar en alguna habitación más allá y a mi madre, que lo riñe a ratos:

—¡Mino!

«¿Se me llevará la ternura que siento?», continuaba la canción de Vittorio.

Y entonces dejo que se descongele la masa del vaso. Después cojo un cuaderno y un bolígrafo y me pongo a escribir estas páginas.

¿Por qué? Quizá porque nada está a salvo, ni siquiera un vaso lleno de masa en el congelador.

3

Milán, M, como yo la llamaba, *eme*: una historia que no puede contarse en su totalidad, un nudo no deshecho.

El día en que llegué, estábamos en febrero y nevaba dentro de la estación. La marquesina con forma de arco sobre las vías estaba rota y pequeños copos caían sobre los viajeros y las maletas.

La casa que había alquilado estaba en el cuarto piso.

Por la noche intentaba sintonizar los canales de la televisión, cenaba apoyada en el brazo del sofá. Enseguida me rendía y la apagaba. Ordenaba los libros en las estanterías, colgaba un cuadro, esperaba que alguien se restregara los zapatos en el felpudo de detrás de la puerta, que se fijara en la escalerita de madera con los cactus distribuidos en los peldaños, que alargara una mano hacia los CD.

Me imaginaba conversaciones y veladas con nuevos amigos, sentados a mi mesa: los bolsos amontonados en el sillón, alguien que fumaba junto a la ventana. Me dormía en el sofá y a la mañana siguiente compraba un juego de copas para helado, vasos nuevos, un sacacorchos.

La noche, en Milán, caía como si se lo rogaran. Para que acabara con aquel gris, para que el cielo fuera igual que el de los demás.

—Pero ¿cómo que igual al de los demás? ¿No ves que es anaranjado? — me diría Gioia un día—. Y sin una sola estrella. Es más, si ves una ¡significa que al día siguiente nevará!

De todas formas, el momento del aperitivo siempre llegaba.

La media hora de trasiego a la salida del despacho, las verjas de los jardines

Indro Montanelli que se cerraban, los soportes para las bicicletas que se quedaban vacíos.

«¿Dónde estás? ¿En Cadorna? Estoy bajando al metro, ¡enseguida llego!»

¡Tacones, pintalabios, un tranvía, el barrio Navigli!

«Id pidiendo mesa, ¡dentro de diez minutos estamos ahí!»

Ponerse los guantes y el sombrero, los guantes sobre todo, que hay que ir en moto.

El atasco del tráfico, los locales que se llenan.

«Dos copas de blanco, gracias», parecía leerse en los labios de la gente tras las ventanas de un bar.

Grupos de amigas esperaban delante de un local, luego la puerta se abría y entraban una detrás de la otra, sus bonitos abrigos desaparecían junto a los sombreros que olían al champú que usaban a diario.

Los últimos indecisos dudaban entre un bar u otro.

Después, de repente, silencio total. Las calles desiertas. Solo quedaba el cielo nocturno — sí, anaranjado—. Volvía a casa y bajaba las persianas.

Milán. Aprendí términos como *happening* y *apericena*. Aprendí a andar erguida, taconeando fuerte con las botas. A sonreír aunque no estuviera contenta. Porque así es como Milán te enseña a convertirte en adulto, quitándote la silla de detrás si tienes la tentación de dejarte caer.

Pero todavía miraba a hurtadillas a los jóvenes que leían los periódicos deportivos, todavía quería, por encima de todo, una cesta de picnic.

Entonces conocí a Vittorio.

Aquel día, en la sala de conferencias, entraba por las ventanas una luz intensa. Las azafatas colocaban las botellas de agua sobre la mesa de los conferenciantes, daban golpecitos con el dedo índice en los micrófonos; mientras tanto la sala iba llenándose de abrigos, perfumes y apretones de manos, y vaciándose de grupitos de fumadores, que salían a fumarse un último cigarrillo.

Yo estaba sentada en mi sitio, había llegado media hora antes, el abrigo me molestaba en la espalda, mal plegado sobre el respaldo. Y esperaba a Laura, la única persona que conocía en Milán, que me había invitado a aquel simposio sobre la industria editorial, pero que no aparecía.

Era un sábado luminoso y vacío.

En el alféizar de la ventana había una bandeja para macetas llena de agua. Nubes pasajeras tapaban a intervalos el sol, cuyos rayos entraban y salían del agua transparente, produciendo reflejos amarillos — que hacían brillar la tierra del fondo— de forma intermitente.

Todo se movía en el filo de una espera sutil, y aquella luz me decía que después del simposio cometería una locura, iría a via della Spiga y me compraría unas medias nuevas, unas medias de fiesta.

Un zapato irrumpió en el recuadro de luz que la ventana proyectaba sobre el suelo. Un mocasín marrón oscuro.

Su mirada, la del hombre que lo calzaba, recayó sobre mis piernas. Yo también me las miré: rodillas delgadas bajo unas medias color carne. En Milán todo el mundo sabe que no se usan medias color carne. Estiré a duras penas la falda para taparme las rodillas; cuando alcé la vista, el hombre ya no estaba.

—Ay, ¡menos mal que has venido! ¡Ya sé que llego tarde!

Laura empezó a pasar a lo largo de la fila con su cuerpo de mujerona, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de papel, «Perdón, ¿me permite...?». Una sonrisa beatífica le cubrió la cara cuando me puse de pie para recibirla, ella levantó los brazos como cuando se reza el padrenuestro y gritó «¡guaaaapa!», antes de abrazarme enérgicamente. Después se dejó caer sobre la silla y en la fila entera se notó la sacudida.

Se sacó del bolsillo una chocolatina — ¿quería yo una?—, se la metió en la boca, cerró los ojos.

—¡Riquísima! — Sonrió—. ¿Has visto qué sol? — dijo, luchando contra el abrigo en un intento por quitárselo—. ¡Y pensar en las previsiones que habían dado!

—Milán siempre hace lo que le da la gana — respondí, ayudándola a sacar el brazo de una manga.

—Y en Venecia hay alerta por inundaciones, me lo ha dicho el taxista. Estamos a dos pasos de la marea alta, ¡pero sanos y salvos! — dijo, riendo ruidosamente.

En la sala se oyeron los primeros «chis» quedos, todavía hubo un poco de ajetreo.

—Una periodista sin bolígrafo, ¿tienes uno para prestarme?

Después se hizo el silencio.

Vittorio fue uno de los primeros editores que intervino. Seguí su trayecto desde la primera fila al micrófono, en la tarima de los conferenciantes. Era joven, de baja estatura. Recorrió aquellos pocos metros con paso elástico, como queriendo darse impulso. Era el hombre del mocasín en el recuadro de luz.

—Vittorio Solmani, ¡un buen motivo para venir a estas aburridas conferencias! — dijo suspirando Laura.

—¿A qué te refieres?

Las mujeres que estaban sentadas delante de nosotras se propinaron codazos. Laura se llevó la mano a los labios para reprimir una carcajada.

Lo primero que pensé yo, sin embargo, cuando vi a aquel joven levantarse y tomar la palabra, es que hubiera sido mejor que se quitara esas patillas de los años setenta y la chaqueta de *tweed* que llevaba.

—Me parece tan atractivo... — susurró Laura.

¿Era suficiente con fingir que habías estado rebuscando en un mercadillo *vintage* para resultar atractivo en Milán?

Vittorio entró aquel día en mi vida acompañado de un comentario sobre su atractivo, y creo que nunca se lo perdoné.

—*The miles of distance away from everything would end. It would all meet.*

Empezó con esta cita. Sin aclararse la voz. Que era bonita, envolvente, grave.

—Mientras venía hacia aquí esta mañana... — improvisó.

Tenía el pelo entrecano, estudiadamente revuelto; llevaba unas gafas rectangulares de pasta, como dictaba la moda *hipster* del momento, y un pequeño aro en la oreja, como si dijera: «Tengo una posición, pero también soy un inconformista».

Entre el público, los hombres se hundieron en sus sillas, cruzaron las piernas y, con aire de suficiencia, también los brazos contra el pecho. Laura tomaba notas, secundaba cada palabra asintiendo con su cabeza grande y rizada.

¿Dónde estaba el truco?

Su rostro era poco expresivo; sonreía y dejaba de sonreír, las sonrisas eran lo único que se movía en su cara bronceada. Pero le iluminaban la cara, y esto quizá no estuviera previsto. O tal vez sí, porque a intervalos regulares se inclinaba, imperceptiblemente, hacia el auditorio y las mujeres de mediana edad y labios operados se agarraban a la silla.

Habló de un reciente viaje en un Ford Fiesta:

—Nos encontrábamos en el bar de la plaza, Giovanni, Gabriele y yo, improvisábamos mesas redondas regadas con vino Malvasía.

Dejó que nos admiráramos de que no tuviera un Audi.

—Giovanni Ascolti y Gabriele Galli, los fundadores de la editorial Marea — me susurró Laura al oído.

—Ah.

El silencio sobrevoló la sala cuando sus labios se cerraron. Los segundos quedaron suspendidos en el aire entre nosotros y él, como sorprendidos de verse allí. Pero después Vittorio se quitó las gafas, sonrió, dio las gracias y el tiempo obedeció a aquella sonrisa y continuó discurriendo, el público aplaudió y también los segundos volvieron a su sitio, al tictac de los relojes.

Muy bien, Solmani, pero antes o después descubriré tu truco.

Sacudió la cabeza, entrecana y rizada, un gesto frívolo, irónico (¿en respuesta a mi amenaza?); entretanto, el sol se había desplazado y el recuadro de luz del suelo se había alargado hasta mis piernas.

En la pausa del café, Laura me presentó a sus amigos. Estreché manos, repetí muchas veces mi nombre, olvidé al instante los nombres de los otros. Después todos se pusieron a escuchar a mi amiga, y me dejaron al margen del corro que habían formado en torno a ella.

Yo apretaba bajo el brazo mi bolso de mano, sintiéndome tonta por no haberlo dejado en la sala, como habían hecho las demás.

Me acerqué a la mesa de las bebidas, aunque no tenía sed.

Una chica gritó «¡Vittorio!» desde el otro extremo de la sala. Me volví y la vi precipitarse hacia sus brazos.

—¡Cuánto tiempo!

Él la recibió con una amable distancia, riéndose, me pareció, de su impulso. Se acercaron a la mesa.

—A ver, cuéntame en qué andas — dijo Vittorio.

Le hizo un gesto al camarero para que no se molestara, y él mismo le sirvió un zumo a la joven, que llevaba un *piercing* en la nariz y un flequillo oscuro sobre los ojos («tendrá más o menos mi edad», calculé, «y es más bien fea»), y sus vasos tintinearón en un brindis íntimo. Fuera de lugar, me dije. Aparté la vista. Me escabullí lo antes posible.

Volví a ver a Vittorio en la sala de conferencias, antes de que los demás entraran de nuevo. Estaba metiendo sus notas en la carpeta. Para regresar a mi sitio, pasé por su lado, tan cerca que leí el título de un libro que estaba guardando en la cartera y que reconocí.

—Lo he leído y me gustó muchísimo — le dije.

Alzó la vista. Tras las grandes gafas, dos ojos de un azul turbador. Me apresuré a mirar hacia otro lado, recuperando el equilibrio gracias a que me concentré en un abrigo de piel abandonado en una silla.

—Me alegro mucho. Es uno de nuestros mejores autores, por desgracia aún poco conocido en Italia.

Tuve la impresión de captar cierto estupor en su mirada, una especie de sorpresa infantil. Se había quedado inclinado sobre la cartera abierta, paralizado en el gesto de meter en ella el libro.

—¿Has leído otros títulos de nuestro catálogo?

—*Los deseos.*

—¡Vaya! ¡El menos vendido de todos! — dijo riendo.

Me encogí de hombros.

Se irguió, dejando la cartera abierta, con el libro aún en la mano. ¿Dónde estaba aquel hombre seductor que había hablado desde la tarima de los conferenciantes?

Estaba delante de un joven, éramos de la misma estatura.

Me preguntó si sabía que al autor venía con frecuencia a Italia. Tenía casa en Sicilia.

¿Por qué me había acercado a hablar con él? Aquel chico no hacía otra cosa que colocar las cosas en su sitio: ahora el tiempo se detiene, ahora retoma su curso, ahora esta chica que no sabe pintarse y se aplica el maquillaje a rodales se acerca y habla conmigo.

En realidad, Vittorio hablaba y sonreía. Dijo algo acerca de la felicidad, yo retrocedí frente a su alegría porque me parecía que era algo de lo que había que protegerse.

Enseguida el resto del público empezó a entrar de nuevo en la sala. Alzamos la voz para poder oírnos, la mía era tan débil que Vittorio no paraba de acercarse a fin de que le repitiera las frases al oído. Así que dejé que siguiera hablando él, limitándome a asentir.

—¿Me permite? — dijo alguien detrás de mí.

Antes de que pudiese apartarme, Vittorio me atrajo hacia sí y me encontré a pocos centímetros de su chaqueta de *tweed*. Apartó la mano de mi omoplato.

«Fue en Brooklyn», dijo retomando el discurso con desenvoltura, mientras yo daba un paso atrás, me cruzaba de brazos y el bolso de mano se me caía.

—Bueno — dije, apresurándome a recogerlo del suelo—, me voy a mi sitio.

—Entonces ¿nos despedimos? — Se protegió los ojos de un rayo de sol que entraba por la ventana, un gesto minúsculo que se me quedó grabado—. ¡Qué día más bonito! — dijo haciéndome un guiño y me tendió la mano.

—En Venecia también hace sol, pero el agua sube tres centímetros cada media hora — precisé, poniéndome a la defensiva.

Él me miró con expresión interrogante, luego esbozó una sonrisa serena.

—Entonces me quedaré en la ciudad — dijo.

Y yo, con el agua ya a la altura de los tobillos, regresé a mi sitio.

—Nos han invitado a un restaurante, cuando acabe el simposio — susurró Laura.

—Prefiero irme a casa, gracias. ¿Tú vas?

—¡Claro, con el día que hace! Oye, que entre todos estos carcamales aburridos estará Solmani, ¿seguro que no quieres venir?

—Ya estamos con Solmani...

—¿Cómo es posible que no te guste?

Lo busqué con la mirada, me topé con sus rizos entrecanos, la barba estudiadamente descuidada, el perfil marmóreo.

—No es mi tipo — respondí negando con la cabeza.

«Primer día. Poner la masa en un recipiente de vidrio. Añadir un vaso de harina y otro de azúcar. NO MEZCLAR.»

Si Vittorio se enterara...

—¿El bizcocho del Padre Pío? — diría con ojos como platos.

—Sí, vale, se llama así, quizá por ese deseo final que se cumple, bueno, que debería cumplirse, pero nadie cree de verdad que...

—¡Pensaba que en el siglo veintiuno ya no existían estas cosas! — Sacudiría la ceniza del cigarrillo, sonriendo con ironía.

—Una herencia propia del sur de Italia — le contestaría, entonces, irritada—, como el ajuar y muchas otras cosas!

—No me digas que tú tienes ajuar... ¿Lo tienes?

Pero al décimo día, lo sé, me sorprendería con un SMS: «¿No acababas hoy el bizcocho?».

Vittorio.

En todo caso, seguí la receta.

Cogí el vaso con aquella masa horrible y lo vacié en un cuenco de vidrio. Usé el mismo vaso para añadir la harina y el azúcar, y no lo mezclé. Me quedé mirando la harina y el azúcar amontonados sobre la masa.

¿Qué sentido tenía echar unas cosas sobre otras y mantenerlas separadas? Pero tal vez ese sea el primer error: la prisa por mezclar, por hacer de dos, uno. Esta ansia de perderse en el otro.

Vittorio jamás habría cometido tamaño error.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? — Mi madre entra en la cocina—. ¿Te vienes con nosotros? — Saca unos bistecs del congelador.

—No puedo.

—¿Tienes que entregar algún artículo?

—Sí.

En cambio, cojo el bolígrafo para escribir estas pocas líneas estúpidas, para decir que es domingo y que mientras los demás salían a pasear yo me he puesto con la receta.

«Lo importante es mantenerse ocupado. Y ahora, con cierta satisfacción, me doy cuenta de que son las siete y que he de preparar la cena. “Merluza y salchichas. Creo que al escribirlo, de algún modo pueden dominarse la merluza y las salchichas”.» Lo escribió Virginia Woolf en su diario; me acuerdo porque fue la última entrada, antes de que se llenara los bolsillos de piedras y muriera ahogada en el río Ouse.

Venecia. Hay nombres que no necesitan nada más.

Aterricé a última hora de la mañana. Era una jornada límpida y azul y por la ventanilla todo se veía con nitidez: el verde petróleo de la laguna, el rojo pardo de los tejados, las formas sinuosas de las islas; y en el centro, el meandro del Gran Canal, brillando como una reina.

Durante el tiempo en que sobrevolamos la ciudad, permanecí con la mano pegada a la ventanilla.

«La literatura sumergida»: Laura había dejado caer el título del congreso con algún pretexto, y yo me había apresurado a comprarme un vestido ceñido nuevo y a cortarme el pelo, así los rizos me quedaban más arriba y solo dos mechones más largos me caían por el cuello. El plumífero, en cambio, era prestado, y en lo alto de la escalerilla, tras decir adiós a la azafata, me agitaba dentro de aquellas dos tallas de más. En el bolsillo llevaba el folleto del hotel: un cinco estrellas,

con vistas a la laguna y un atracadero privado decorado con jardineras de petunias rosas.

Presa del entusiasmo, me había llevado en el equipaje vestidos demasiado elegantes. Durante las conferencias, me distraía mirando las camisas sobrias de los demás, sus jerséis de cuello vuelto de un solo tono. Avergonzada, me cerraba el abrigo sobre la ropa.

Envidiaba las gafas serias de Gioia, la chica que cubría conmigo el congreso, la sencillez con que hablaba de los autores contemporáneos, el hecho de que no tuviera que maquillarse para sentirse bien consigo misma.

Yo, en cambio, no hacía más que llenarme los bolsillos con el papel de cartas del hotel, y por las mañanas competía con un huésped napolitano, llevando aún restos de pasta de dientes en los labios, por conseguir desayunar en la mesa con vistas a la laguna. Corría escaleras abajo, la falda se levantaba un poco y, con gran elegancia, los adelantaba a todos y me sentaba a la mesa.

Desde allí se veía despuntar el sol sobre San Giorgio Maggiore y la iglesia se convertía en apenas un perfil de un color gris humo sobre un fondo anaranjado. Serían las siete. Las proas de las góndolas amarradas estaban bañadas por la luz, las crestas del agua brillaban. Yo lo contemplaba todo con la taza entre las manos. El té siempre se enfriaba.

El organizador del congreso se llamaba Oliviero Mari y era alto, altísimo. En todas las fotografías del Palazzo Cini destacaba: era como una columna que se recortaba contra la laguna.

Por las noches, en las cenas a las que invitaban los editores, discutía con todos sobre el papel que debían desempeñar las editoriales. El *risotto al radicchio* humeaba sobre el tenedor suspendido en el aire: círculos de humo ascendían

mientras gesticulaba con el cubierto en la mano. Solo el licor final traía la paz y en los *baicoli* empapados se apagaban todas las cuestiones del principio.

Después de cenar salíamos disparados del restaurante y nos quedábamos solos yo, Gioia y un chico que se llamaba Marco y que llevaba un cortavientos rojo y una gran cámara fotográfica al cuello (Silvia decía que se parecía a un pez rojo).

Dejábamos a la espalda el café Florian y su orquesta, la plaza de San Marcos, los soportales que se asemejaban a grutas mágicas, y nos decíamos que jamás olvidaríamos aquellos días.

Entretanto, Gioia se estaba enamorando de un joven profesor de latín que se empeñaba en presentarse en el congreso con un suéter de felpa. Marco me pedía que nos hiciéramos una foto juntos.

Cuando acepté, posamos en el embarcadero de la isla de San Giorgio Maggiore. ¡Dios mío, era más alto que yo! «Quería sacarme una foto con la sonrisa más dulce del congreso», dijo mientras se disparaba el *flash*. Salí como una enanita perdida en su plumífero negro, con la bufanda blanca enrollada al cuello de cualquier manera y las rodillas apretadas por el azoramiento.

¿Es un ruido eso que se oye en la otra habitación? Dejo el bolígrafo, voy a mirar. En la cocina la masa reposa en la oscuridad. Ingredientes rigurosamente separados — Vittorio abriría los brazos, satisfecho—. Yo aún querría alzar el dedo para pedir la palabra: «Pero ¿por qué no mezclar?».

Una vez, Vittorio me dijo por teléfono:

—Entonces ¿no te he enseñado nada de nada?

Lo pienso a menudo, cada vez que caigo en la misma tentación de fusión, de entrega total. Pienso en cómo acabó aquella llamada telefónica:

—Por lo visto, cada uno se ha quedado con sus defectos.

Recuerdo el trozo de pared que mis ojos miraron fijamente después de su afirmación. Tuve la sensación de que era aquel trozo de pared el que,

consternado, me miraba con fijeza a mí; aliviado, quizá, por no ser más que un amasijo de ladrillos y yeso.

Entretanto, también la sala de estar va quedándose a oscuras mientras a lo lejos un cielo rosáceo roza la franja de mar que esta ventana deja ver. Espero todavía un poco más antes de encender la luz y seguir escribiendo. En esta penumbra, todo está como suspendido: los bateleros que me tendían la mano diciendo «Por favor, *madame*», el *Ciao, ciao, bambina* de un acordeón sobre una góndola de recién casados y un grupito de americanos que gritaba «¡Eh, eh!» para llamar su atención. Y yo, que nunca había visto Venecia y desde el *vaporetto* vi brillar en el agua un pequeño objeto rectangular: estaba medio hundido, medio flotando, tenía el color y la superficie arrugada del papel de plata. Seguramente pesaba poco, porque cuando soltamos amarras nuestro flanco lo rozó y el objeto giró sobre sí mismo un par de veces: reflejó con mayor intensidad un rayo de sol, fue como un relámpago fugaz, y después se perdió en nuestra estela.

La última noche fue la editora Elsa Carraro quien nos invitó a cenar. El Palazzo Carraro estaba en el barrio de Cannaregio. Al otro lado de las ventanillas del *vaporetto* desfilaban la iglesia de los Descalzos, el puente de las Agujas, la Fondamenta dei Mori. Los canales eran charcos oscuros.

Cuando se abrió el portal nos encontramos ante una ancha escalinata de mármol. De las paredes del zaguán colgaban antiguas cartografías de Venecia.

—Mirad, el canal rojo — indicó sobre el mapa Oliviero Mari— debía desviar de la laguna las aguas de los ríos Sile, Muson... En todo caso, las obras buenas están más adelante, son de principios del siglo diecisiete.

—¿El qué?

—Las dos góndolas en las entradas laterales del muro. Démonos prisa, así entramos todos juntos.

Fue tal mi estupor que tropecé en el escalón. Alguien rio a mis espaldas.

Cuando llegamos, ya había un centenar de invitados y un servicio de *catering* caótico. Los huéspedes eran ilustres y estaban hambrientos. Una vez acabada la batalla por la comida, se congregaban en corrillos con las copas de vino en la mano, con las caras enrojecidas, tratando de sobresalir entre los demás elevando el tono más de lo debido. Una cantante eslava de mediana edad entonaba extrañas canciones tristes acompañada de un arpa. Tenía unos pechos enormes y muchos ojos fijos en ellos.

—Nunca he visto una casa con tantos libros — iba diciendo entre suspiros Gioia mientras señalaba las librerías que discurrían a lo largo de paredes y escaleras.

En un rincón, un hombre de unos cuarenta años encendió el estéreo y empezó a contonearse con los ojos cerrados. Era gordo y ágil; cuando abrió los ojos, descubrí un verde limpio y apagado.

—Es Damiano Certi — me informó Gioia—. Tiene una editorial independiente.

Enseguida otros lo rodearon bailando indecorosos con las copas en la mano.

—Dios mío — dije riendo—. ¡Son más viejos que mis padres!

En ese momento, alguien me cogió de un codo.

—Señorita...

Me sobresalté. Era un hombre esbelto y alto. Llevaba gruesas gafas negras, ovaladas, que afeaban sus facciones.

—¿Conoce la estancia más interesante de la casa? — me dijo, señalando una puerta.

Aquella sala estaba tapizada de cuadros con desnudos: escenas de autoerotismo, de sadismo, desnudos humillantes de ancianos. Las líneas angulosas, el trazo nervioso y un color negro que chorreaba sobre la tela.

En el centro de la pared, un hombre y una mujer, de frente. Desnudos, cada uno con la mano en el sexo del otro y la mirada morbosamente fija en el espectador, como si lo invitaran a participar. Estupefacta, reconocí en la mujer del cuadro a la dueña de la casa.

—Por favor, por aquí. — El hombre se dirigió hacia el balconcito, yo lo seguí —. ¿Ve aquel palacete con la trifora llena de flores? Es la casa de Tintoretto.

—¿De verdad?

Se encendió un cigarrillo, dos hombres pasaron charlando bajo el balcón.

—Siempre que Elsa me invita a cenar, vengo aquí, a contemplar ese palacio. Ay, la pintura de Tintoretto, qué rabiosa...

También yo fijé la vista en la trifora lejana, sin dejar de pensar en el desnudo de Elsa Carraro. ¿Y quién era el hombre del cuadro?

—Discúlpeme, deformación profesional — añadió enseguida, alisándose el pelo—. Edito la colección de historia del arte de las ediciones P.

Me tendió la mano, dijo su nombre.

—¿Por qué es rabiosa la pintura de Tintoretto?

—No es fácil buscar lo divino en lo humano, ¿no? — repuso.

Después se volvió hacia mí, su mirada pareció penetrarme. Me crucé de brazos para esconder mi pecho.

—Y usted, ¿qué busca?

—No creo saberlo. — Me salió una voz chillona.

—Cuando era joven, me pasaba las tardes enteras en el Campo San Barnaba con mis amigos. — Señaló un punto a lo lejos en cualquier parte de la ciudad—. Tardes enteras intercambiándonos libros de historia del arte, haciendo grandes planes, uno apasionado por la escultura, otro por la arquitectura... Vivíamos dejándonos llevar por nuestras utopías.

Yo pensé en mi adolescencia, en las idas y venidas por via Sparano. En los chavales de los barrios bajos que durante el carnaval nos cubrían de la cabeza a los pies con espuma blanca, sin que pudiéramos ni rechistar.

Quizá por eso, cuando me preguntó «¿Tiene alguna pasión?», respondí «Escribir» y cuando continuó: «Escribir... ¡Caramba! ¿Poesía? ¿Cuentos?», le confesé: «Estoy escribiendo una novela». Y le dije el título, *El almendro perfecto*, y el nombre de la protagonista, Silvia, con la cara ardiéndome de vergüenza porque nunca se lo había contado a nadie.

El hombre ahora me miraba con una especie de arrobamiento, mientras yo balbuceaba por qué estaba escribiendo aquella historia y él me preguntaba:

—¿Cree de verdad en ese mensaje final?

Se acercó, me aparté. Entreví invitados que pasaban por el pasillo, busqué un pretexto para volver dentro. Pero no lo hice. Porque yo, aquella noche, tenía que hablar. Porque aquella noche Venecia era como un espejo de cuento de hadas, de esos a los que les pedimos quién ser y por arte de magia lo somos; porque estaba en aquel palacio magnífico, entre personas que me parecían excepcionales, en todos los sentidos: resplandecían. Porque aquella noche yo no era sino un barco que ha soltado amarras y, mar adentro, siente por fin que su elemento lo baña: solo hay agua, agua que no pregunta, agua que no mira; nuestra casa está lejos y podemos ser lo que queramos, quizá lo que somos.

—Tu ojo izquierdo es melancólico — dijo, tuteándome—. Mira — prosiguió, y me apartó un mechón de la frente—, el derecho es más pequeño, más receloso, más atento. La diferencia es increíble: el derecho mira, el izquierdo sueña. Sí, no hay duda, sueña.

Empecé a sudar.

—No te avergüences, los dos son bonitos, pero cuidado con el izquierdo, porque es un canto de sirenas.

—Peor para los demás. — Reí con falsa desenvoltura.

—No lo tengo tan claro.

—Es que me siento dividida en dos, siempre — le confesé entonces.

Me lanzó una mirada satisfecha, de animal que consigue sacar a su presa de la madriguera.

—¿Dividida en dos? Tal vez eres una, pero intentas desesperadamente ser otra. O quizá...

—¿O quizá?

—¡O quizá seas un poco esquizofrénica!

Fue la violencia de aquella palabra, la obscenidad de la carcajada que la acompañó, lo que me hizo despertar.

—Es tarde, hemos reservado el *vaporetto* para esta hora, los demás se marcharán sin mí.

Volví dentro. Me despedí de él. Me siguió por el pasillo, intentó detenerme. Incluso llegó a meterse en el guardarropa.

—¿Me permites? — dije con voz temblorosa.

Buscó mi mano, me zafé de él. Me dio un beso húmedo en la mejilla — yo pensé en un caracol—. Me tendió una tarjeta.

—Si esta noche te apetece, llámame. Pasearemos por Venecia.

—Buenas noches.

—¿Por qué te escapas? ¡Pareces la pequeña Lili! ¡Tranquilízate! ¿Adónde te escapas, *petite* Lili?

—¡No sé quien es la pequeña Lili! — confesé por lo bajo mientras salía del Palazzo Carraro.

Descubriría quién era mucho, mucho más tarde.

En el embarcadero me topé con Gioia.

—¡Antonia! ¡Por fin apareces! No te encontraba, ¡el *vaporetto* se ha ido sin nosotras!

Se lo conté todo deprisa y corriendo, sin dejar de disculparme.

—Tranquila, están ellos: nos llevan con la lancha, se alojan en nuestro mismo hotel.

Subí a bordo. Me daba igual quiénes fueran ellos, solo quería volver a mi habitación y olvidarme de lo avergonzada que estaba de mí misma. Sin embargo, me percaté apenas nos sentamos dentro: alcé la vista y allí estaba, delante de mí, Vittorio.

Segundo día. Al entrar en la cocina me sorprendió ver el cuenco con la masa; casi me había olvidado.

—¡Has empezado! — dijo Anna, satisfecha, y siguió planchándome el vestido.

Me habían invitado al teatro. Un chico, que es actor, prometió que después del espectáculo me llevaría a los camerinos.

Hay que seguir adelante, aceptar todas las invitaciones, dejarse cortejar. Que te hagan promesas, fingir que te las crees. Seducir para sentirte algo más que un fantasma.

—Haces bien saliendo — comentó Anna, afanándose con una arruga.

—Ya.

Vendrá a recogerme enfundado en un abrigo elegante, como si lo viera. Me invitará a beber algo en el *foyer*. Yo comeré y beberé, abriendo y cerrando las rodillas debajo de la mesita, como una niña, mientras él se levantará cada minuto a saludar a alguien. Durante el espectáculo se volverá a menudo a mirarme, valorará mi grado de diversión — él también—. Intentará un acercamiento posando apenas su mano en mi brazo, yo lo retiraré.

—Ya está. — Anna me enseñó satisfecha el resultado de su trabajo.

Me dejaré conducir detrás del palco, por la escalera tapizada de folletos de espectáculos ya pasados. Me mostraré entusiasmada al conocer a los actores, sabré decir «Enhorabuena» estrechando sus manos.

—Te lo cuelgo fuera del armario, así no se arruga.

Nos subiremos de nuevo en el coche, él me preguntará «¿Damos una vuelta?»

y yo diré «Gracias, pero estoy cansada, es tarde». «Lo he pasado bien», añadiré debajo de mi casa cuando él, apagado el motor, se pondrá de lado, en el asiento de conductor, y me acariciará el abrigo; me escaparé del coche, forcejearé con las llaves en el portal, en el ascensor no me miraré en el espejo.

—No, mételo en el armario. Ya veré luego.

La verdad, Anna, es que no puedo.

Porque Vittorio se ha llevado consigo incluso las ganas de ir al teatro, de comprarse un vestido, de pintarse las uñas; y aunque querría, no sé cómo perdonarle que me entren náuseas solo con pensar en subirme en un coche que no sea el suyo, con el lector de CD que funcionaba a tumbos y los libros encajonados en la guantera...

—¿Seguimos con la receta?

«Segundo día. Mezclar la masa y taparla con papel de plata.»

Mezclar. Mezclar. Mezclar. (No, Vittorio, no me has enseñado nada.)

A pesar de que la masa era más bien sólida, la cuchara de madera, al girar, formó círculos concéntricos: los anillos del tronco de un árbol.

Gioia acababa de decirnos, a mí y al profesor de latín:

—¿No os parece preciosa la corteza de este árbol?

Era media tarde, estábamos en el parque del Palacio de Congresos, en la isla de San Giorgio Maggiore. Todavía había luz, pero era sutil, de esas luces que empiezan a caer oblicuas y alargan las sombras. Sí, la corteza era preciosa, y yo miraba a Gioia con agradecimiento, porque había descubierto el tronco, porque me lo había enseñado.

Sonó el teléfono, me alejé para responder. «Sí, Laura, todo va muy bien.» Seguí el paseo, llegué al espigón. Cuando colgué, me detuve a mirar. Había paz, había silencio, la languidez de Venecia lo impregnaba todo. A lo lejos, Marco, tumbado boca arriba sobre la hierba, sacaba fotos. ¿Qué fotografiaba? Cosas que solo él veía.

Era el último día. Ahí estaba Venecia, aquella ciudad de póster que únicamente mostraba sus fachadas, como si lo tridimensional no existiera. Y sin embargo, yo había entrado en sus portales, en sus hoteles, en sus palacios. Por fin encontraba algo que no era solo para contemplar.

—Entonces ¿qué te han parecido estos días?

Vittorio no era de los que se disculpan si te abordan por detrás en el parque.

Llevaba camisa blanca y traje negro. Estaba muy elegante y se mostraba extraordinariamente sonriente.

—Han sido muy bonitos. Extraños, pero bonitos. — Miré alrededor, ¿dónde estaba Gioia?—. ¿Tu colega no ha venido al congreso? — improvisé.

—¿Damiano? No, él también estará «sumergido».

—En el alcohol de ayer por la noche, quizá.

¿Cuán amplia era su sonrisa?

La noche anterior, en la lancha, no nos habíamos dirigido la palabra. Si me había reconocido, no lo había demostrado. Y además, estaba más bien borracho. Iba sentado al lado de Damiano Certi. Parloteaban.

Durante el trayecto, de repente la lancha se paró. El piloto intentó arrancar el motor otra vez, pero este le respondió con un gruñido poco tranquilizador. Nos quedamos callados, preocupados; la laguna estaba más silenciosa que nosotros.

—¡A cagar! — estalló en un momento dado nuestro chófer, y se dejó caer en el asiento.

Vittorio se levantó; le costaba mantener el equilibrio.

—Bien — dijo—. ¡Esto explica perfectamente la situación en que nos encontramos los editores, los investigadores y los periodistas!

—Bueno, ¡al menos vamos todos en el mismo barco! — terció Damiano.

Nos estuvieron entreteniéndolo con estas escenas hasta que llegó otra lancha para que hiciéramos el trasbordo.

El segundo viaje fue más silencioso: Damiano dormía la borrachera, Vittorio iba sentado delante de mí. La lancha avanzaba a toda velocidad por la laguna.

—¡Ni que fuera Lara Croft! — le comenté a Gioia.

Nos reímos. Vittorio alzó la vista hacia nosotras, lo miré a la cara. Sacó del bolsillo un gorro de lana negro, se lo puso mientras me sostenía la mirada. Sus cejas eran tupidas, entrecanas, sus ojeras habían adquirido un tono celeste grisáceo. Fui yo quien al final había bajado los ojos.

—¿Es tan evidente que somos una panda de perdidos?

«Perdidos», tomé nota. Daba la idea.

—¿Quieres saber la verdad?

—Claro.

—¡Jamás había visto tanto loco junto!

Me mordí la lengua. Pero él rio a carcajadas. Me preguntó «¿Por qué lo dices?» y no me dejó en paz hasta que mi respuesta lo satisfizo.

Mientras yo me liaba con las palabras, sus ojos se posaron en los míos, primero en uno, luego en el otro; descendieron hasta los labios, según un esquema triangular. ¿O estaba mirándome la nariz? Me la tapé con la mano, un instante, mi nariz demasiado larga, me mordí el labio.

Vittorio me sacó de mis pensamientos.

—¿Así que eres periodista?

—Sí, pero no quiero trabajar como periodista.

—¿Por qué?

—Porque al día siguiente los periódicos son papel mojado.

Lo miré para comprobar qué efecto le habían causado mis palabras. Él se encendió un cigarrillo, impertérrito, sin mover un músculo.

—Tendrías que leer *Canzone di fine estate*. Seguro que te gustaría. Es un libro que publicamos el año pasado. Es la historia de un profesor jubilado. Un día...

A medida que él hablaba, yo iba entrando en su cerco. Magnetizada por sus gestos, por su modo de mover la cabeza cuando el discurso cobraba intensidad, por la mancha que tenía en la piel debajo del ojo derecho; por los labios carnosos, que yo no quería mirar, pero miraba.

Se me puso una sonrisa de idiota a los pocos minutos.

—Entonces estás en Milán, por ahora — dijo de repente.

—Sí. — Me retiré un mechón de pelo tras la oreja y crucé las piernas.

—¿Cómo te llamas?

—Antonia.

—Antonia — repitió. Una alegría infantil se posó sobre sus labios.

La luz declinaba en el parque. Vittorio miró su reloj, dio una última calada al cigarrillo que acababa de encenderse y lo lanzó al agua. Me decepcionó un poco aquel gesto descuidado.

—Hace frío — dijo, masajeándose los brazos—. ¿Volvemos a la sala?

Me precedió y pude ver que en el bolsillo trasero del pantalón, sobresaliéndole un poco, llevaba un periódico enrollado.

—Ni más ni menos que con el *playboy* de la pandilla — comentó Marco al vernos entrar juntos—. Creía que eras más original.

Cuando acabó el congreso nos hicimos una fotografía de grupo. Mientras nos pedían que mirásemos el objetivo, vi a Vittorio que estaba con un amigo en la otra punta de la sala y me señalaba.

Se acercó otra vez.

—Tengo que volver con los demás a Milán. — Me aparté como si estuviera jugando.

Me dio su tarjeta de visita.

—Si te apetece, escíbeme, cuéntame —dijo él.

Mucho tiempo después, una noche, en su cama, había de preguntarle por aquel día.

—¿Te acuerdas?

—No.

—¿Cómo que no?

—Nos presentaron.

—¡No nos presentaron! ¡Menuda cabeza dura! — Lo besé en la frente y

envolví con las sábanas mi cuerpo desnudo—. Tú te me acercaste, tú me soltaste el rollo. Y estabas con un amigo y me señalabas. ¿Al menos recuerdas por qué?

—Bah, supongo que pensé que eras mona.

—Mmm...

—Sí, pensé: «Es mona». ¿Dormimos? — Y sin esperar respuesta, cerró los ojos.

6

Domingo en Milán. Las maratones ecológicas, el tráfico cortado, los barrios dormidos. Aceras como trampolines vacíos: ¿dónde lanzarse un domingo por la mañana?

—¡Qué bonita está Milán sin coches! — decía la radio.

La apagué.

Quedó el ruido de las cacerolas metidas una dentro de otra, que yo quería sacar, acuclillada y con la cabeza dentro del mueble de la cocina.

En mi ciudad, mi familia ya habría acabado de comer. Me imaginaba a mi madre quitando la mesa, a mi tío aferrando su vaso: «Pero ¿qué maldita prisa tenéis?».

Seguro que mi padre ya estaba encaminándose hacia el sofá, mi abuelo encendía el fuego de la cafetera. Mi abuela, con contados gestos, dirigía las operaciones.

Entretanto, yo añadía la sal al agua que había puesto a hervir y miraba por la ventana: la vecina estaba asomada, la saludé con la mano, quizá no se dio cuenta de que era un gesto dirigido a ella, no respondió.

Encendí el ordenador, lo puse al lado del salvamanteles.

Ahora se habrán dividido, imaginé: los hombres en la sala de estar, a dormitar delante de la televisión esperando el partido; mamá y la abuela, sentadas en el sofá del salón, habrán retomado la labor de punto. Mi tía estará todavía limpiando la cocina. «Ida, ven aquí, ya hemos limpiado, ¡Caterina hará mañana lo que falta!», estaría gritando la abuela. Pero Ida tiene que pasar el trapo por los fogones, quitar los restos incrustados, dejarlos relucientes. Después se encenderá

un cigarrillo y se lo fumará asomada a la ventana. Ahí está: los rizos pelirrojos que el viento mueve un poco mientras aspira y suelta el humo, sus ojos que miran la calle desierta de un domingo por la tarde. Si yo estuviera allí, imaginaba, me pondría a su lado y, juntos, nuestros pensamientos sí harían un ruido ensordecedor. Una voz la llamará otra vez, una última ilusión de libertad la hará sonreír levemente antes de volver al salón.

De niña, cuando acompañaba a mi abuela a comprar, mi tía se quitaba los zapatos por la calle: primero abandonaba uno; algunas manzanas después, el otro. Mi abuela solo se daba cuenta cuando ya habían vuelto a casa y tenía que cruzar otra vez la ciudad para recogerlos. Por mucho que uno crezca, ciertas cosas aprendidas jamás se olvidan.

Me puse a navegar sin rumbo por internet. Tecleé en el buscador «Vittorio Solmani», pero lo borré antes de pulsar ENVIAR. Podría aprovechar que me dio su tarjeta, escribirle un correo electrónico. ¿Cómo lo había llamado Marco? El donjuán del congreso. ¿O había dicho *playboy*? Aparté el ordenador.

Después de comer me tumbé en el sofá con un libro, sumida en el silencio. No, eso no habría sido posible en mi casa. Quizá por ello, mientras leía, me parecía respirar a pleno pulmón e iba volviéndose borrosa la imagen del ovillo de lana que a mamá sin duda se le habría caído cerca de los pies — lana gorda, color naranja, ¿conseguirá esta vez acabar el suéter antes de que se acabe la estación?—, de las conversaciones sobre las últimas recetas que salían en el periódico... ¿Cuántas veces me había dormido escuchándolas? Después, los gritos de la otra habitación me despertaban sin ningún miramiento: «¡Gol!», aunque eran más frecuentes las imprecaciones ante un penalti fallado.

Ahí estaba, esa sensación de malestar, justo en el estómago.

Me encerraba en el despacho de mi abuelo, hojeaba sus libros antiguos. Pero en el momento mismo en que una frase recién leída parecía encender una luz en la mente y la habitación entera por contraste parecía una imagen desenfocada, un último insulto se abría camino, a pesar de que la puerta estuviera cerrada.

«¡Qué mierda de árbitro! ¡Vendido!» Tiraban una silla, daban un puñetazo con rabia en la mesa; del salón no llegaba ninguna reacción, las mujeres continuaban haciendo punto y charlando. Yo cerraba el libro y soñaba con escapar a un lugar donde la vida no tuviera el degradante sonido de fondo de una crónica futbolística.

De: antonia@libero.it
A: vittorioso@gmail.com
Asunto: parada XXIV Maggio

Hola, Vittorio:

No sé si te acuerdas de mí. Hablamos en la isla de San Giorgio Maggiore, me aconsejaste *Canzone di fine estate*.

Quería decirte que lo compré aquel mismo día. Después cogí el último *vaporetto* y me subí al tren. Venecia desapareció. Experimenté una sensación extraña, como de que una cosa acababa y otra empezaba. Si lo has sentido alguna vez, sabrás que no es doloroso: los principios siempre terminan saliéndose con la suya.

En cualquier caso, devoré el libro en el tren que me llevaba a Milán, incapaz de apartar los ojos ni un instante, y luego en el metro, con la maleta de ruedas que se caía continuamente ante las piernas de los otros pasajeros, y después incluso en el tranvía que me llevaba a casa... Estaba tan absorta, que cuando oí una voz que decía «Fin del trayecto» me di cuenta de que mi casa quedaba muchas paradas antes.

Es que aquel libro hablaba de Venecia, aunque fuera Amsterdam. Y de mí, que me había marchado, a pesar de que el protagonista se llamaba Farrow y era un profesor con problemas de próstata.

«Bien, te has marchado. ¿De qué te extrañas? La pérdida es la esencia de la vida», dijo Bill debajo de su sombrero. Mientras en Amsterdam la nieve se había derretido por completo, era abril y alguien llegaba a la estación con una maleta enorme. Un haz de luz entraba en la que fuera mi habitación.»

Y entonces, todo se volvió más ligero, incluso Milán, de noche, en la parada de metro equivocada, con una maleta que cada vez pesaba más, una media rota y un hambre canina. Qué estupefacción.

Por eso, en definitiva, gracias.

Antonia («esa» del seminario de Venecia).

Mientras pulsaba la tecla de ENVIAR pensé: «En el fondo, ¿qué puede pasar».

EL ALMENDRO PERFECTO

Alegre por no se sabe qué gozo

Al pueblo de San F. le daba el sol de frente cuando Silvia lo cruzaba, a última hora de la mañana. En las calles, había grandes redes de pesca que se secaban extendidas sobre sillas de plástico.

En la cabeza de Silvia, sonaba una guitarra que interpretaba algo alegre, los pies se deslizaban ora a la derecha, ora a la izquierda, como en un tango. La calle que bajaba a la playa era empinada. Las piedras sueltas del adoquinado hacían saltar sobre el sillín de la bicicleta a Franco, el cartero, que adelantaba a Silvia a toda velocidad y dando tumbos y llenaba las mañanas de «Ay» y «Uy», y cuentas atrás para la jubilación.

A Silvia, sin embargo, le parecía que aquellas piedras se ablandaban bajo sus pasos. «Dígame, señorita, ¿dónde la llevamos hoy?», le preguntaban, y los balcones, con sus cascadas de geranios, respondían: «Silvia va todas las mañanas a la playa, ¿cuándo os enteraréis?».

En su cabeza empezaba a sonar una flauta.

La bicicleta apoyada contra el muro intervenía: «¿Me hará el honor de permitir que la acompañe yo, señorita Silvia?».

Ella hacía una reverencia y continuaba.

En el umbral de la carnicería los niños se balanceaban colgados de los hilos de las cortinas — no le quitaban los ojos de encima—. En el asador, los pollos parecían girar al ritmo de la música.

En el bar, que era también estanco, quiosco y donde se vendía al detalle champú, bastoncillos de algodón y postales amarillentas, los viejos se reunían en torno a la mesa a jugar a la brisca.

«¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!», saludaba Silvia. Ellos alzaban la vista de las cartas — interrumpían las discusiones— y le guiñaban el ojo. Entonces en la cabeza empezaban las maracas, marcando el ritmo, y todo era un concierto hasta que llegaba al mar.

Al acercarse a la playa los bloques de cemento se multiplicaban: eran las casas que llevaban años construyéndose, que algún empresario improvisado del interior había erigido y que la autoridad judicial había secuestrado; allí se habían quedado olvidadas, mientras el dinero se invertía mejor en un aparcamiento que se llenase durante el verano, con un pequeño tren azul que llevaba a la playa.

Las casas de San F. se quedaban así, como bocas desdentadas, con las ventanas sin cristales con vistas al mar.

La casa rosa pastel era bonita, estaba desconchada y olía a salitre, era la última del pueblo y toda ella se asomaba a la playa. Un cactus enorme cubría la mitad de la fachada, parecía una escultura de candelabros en equilibrio unos encima de otros, y en comparación se veían minúsculas las persianas verdes a las que Silvia llamaba todas las mañanas. Tres veces.

Recogía los molinetes dejados en los escalones, los clavaba en las jardineras del alféizar, soplabla a pleno pulmón hasta que empezaban a girar. Entonces apoyaba la boca contra las aberturas de la persiana y gritaba: «¡Motores encendidos, señor Amilcare! ¡Listos para zarpar!».

Oía el arrastrar de pasos del viejo detrás de la puerta — ¿olía a café?—, y después la pregunta de

rigor: «¿Qué tal día hace, capitana Silvia?», pronunciada con la voz ronca de la vejez. Ella fingía mirar alrededor, sopesaba la claridad del cielo, la dirección del viento con el dedo humedecido en saliva: «¡Un día precioso, como Américaaaa!», gritaba y seguía su camino hacia el mar, con el violín y las maracas e incluso una tromba sonando, y detrás la risa del viejo Amilcare y los molinetes que giraban enloquecidos sobre el alféizar.

De: vittorioso@gmail.com
A: antonia@libero.it
Asunto: RE: parada XXIV Maggio

¡Antonia, justo «esa» Antonia! Qué estupenda sorpresa.

Me alegro: de que el libro te haya gustado, de que me hayas escrito, de que el viejo Farrow haya aliviado tu nostalgia. No es frecuente encontrarse con personas capaces de asombrarse y de transmitir su estupefacción con tu inmediatez. Pero eso lo intuí claramente cuando hablamos en Venecia y yo no suelo equivocarme (casi nunca) con las primeras impresiones.

Si te apetece te regalo cualquier libro de los que editamos, siempre que no tenga consecuencias en tus trayectos ferro-tranviarios. Por cierto, cerca de la parada de piazza XXIV Maggio hay una *trattoria* que está muy bien; si todavía tienes un poco de esa hambre canina podríamos ir juntos, así me perdonarás por tus desventuras (todavía no sé si en tu «Por eso, gracias» hay ironía...).

Incluso podría enseñarte a que no se te caiga la maleta a los pies de los pasajeros del metro — es un tipo de asana que requiere de un gran disciplina, en efecto.

Dime si te apetece cenar.

Un beso,

V.

P. D. Si alguien está en deuda por las horas de estupefacción, ese soy yo, contigo.

En el planetario daban una conferencia nocturna sobre el amor y las constelaciones, «Eurídice, Andrómeda y las demás: el amor eterno contado por las constelaciones». Al otro lado de la alta verja de los jardines, éramos unas treinta personas. Los arabescos de las rejas de hierro sobre el verde oscuro de la noche. Cuando el guarda abrió el cerrojo, avanzamos en silencio y en fila recta

por el sendero. Un cono luminoso se proyectaba desde la farola en la gravilla, haciéndola brillar con un blanco tan bonito que me agaché para recoger algunas piedrecitas, como si fueran conchas marinas.

Los pájaros nocturnos cantaban. Nosotros abríamos y cerrábamos los cierres de nuestros bolsos, y mirábamos el cielo, con impaciencia. El sonido imperceptible de una fuentecilla que goteaba en el parque.

—Cinco minutos — dijo un guarda.

Una niña alzó la vista hacia su abuelo, que le guiñó un ojo; la niña lo cogió de la mano y se dispuso a esperar.

Aquella noche en el planetario aprendimos que la palabra *desiderio*, «deseo», deriva de *de* y *sidera* («estrella»), y que los deseos son algo que no puede alcanzarse, como las estrellas; pero cuando las estrellas son fugaces parece que se acerquen a nosotros, y también entonces los deseos vienen a nuestro encuentro. Y por eso se piensa que las estrellas fugaces los cumplen.

Aprendimos muchas más cosas, que hoy hemos olvidado. Pero la verdad es que cuando tomamos asiento dentro del planetario y se apagaron todas las luces y sobre nosotros solo hubo un cielo lleno de estrellas, muchas más de las que imaginábamos, nos quedamos sin aliento, sin noción de las cosas, ni de dónde estábamos.

—Santo Dios — se limitó a decir Gioia, y la reñí por haber roto el silencio.

Salimos aturdidas, andando como a tuestas.

Buscando un tranvía para volver a casa, no logramos decir otra palabra que no fuera «precioso».

—¿Sabes lo que deseo yo? — balbució Gioia—. A un hombre con quien ir al planetario. Que lo entienda.

—Ya — respondí; aunque quizá Gioia ya había bajado en su parada y en el tranvía solo quedábamos yo, el conductor y la mañana, que se abría camino.

«A Vittorio Solmani la sola idea le horrorizaría», pensé, pero no lo dije.

Da: antonia@libero.it
A: vittorioso@gmail.com
Asunto: estación Genova

Hola, Vittorio:

Espero que no te moleste que haya cambiado de parada, pero la serenidad no se encuentra entre mis mayores virtudes. Soy un culo de mal asiento, como dice mi abuela. Y de hecho, este fin de semana estaré fuera. ¿Por qué no me dejas tú estupefacta viniendo donde estoy? A Porto Venere, el domingo, para comer. Después hacemos juntos el camino de vuelta.

Antonia.

—¿Sabes lo que me decía siempre mi profesor de literatura griega? — le dije a Silvia, guiñándole un ojo—. «Antonia, ¡mira cómo caen los dioses!»

Silvia rio.

—¡A ti y a mí no nos engañan tan fácilmente! — añadí.

Puse música, aquella tarde mi sala de estar estaba preciosa.

—¿Crees que el traje de chaqueta beis será apropiado?

Decídselo a la mujer a la que ha abordado en la fiesta en el río, a la rubia a la que le ha ofrecido una copa de vino mientras le recitaba la parte del guion de sus obsesiones cotidianas para hacerla reír. Decídselo a la rubia con la chaqueta roja de marca y de cintura estrecha, que ahora está cepillándose el pelo sentada en el borde de la cama de Vittorio y dentro de poco se irá corriendo a la oficina, no sin antes haberse despedido de él con un «Nos llamamos» de mujer mundana.

Decidle que yo estuve en esa habitación descalza. Hice la cama mientras Vittorio se duchaba. Miré los libros de las estanterías, sin atreverme a hojearlos. Lo vi volver a la habitación con el albornoz puesto, el pelo mojado; se secaba la cara con la mano y, con la voz ronca de recién levantado y pronunciando como si fuera francés, me preguntaba:

—¿Ya estás?

Preguntadle a la rubia con cola de caballo que habla con la espalda erguida y con gesto frío, que hoy irá diciendo por ahí que ha follado con Vittorio Solmani; eso dirá, ni más ni menos. ¿Sabe ella que Vittorio compra la pasta fresca siempre a la misma señora? ¿Que su camiseta favorita es roja, de una revista de filosofía? ¿Que siempre se le sale un poco la camisa de los pantalones? ¿Que no sabe bailar (la noche en que lo intentó, en mi casa, nos reímos tanto que casi nos pusimos malos), que le echa romero a cada plato, que usa unas pantuflas horribles?

Yo me cortaría todo el pelo por él. Decídselo a la rubia que está quitando pelos suyos del cepillo contrariada.

En esa misma habitación Vittorio, desnudo, abría el armario y escogía la

camisa que ponerse. Yo tenía su columna vertebral delante. Sentada en la cama, ya con la raya de los ojos pintada y la bolsa en bandolera, miraba esa línea. En la habitación, la mañana avanzaba lentamente: se formaba un triángulo de luz sobre el suelo ajedrezado, entre la cama y el armario, se proyectaba sobre el pie descalzo de Vittorio.

Y ahora me topo con una fotografía suya en un periódico y me pregunto: «Pero ¿se ha teñido el pelo?».

Voy a la cocina, busco el bizcocho. Dame algo que hacer esta noche, Padre Pío, estoy cansada de llorar contra un almohadón. ¿Sirve como oración?

Hoy ni siquiera la masa es mi amiga.

«Tercer día. Dejar reposar la masa sin mezclar.»

A veces no se puede hacer nada de nada. Solo esperar.

¿Por qué en un momento dado nuestras emociones toman una dirección inesperada? De repente, descarrilan.

En el tren que me llevaba de vuelta a Milán, aquel domingo por la noche, me esforcé por reconducirlas a la carretera principal, pero ya había desaparecido.

El cristal de la ventanilla reflejaba con obstinación mi imagen, el contorno del pelo desgredado, la luz protectora del vagón, el abandono somnoliento de los otros pasajeros. El paisaje nocturno no era más que una intermitencia de luces en fuga contra un fondo oscuro.

Vittorio no vino. Por otra parte, mi invitación había sido absurda. Un desafío, un modo de ponerlo a prueba, de desautorizarlo. «Si alguien está en deuda por las horas de estupefacción, ese soy yo, contigo.» Esas cosas no deberían escribirse. Porque alguien, al leerlas, podría abrir los ojos como platos, demorarse un minuto de más sobre la frase imprevista, repetírsela en un momento tonto de la jornada.

Estaba segura de que aquellas palabras en su caso solo eran un cebo para conseguir tener una de sus aventuras. «Yo no soy una tonta a quien se engatusa

con ciertas trivialidades», me dije mientras leía una vez más la frase, «y si de verdad lo he dejado estupefacto vendrá a Porto Venere.»

No vino.

Me lo imaginé sentado a mi lado en aquel tren. Mi cuerpo no habría estado girado hacia la ventanilla, casi acurrucado. Le habría ocultado mi perfil, que me avergonzaba un poco; él habría hablado mucho, con esa socarronería suya, y quizá en un momento dado se habría callado, me habría acariciado una mejilla y habría dicho: «Si alguien está en deuda por las horas de estupefacción...».

Pero Vittorio no vino.

Lo había desenmascarado, yo lo había hecho muy bien, no había mordido el anzuelo, yo no, podía estar orgullosa de mí misma.

Entonces ¿qué era aquel vacío en el pecho, aquella sensación de algo perdido, de último día del verano?

Qué tontería, me repetía, no tiene nada que ver con él. Es solo una tendencia a fantasear. Es solo un vacío mío que llenar. Es el cansancio tras una larga jornada. Esta tristeza no se debe a él: es el tren, que viaja de noche; es el paisaje, que escapa a la vista; es la mirada ausente del señor que va sentado delante de mí; es el móvil, que no vibra desde hace horas; es el leve rumor de las páginas hojeadas en el silencio absorto del compartimento...

Mientras el tren me llevaba de vuelta a Milán, yo abandonaba la carretera principal.

Entretanto, Silvia iba creciendo. En las líneas que escribía sobre ella, a altas horas de la noche, entornando los ojos miopes sobre la pantalla de un portátil demasiado pequeño, y a mi alrededor, como si existiera realmente. Aparecía inesperadamente en el andén del metro, se escondía tras un periódico para gastar una broma, me esperaba a la salida del supermercado para coger de la otra asa la bolsa de la compra y repartirnos el peso. Cruzábamos la calle así, unidas por una bolsa de plástico siempre a punto de romperse, y ella hablaba, hablaba, hablaba, yo tiraba de Silvia cuando los coches no reducían la velocidad, ella señalaba los pasos de cebra con expresión enfurruñada, después se ponía a saltar sobre ellos, un pie en cada raya; si se equivocaba, volvía a empezar.

Silvia tenía veinte años y era pequeña como una niña y grande como una mujer. Sufría síndrome de Down, «pero eso es un detalle», como decía ella, a saber quién le habría enseñado a hablar así. Sencillamente, Silvia tenía los ojos almendrados. Porque había nacido debajo de un almendro. Así se lo había explicado su padre, Ruggero.

—Los niños nacen debajo de los árboles y cada árbol determina la forma o el color de sus ojos. Mamá, por ejemplo, nació bajo un castaño, porque sus ojos tienen el color de las castañas, y si los miras bien, también un poco la forma. Yo nací debajo de un pino, ¿no ves el verde de mis iris? Y tú, al igual que tus amigos de la asociación, naciste bajo un almendro.

—¿El que tenemos en el patio?

—Justo debajo de tu ventana.

Silvia tenía ideas propias y una alegría primitiva, elemental; quizá por eso yo

no podía prescindir de ella. La verdad es que no se preguntaba qué hacer con las manos cuando alguien le hablaba. Cómo poner los brazos, dónde fijar los ojos. No se preguntaba: ¿enderezó la espalda? ¿Cómo será mi voz?

Lo de la voz es algo terrible. El hecho de que no oigamos cómo les llega a los demás abre un abismo en todo lo que somos: ¿somos la voz que oímos nosotros o la que oyen los demás? ¡Qué extraña es la vida, uno no puede dejar de sorprenderse!

Pero Silvia no, Silvia no se sorprendía; en ella la vida era inmediata, era como si la voz interior y la exterior coincidieran, y no puede decirse que esa no sea una forma de felicidad. Al menos fue así hasta que se enamoró de Antonio. El amor lo trastorna todo, joder.

—Necesito cambiar de casa constantemente. Después de dos años como máximo, tengo que mudarme.

Vittorio me había llevado a un *lounge bar* de Milán, decorado con grandes lámparas y unos sofás blancos y anchos que más bien parecían camas.

Quizá era esta la impresión que yo le había dado: la de ser una de esas que va a locales de moda.

—¿Cómo nos tumbamos? — bromeó, señalando los almohadones rojos diseminados por los sofás. No entendí el chiste.

—Es que ya hay certezas en mi vida; el trabajo, por ejemplo, y necesito saber que no todo está ya definido, que hay margen para el cambio.

—¡Un poco pesado mudarse cada dos años!

—En realidad, tengo muy pocas cosas; a estas alturas, ya me he organizado.

Vino un chico a tomarnos nota. Vacilé.

—¿No hay bebidas sin alcohol?

Vittorio se rio.

—¿Sin alcohol?

—No bebo — dije, encogiéndome de hombros.

—¡Al menos fumarás, espero!

—No, y tampoco bebo café, por cierto.

—Creo que nunca he conocido a nadie que no haga alguna de estas tres cosas.

Pedí un cóctel de fruta; Vittorio, divertido, movía la cabeza.

Aquella noche no tendríamos que estar allí. Me había invitado a salir, pero yo

le había dicho que viniera a la antigua fábrica de lana, donde yo estaba con mis amigos en un concierto. No quería quedarme a solas con él.

—¡Para dejar las cosas claras! — le había dicho a Gioia.

—¿Qué cosas tienes que dejar claras?

Yo no había sabido qué responder.

Pero luego Vittorio había tardado. Y yo me había pasado todo el concierto mirando hacia la entrada y luchando contra la falda, que no paraba de subírseme. Hasta que me llegó un SMS: «Estoy aquí fuera, no encuentro sitio donde aparcar. Te espero aquí».

Se hizo lo que él quería.

—Además — dijo quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesita—, tengo costumbres que son sagradas: el café de las cuatro, por ejemplo, es irrenunciable.

—¿Estés donde estés?

—Esté donde esté. Como un musulmán que se arrodilla cuando oye al muecín. El cine del lunes por la noche también. La cena con los amigos el martes, el batido el domingo por la mañana... — enumeraba satisfecho.

—Y esas costumbres no pueden cambiarse.

—No.

—¿Antes cambias de casa?

—¡Sí!

Le miré las manos. Eran bonitas, pero de una belleza sin gracia. De manillar de moto.

—Cuando me salto esas costumbres, me siento desorientado. Pero después necesito saber que alrededor de esas certezas existe un mundo que puede inventarse a diario. Libertad, la palabra más bonita — concluyó abriendo los brazos.

—¿La libertad de quedarte encerrado en tus costumbres?

Se puso las gafas. Abrió las piernas, se inclinó hacia mí (¡qué suerte la suya que sabía cómo acomodarse en aquellos sofás!, pensé).

—La libertad de elegir de qué ser esclavo. — Frunció el ceño—. La libertad

no es un espacio ilimitado en el cual no vemos horizontes. Al menos esa no es la libertad en la que creo.

—Señorita, se le ha caído el abrigo al suelo — me dijo una camarera.

Me agaché a recogerlo, apurada. «Ahora ya empiezan a caérseme las cosas.»

—Y además, no pedimos libertad, sino cierta apariencia de libertad. Emil Cioran *docet*. — Se comió una aceituna y escupió el hueso en la servilleta.

Me acercó el cuenco para que cogiera una. La idea de escupir el hueso delante de un hombre al que apenas conocía me cohibía. Dije que no con el dedo.

Vino el camarero con lo que habíamos pedido. Vittorio se quitó de nuevo las gafas, dejando al descubierto el azul de sus ojos, y brindamos.

Desde la cristalera se veía el arco della Pace.

—¿Luego paseamos un poco? — pregunté.

—¿No te gusta este sitio?

—Sí, claro, es que me apetece dar una vuelta.

—No sé dónde podríamos ir. En Milán no se pasea, aquí nos movemos de un punto a otro con una meta.

Me miró un instante, me sonrió con cierta dulzura. Me acaricié la nuca.

—¿Y tú? — preguntó pinchando una aceituna con el palillo.

—¿Yo qué?

—¿Tienes novio?

—¿Por qué me lo preguntas como si tú me hubieras hablado de tu novia?

—Te he hablado de mi relación con la libertad.

—No es una mujer.

—Pero es un amor.

—Tengo un lunar, y cuando era pequeña decidí que el hombre que me lo viera sería el hombre de mi vida.

—¡El hombre de mi vida! — repitió—. Hacía años que no oía a nadie hablar así.

—Será un defecto del imaginario romántico. — Puse las manos hacia delante. Las palabras me salieron de prisa, atropelladamente.

Vittorio dio un trago a su bebida.

—¿Tan escondido está el lunar?

—No, en teoría está visible para todos; en realidad, solo lo nota un ojo atento, ¡es un detalle reservado para las almas nobles!

—¿Nada más y nada menos? Pues entonces tengo que encontrarlo.

Se inclinó sobre la mesa, haciendo como que me escudriñaba.

—No lo encontrarías.

—No, creo que no — dijo. Mi pulla pareció desconcertarlo un momento—. ¿Y ha habido alguien más digno que yo?

—Un chico lo encontró la primera vez que salimos. Estuvimos juntos muchos años, fuimos felices juntos. Queríamos casarnos, pero luego las cosas cambiaron...

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós.

—Menos mal que no te casaste.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Con veintidós años!

—Pues...

En el bar pusieron música.

—Un lunar, ¡ya ves! — Y soltó una de sus buenas carcajadas que le llenaban la cara. Empezó a mover la cabeza y el pie al compás de la música.

Me lanzaba miraditas alegres, yo no podía evitar sonreírle, aunque no quería, no quería en absoluto.

—Pero ¿qué pasa, ni siquiera te acabas un cóctel sin alcohol?

—No me apetece más.

Cuando salimos del local, paseamos bajo en frío de Milán. Vittorio era mi cicerone. Se sabía la historia de cada monumento, de cada plaza, de cada barrio.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Es mi ciudad.

Ya no llovía tanto y parecía que Milán suspirara: uno de esos largos suspiros

que se escapan cuando la jornada ha acabado, un instante antes de dormirse.

Vittorio seguía recitando datos y nombres; los escaparates iluminados de las tiendas, comparados con eso, me parecían tan tontos que pasaban sin despertar ningún interés.

Yo no sabía qué decir, me limitaba a escuchar. Pensaba en cosas que preguntarle, pero no se me ocurría nada. Yo caminaba un poco de lado, como era mi costumbre. Cuando por un instante me encontré casi encima de él, me entraron ganas de no separarme. Pero ¿es que no iba a mirarme nunca?

Me había prestado sus guantes. Con las manos metidas en los bolsillos, para que no me viera, restregaba el pulgar contra el índice a fin de comprobar la textura. Era una lana áspera.

De repente, se detuvo y calló. ¿De verdad era la palabra *bastard* lo que se leía en su chaqueta de piel?

Sacó la toallita de las gafas y se limpió los cristales.

Miré alrededor, pensando en algo que decir. Pero cualquier pensamiento me parecía estúpido comparado con lo que él decía.

—¿Te importa si me fumo otro cigarrillo? — preguntó rompiendo el silencio.

Tuve la impresión de que mi falta de argumentos lo decepcionaba.

—No, ¿por qué debería importarme?

Se apoyó en un portal para fumar, a algunos metros de mí.

Me sentía observada.

—¿La señorita hace mutis? Después te acompaño a casa.

Permanecí sola en medio de la calzada, confundida. Miré el cielo.

—Di algo, Antonia, di algo, ¿acaso no tienes lengua?

—Para los griegos la luna era una muchacha que cruzaba el cielo sobre un carro de plata tirado por caballos blancos — solté de pronto.

Vittorio expulsó el humo bruscamente, como si resoplara. Callé.

—¿Cuál es tu apellido? — preguntó, leyendo los nombres del portero automático cuando llegamos a mi portal.

Le señalé la tecla.

—¿Lucida Handwriting?

—¿Cómo?

—La fuente que has usado. Para la etiqueta. — De su boca salió una nubecilla de vaho.

Se acercó. Yo fingí mirar mi nombre en el telefonillo.

—No sé, no me acuerdo.

Me quitó un guante para recuperarlo, se lo pensó mejor.

—Da igual, quédotelos, tengo otros. — Me lo devolvió.

—¿Me lanzas el guante en señal de desafío, como en el siglo dieciocho? — bromeé.

—¿En el siglo dieciocho?

—Sí, quería decir...

Su rostro cayó sobre el mío con los labios entreabiertos. Volví la cabeza para evitarlo, humillada por su corrección. Entonces él me cogió la cara con ambas manos e intentó besarme de nuevo. Le devolví el beso tímidamente, después me separé.

—Quiero volver a verte — dijo con voz sensual y manos que ya me acariciaban.

—Vamos a dormir — le dije, cogiéndole las manos.

La una de la madrugada caía a plomo sobre nosotros. Vittorio me empujó contra el portal y estuvimos besándonos largo tiempo.

Permanecí sentada a la mesa de la cocina, con el abrigo todavía puesto, una hora. Cuando por fin me levanté, me dije: «Por suerte no me gusta».

Volver. De un viaje, de un sueño, volver de un amor. Has aterrizado, el vuelo ha acabado. Puedes quitarte el cinturón de seguridad — suponiendo que hayas tenido la precaución de ponértelo—, coger tu equipaje de mano, bajar la escalerilla que te lleva a tierra sin mirar a la azafata que te agradece que hayas volado en ese avión; con los ojos en el suelo, descender.

«Cuarto día. Dejar la masa todavía en reposo.»

No caer en la tentación de mezclar. Esperar a que pase el tiempo.

Esta noche he salido a la terraza; la ciudad dormía. Me he sentado en la mecedora y he mirado hacia arriba. No se veían más que tres estrellas, Venus y la Osa Mayor mordisqueada por la oscuridad.

Me he balanceado y el cielo, así mirado, se movía adelante y atrás.

Quizá si sigo buscando, me he dicho, si miro mejor, quizá encuentre un sentido. Pero no lo hay, es sencillo, no lo hay, como tampoco están ya las estrellas del planetario, ¿qué se las habrá tragado? Así que solo está este cielo, que no es más que una tapadera que una noche, solo una, se ha levantado.

Y por rabia he empezado a balancearme más fuerte, cada vez más fuerte, y la tapadera iba y venía, pero seguía impasible. Aunque ni siquiera he acelerado por rabia; solo era un modo de decir que no. No podía hacer nada, pero al menos tenía que decir que lo mío era un no.

Olía a jazmín. Pese a todo, era un olor dulce. He mirado la planta; sus flores, como pequeñas estrellas blancas en la noche.

¿Te acuerdas de aquella vez en el planetario, Antonia? ¿Cómo puede perderse una noche de millares de estrellas? ¿Cómo puede perderse de un modo tan definitivo?

El pasado nos deja exiliados, buscando estrellas en las flores de los jazmines.

Llené dos maletas fucsias con ruedas y me marché a Milán. Convencida de que los edificios señoriales serían una garantía de felicidad.

—¿Qué harás en Milán? ¿Trabajarás como periodista?

Realmente no lo sabía.

Parecía que nada fuera digno de durar para siempre, que no pudiera decirse nada definitivo de mí («Antonia es periodista, Antonia organiza eventos») y, sin embargo, que al mismo tiempo todo fuera deseable. En especial si lo hacían los demás, sobre los cuales cualquier cosa daba la impresión de brillar.

Yo buscaba la belleza. O mejor, buscaba mi lugar en la belleza: ser un pequeño engranaje de ella. Alguien capaz de llevarla hasta los demás, de emitir señales de humo, de alguna manera, de decir: «Eh, espera, detente, mira ahí, si a mí me corta la respiración, puede cortártela a ti». Pero no sabía cómo se hacía.

Me enamoraba de todo: del sonido de una palabra en la boca de un hombre, del muchacho del autobús que llevaba una rosa, del cohibimiento que le causaban nuestras miradas de mujeres complacidas. Y me quedaba boquiabierta delante del músico que transformaba todas esas cosas en notas, delante del fotógrafo que sabía fijarlas. Leía los libros que publicaba Vittorio, escogidos uno por uno — sabía que no me desilusionarían— y me daba perfecta cuenta de que también él había encontrado un camino para comunicar belleza. «¿Y yo?», suspiraba, al volver a casa después de un concierto, después del teatro, o solo con un libro en la mano, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, «¿yo qué hago?»

Poco después de mi cita con Vittorio encontré trabajo en una pequeña librería para niños. Todas las mañanas tenía que subir la persiana metálica, limpiar el

polvo de las estanterías, colocar rectos los libros, devolverlos a sus sitios. Barría el suelo de ladrillo, encendía el ordenador, contaba el dinero que había en la caja, alzaba la vista. En aquella librería predominaba el color naranja.

Entraban los primeros clientes y los mensajes, los representantes con sus bolsos en bandolera, los paquetes con las novedades y los de las reposiciones. Movía pilas de libros; se me caían. Con tizas de colores escribía las lecturas del día, llevaba la pizarrita a la entrada de la librería.

Después esperaba a los niños. Cuando llegaban, se sentaban en el suelo, yo empezaba a leer una historia. Sus madres me decían:

—No es de Milán, ¿verdad? — Luego se esfumaban—. Venimos a recogerlos dentro de una hora.

A los niños no les importaba de dónde era, ni si tenía un aire teatral mientras leía ni mi voz chillona. Se sentaban en corro, yo leía con el libro vuelto hacia ellos, y abrían la boca, ponían los ojos en blanco, se dejaban caer sobre los cojines mientras preguntaban «¿Por qué el dragón quiere comerse al niño?», se comían un chupachup. La historia avanzaba. Y poco a poco, sobre sus pequeños traseros, iban arrastrándose hasta el centro del corro, cada vez más cerca del libro. «¡Quítate, que no me dejas ver!», se peleaban. Señalaban una imagen: «¿Ves como es una bruja mala? ¡Tiene las uñas negras!».

Después una niña con gruesas gafas rojas preguntaba:

—¿Puedes cogerme en brazos?

Los demás la veían apoyar la cabeza contra mi pecho mientras yo seguía leyendo; entonces se ponían de rodillas, me miraban, yo fingía no darme cuenta. Sus ojos se abrían mucho, pedían permiso. Yo sonreía. Y a partir de entonces me transformaba en una pequeña montaña que ellos, amontonándose, trataban de escalar trepando sobre mis hombros y mi espalda, «¡Yo, yo!», acuclillándose por fin en el valle de mis piernas cruzadas, cabeza arriba y cabeza abajo, enredados unos con otros. Yo continuaba la narración. Hasta que acabábamos tumbados del todo, el libro abierto sobre nuestras cabezas como si fuera un techo y nosotros, debajo, que nos reíamos por cualquier cosa.

Descubrí que me gustaba. Que escoger los libros que colocaba en el escaparate significaba algo. Que hablar de ellos me podía entusiasmar. Que me bastaba con decir «He leído este libro» y contarlos o contar solo cuánto me había gustado para que ellos, los clientes, lo compraran. «Así contado...», decían, y yo me avergonzaba porque me parecía que decía cada vez lo mismo de todos los libros que me gustaban, aquel «precioso» que siempre volvía a los labios, tan visceral, tan poco profesional.

Llegaban y me decían: «Estoy buscando un libro que...». Yo rebuscaba entre los estantes, «¡Aquí está!» y los libros llegaban a sus manos, cada uno con las características que ellos habían oído; al principio, luego no, luego se fiaban y ya está. Me convertí en un puente.

Al final del día, volvía a ponerme la chaqueta, me metía en el bolso los libros que leería por la noche. Miraba el teléfono: ningún mensaje de Vittorio. Apagaba las luces, y mi única preocupación era la de no tener problemas al bajar la persiana metálica. Se me bloqueó tres veces.

Un día, Vittorio llamó.

—¿Cómo va?

—Pues bien.

Mi voz, que hacía eco en el teléfono, aguda, pueril.

—¿Estás libre esta noche?

Rascarme la cabeza. Buscar los recursos para que no me tiemble la voz, al menos.

—En realidad tengo un cumpleaños en el Box número 8, ¿se llama así, no? Por lo visto hay un concierto y una amiga lo celebra allí.

—¡No puede ser, mis amigos también van! Actúan los...

Dijo un nombre en inglés que no entendí. Suponiendo que fuera inglés.

—La verdad es que no lo sé.

Yo iba por la calle, había tráfico, el chirrido de un tranvía que frenaba.

—¿No te oigo bien! ¿Has dicho algo?

—Nos vemos allí — decidió Vittorio.

En la oscuridad del local, nos buscamos entre la multitud. Yo lo vi primero, estaba con sus amigos pero no dejaba de volverse a un lado y a otro: estaba esperándome. Sus rizos entrecanos, su nariz de orificios anchos.

—No vayas — dijo Gioia—. Deja que sea él quien te encuentre.

Sin embargo, «Vittorio», le tiré de una manga para que se diera la vuelta.

Se le iluminó la cara.

No hicimos más que besarnos. No nos separábamos ni un segundo. Manos, labios, caderas. Me presentó a sus amigos, apenas un estrechón de manos a oscuras, y enseguida ya estábamos otra vez en la pista, pegados uno al otro. Qué fácil parecía ahora besarse. Ofrecerle el cuello, pasar las manos por sus brazos para descubrir su forma debajo de la camisa. Ni el concierto, ni el cumpleaños, nada que no fuera su carcajada, sus labios sobre los míos, sus preguntas en mi oído: «¿Tienes novio? ¿Desde cuándo estás soltera? ¿Y por qué?». Mis mentiras en el suyo.

«No me lo cuentas todo», decía.

Yo no quería pensar. «Solo esta noche», me decía a mí misma, «solo esta noche.»

Vittorio me cogía, me apretaba las caderas. Yo me avergonzaba de aquel deseo, de la osadía de sus manos, del descaro de mis besos, de sus comentarios «¿Dónde está tu timidez?», pero no hacía nada para poner fin a todo aquello.

Después, lo que llegó a su fin fue la noche. Gioia vino a preguntarme si volveríamos a casa juntas.

—¿Ya te vas? — preguntó Vittorio.

—Creo que sí... — respondí, mirando el reloj, esperando una señal que me retuviera.

Pero Vittorio cogió mi mano, se la llevó a los labios, hizo una leve reverencia

y me sonrió.

—Quién sabe si el destino hará que nos encontremos de nuevo — dijo.

Y corrió a reunirse con sus amigos en la barra del bar.

Fui tambaleándome al guardarropa, donde Gioia me puso en las manos el abrigo y la bufanda. La bufanda se me cayó, alguien la pisó, cuando la recogí del suelo era negra.

Me volví. Aún no me había marchado y Vittorio ya estaba riendo junto a los demás, con una gran jarra de cerveza en la mano.

Por las calles semidesiertas — las tres de la mañana, alguien en una parada esperaba obstinadamente un autobús nocturno—, corría el taxi. Yo apretaba las rodillas, me mordisqueaba un dedo y miraba por la ventanilla.

—¿Qué es aquel rascacielos? — pregunté a Gioia.

—Bueno ¿y qué? — respondió con otra pregunta.

—A partir de mañana, vida normal. Sea lo que sea lo que haya sucedido esta noche, mañana retomo mi vida. Es posible, ¿no?

Ella miró fijamente delante de sí, una luz fugaz le iluminó la pequeña cicatriz redonda que la varicela le había dejado en la frente.

—Es posible — repitió, ya sin el punto de interrogación. Se encogió levemente de hombros, arqueó los labios hacia abajo—. Si una lo consigue, sí.

Me desnudé como en trance, en casa, a la luz de la lámpara. Con dos dedos cogí la bufanda. Apestaba a cerveza. Pensé en el modo como Vittorio me había estrechado contra sí por detrás mientras bailábamos, en la presión de sus manos sobre mis caderas: «Pues no eres tan tímida...». Sentí vergüenza, una vergüenza que se apoderó de mi estómago.

«Tengo que lavarla», me dije, «o la tiro directamente.» Finalmente, la metí en una bolsa de plástico y la escondí dentro del armario, como si fuera el cuerpo del delito.

Aquella noche Vittorio me envió el fragmento de una novela que sonaba a

despedida.

La causa de mi incesante llenar maletas, vaciando de sentido cada permanencia. Zarpar, despegar, de las personas de los lugares de las pasiones, una actitud triste que envolver con viejas hojas de periódico llenas de noticias horribles y pocos afectos personales que nunca he poseído. ¿Por qué? Me lo has preguntado. Quién sabe.

Una extraña angustia me tuvo despierta, con la cabeza llena de pensamientos vagos y flotantes.

Al amanecer, saqué el móvil de debajo de la almohada y me decidí a responder.

EL ALMENDRO PERFECTO

Espejos

La primera vez que Silvia vio a Antonio no era más que un avión enloquecido en el cielo.

Eran las fiestas patronales de B. y de aquel día Silvia recordaría el calor que hacía en el paseo marítimo lleno de gente, los vendedores de globos, la estatua de san Nicolás que se balanceaba y el fuerte olor de los bocadillos de hígado. Pero también a la señorita Fortuna, directora de la asociación, que los contaba cada cinco minutos: «No perdamos las piezas», decía riendo; y el miedo que sintió al ver que Dario se había soltado de su mano.

Y, sobre todo, las Flechas Tricolores: los aviones que hacían piruetas en el aire, se perseguían, se cruzaban, se separaban y se juntaban, y cuando se reunían aún volaban más alto y dejaban estelas de colores: «Los colores de la bandera italiana», explicó la señorita Fortuna. Y Silvia se había perdido en aquel espectáculo de cruzamientos y espirales y Dario se había reído de ella porque se había quedado boquiabierta.

En el paseo marítimo habían instalado unos altavoces y la voz de un locutor explicaba las acrobacias, animaba a aplaudir y de vez en cuando decía: «¡Mirad a la derecha!», «¡Mirad a la izquierda!». Y Silvia se volvía a la derecha, se volvía a la izquierda, y el momento más emocionante era cuando en el cielo vacío y silencioso (en el que solo quedaba algún resto de estela que se disolvía) reaparecía el aviador solitario, saliendo de pronto de detrás de un edificio, y como un rayo recorría todo el paseo marítimo girando sobre sí mismo a pocos metros del agua. «¡Una, dos, tres, cuatro, cinco vueltas!», gritaba incrédulo el locutor, y todo el mundo aplaudía con fuerza, emocionado, y Silvia más que nadie, porque quería que el aviador lo oyese y sonriera dentro de aquella cabina, bocabajo. Cuando terminó el espectáculo, un niño soltó su globo de helio y Silvia se imaginó que era un regalo para los

pilotos; no había apartado los ojos del cielo hasta que ella y sus compañeros entraron en la sala del ayuntamiento.

—Enseguida vendrán los pilotos — explicó la señorita Fortuna— y os contarán lo que queráis saber sobre las acrobacias. Tú no lo sabes — dijo sentándose al lado de Silvia—, pero ¡de niña soñaba con conocer a los aviadores de las Flechas Tricolores! Será que leía a Liala, ¿la has leído? Pero qué cosas digo, ¡tú lees a Pessoa, a Leopardi, a Yeats! ¿Tienes un poema para hoy?

Silvia siempre tenía un poema. Como quien lleva pañuelos en el bolsillo o un bolígrafo en el bolso, Silvia llevaba siempre consigo unos versos. Pero aquella tarde de mayo la señorita Fortuna le pedía una poesía para aquel día... ¿Encontraría una que contara aquel encuentro?

Los aviadores se habían colocado delante de ellos, en la sala del ayuntamiento. Habían contado su historia, los años de entrenamiento, las acrobacias que acababan de hacer. Todos llevaban uniforme, eran altos, estaban erguidos y firmes. Todos menos uno.

Estaba un paso detrás de los otros, no se había cuadrado e incluso se balanceaba lentamente descansando el peso del cuerpo primero en una pierna y luego en la otra. Y no tenía la mirada orgullosa del héroe, más bien parecía haberse quedado absorto mirándolos.

Porque Antonio no apartaba los ojos de aquellos chicos con síndrome de Down que tenía delante, y pensaba que nunca había visto a tantos juntos. Y aquel hormigueo que sentía en el pecho fue creciendo mientras se preguntaba por sus vidas y qué sentido podían tener, en definitiva, ¿por qué Dios había elegido aquel destino para algunos de sus hijos? ¿Y por qué ellos y no él, por ejemplo?

Silvia se había dado cuenta de que el piloto tenía la cara perlada de sudor.

¿Eran conscientes de su enfermedad?, se decía Antonio. ¿Y cuánto sufrían sus padres? ¡Ay!, pensaba, si yo supiera que mi hijo nacerá con síndrome de Down, ¿qué haría?

Pero mira, se decía Silvia, ¿por qué ahora se toca la pierna?

Ay, ea, ahora la pierna me da pinchazos, había pensado Antonio, me duele todo... ¿y si tuviera esclerosis múltiple? No quiero sufrir, preferiría morir de pronto, pero sufrir una enfermedad... Sin embargo, la doctora me ha dicho que estoy bien... Sí, pero no me ha hecho una resonancia...

Silvia había observado con asombro que el piloto, procurando no ser visto, estaba levantando lentamente la pierna derecha e intentaba mantener el equilibrio.

¿Lo ves, Antonio? No puedes ni mantener el equilibrio... ¡Y dicen que soy un hipocondríaco! Ya querría verlos en mi lugar. Y ahora, ¿por qué me mira esa chica? El ojo, me tiembla el ojo... ¿Qué leí al respecto? Si es el del mismo lado de la pierna es un síntoma... ¿O era el otro? De todas formas, me laten los dos. Ya está, no veo nada...

Pero ¿qué hace?, había pensado Silvia, llena de curiosidad. Estaba totalmente cautivada por aquel extraño personaje y ya no le importaban los demás, que seguían contando sus hazañas, porque aquel había empezado a cerrar un ojo y luego el otro, como si hiciera pruebas, allí, en medio de sus compañeros orgullosos, sin hacer caso ni del comandante, que había empezado a presentar a la patrulla acrobática.

Y Silvia se había echado a reír divertida, mientras Antonio sudaba a chorros.

«¡Aquí está nuestra escuadra!», había dicho en cierto momento el comandante.

Y cuando presentó a Antonio, Silvia no daba crédito a lo que oía: ¿aquel era el aviador solitario?

¿Aquel era el héroe a quien había animado toda la tarde?

Pero cuando Antonio se dio cuenta de que lo miraba, a su cara blanca como la pared afloró una sonrisa tan limpia y bonita que Silvia cambió de opinión. En el fondo, no podía ser otro el aviador solitario: entre todos aquellos, no había nadie como él.

Al subir al autobús que los llevaría de vuelta a San F., Silvia le había dicho al oído a la señorita Fortuna:

Había un señor sentado delante de una señora sentada delante de él.

A su derecha/izquierda había una ventana, a su izquierda/derecha había una puerta.

No había espejos, y sin embargo, en aquella habitación, profundamente, se reflejaban.

—Muy bonito.

Escribía sobre Silvia porque me sentía sola. ¿O me sentía sola porque me pasaba el tiempo escribiendo sobre Silvia?

Un día llegó la amargura; limpié la casa, compré *snacks* para el aperitivo y canapés, me apliqué un esmalte de uñas nuevo y me pinté los labios, y cuando todo estaba perfecto, incluidos mis libros de Adelphi ordenados por colores en su estante, me di cuenta de que todo aquello no era para nadie. Entendí que aquella amargura no se marcharía.

La vida no mantiene las promesas.

No hallé consuelo en las calles del centro. Me preguntaba dónde, en una ciudad como Milán, podía llevarse aquel pequeño hatillo de tristeza. ¿Dónde dejarlo, si nuestras vidas no eran más que trayectos de un punto a otro, como decía Vittorio? Vittorio, que había desaparecido, engullido por su mismo adiós.

Me vi otra vez en el jardín de la Galería de Arte Moderno. Dentro de poco, el césped florecería. Por ahora, manchas de nieve se derretían en la hierba. Pensé en Venecia, en las veladas pasadas hablando de libros. Para Vittorio debía de ser algo cotidiano, tal vez algunos días incluso una lata. Me habría gustado decir algo, aportar algo a aquel mundo que por las noches se recogía a cenar en los restaurantes más bonitos para hablar de literatura. «Si al menos tuviera ocasión...», me decía.

Pero allí estaba, sentada en los escalones, con la galería cerrada y las manos heladas. En vano intentaba calentarlas con mi aliento y apretando los puños. Si aquel era el único sitio donde dejar la tristeza de cada uno, era un sitio bien frío.

«¿Por qué la otra noche no hiciste nada para que me quedara?», le escribí

entonces a Vittorio en un SMS.

No estaba yo para circunloquios inútiles.

Recibí una respuesta desconcertante: «¿Por qué tendría que haberlo hecho? Fuiste tú quien decidió marcharse».

Apreté los dientes, vencida por su lógica. Recogí el bolso dispuesta a marcharme.

«De todas formas, echo mucho de menos tus labios», me llegó en otro mensaje.

«¡No soy solo unos labios!», repliqué enfadada.

Y luego el teléfono permaneció mudo otros diez días.

De Milán, me refiero a la Milán de aquella noche, solo recuerdo las plazas, un portal, luces difusas, un vocerío quedo y un olor a río; no, no parecía Milán.

—¿Que huele a río? — preguntó Vittorio—. ¿Te has maquillado de otra manera? Te queda bien, estás guapa.

—Me ha maquillado una amiga. Así, por probar...

Vittorio sonrió ante mi confesión, yo me quedé confundida.

—Sí, huele a río. Ya sé que no hay ríos. Pero es como si notase bajo los pies miles de canales...

—Hay canales navegables.

—Será el olor de Venecia que se me ha quedado pegado.

Vittorio rio. Todo el mudo sabe que Venecia huele mal.

«He dicho una estupidez», pensé. «¿Por qué digo estupideces?»

—Bueno, yo lo veo así — repuse, enfurruñada.

Se encendió un cigarrillo y me miró largo rato sin decir nada, preguntándose qué parte había en mí de Alicia en el País de las Maravillas, cuánto de tonta o a saber de qué.

—Voy al cajero, vuelvo enseguida — dijo en cambio.

Me quedé sola en la acera, con el bolso que me colgaba, mirando a las chicas estupendas que cruzaban la plaza con abrigo de piel corto y altos tacones; parecían estelas luminosas en la oscuridad. Aunque por lo visto nadie se daba cuenta, porque Milán es una ciudad en la que las personas no se vuelven a mirarte.

Pero por primera vez era bonita aquella Milán con las estufas con forma de champiñón encendidas en las terrazas de los locales y el griterío atenuado y una niebla delicada y alguien que salía a fumar con una copa en la mano. Por vez primera, mientras veía la espalda de Vittorio al otro extremo de la plaza y su mano al meterse de nuevo la cartera en el bolsillo de los pantalones, sentía mis pies plantados en aquella plaza como si, desde aquel momento, Milán me hubiera hecho un hueco a mí también.

Pese a que aquello del olor a Venecia no dejaba de volver a mi cabeza y que Vittorio no volvía, y yo lo esperaba mirándome la punta de los zapatos, me pregunté si Milán no sería como una prostituta que ya lo ha visto todo y que nos acoge dentro de ella porque está acostumbrada a hacerlo, sin mirarnos siquiera a la cara.

Y sin embargo, de Milán, me refiero a la Milán de aquella noche, recuerdo el estupor ante su cauto abrazo. Y el olor a río.

Me pasé la cena entera repitiéndome: «No le gusto, no me gusta. Ahora me acompaña a casa y punto y final, y todos más tranquilos».

Vittorio pedía una copa de vino tras otra; a mí me costaba acabarme mi bebida sin alcohol. Al final, se bebió la mía también. Intenté hablarle un poco de mi familia, él me dijo que la suya era completamente distinta. Le trasladé el comentario de una amiga:

—Mi familia tiene miedo porque me ve ingenua.

—A mí no me parece que lo seas. — Lo dijo en un tono terminante, como de hastío, mientras se liaba el cigarrillo arrellanado en la silla.

Yo enmudecí, él siguió hablando con desenvoltura, «con desinterés», me repetía yo con cierto alivio (o quizá no).

—En realidad, en mi casa de la playa hay unas buganvillas que están creciendo mucho, el próximo mes las podaré — me contó.

—¿Cómo? ¿Podarlas en mayo?

—¿Ah, no?

Me tapé la cara con las manos.

—No, ¡por supuesto que en primavera no!

—No las podo porque crea que haya que hacerlo, sino porque tal como están me molestan, yo me tumbo en la hamaca y las ramas me entran en los ojos y de todas formas me tapan las vistas.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Por qué? ¡No te burles de mí!

Reímos. Sí, me dije, podríamos ser amigos. Por fin respiré.

Sin embargo, cuando íbamos hacia el coche para regresar cada uno a su casa, Vittorio se detuvo, me volvió y me besó en la boca; y acto seguido, siguió explicando los mecanismos por los que se otorga el Premio Nobel. Yo permanecí rezagada, detenida en el beso, él no se dio cuenta. Corrí sobre mis tacones para alcanzarlo.

Se había hecho tarde, la vida nocturna se había desinflado, no quedaba de ella más que alguna cicatriz en un par de botellas de cerveza abandonadas bajo las columnas de San Lorenzo.

Mientras entrábamos en su coche, me preguntó:

—¿Te apetece subir a casa?

Me quedé inmóvil, con la portezuela abierta, sorprendida — ofendida, quizá — por lo previsible de la fórmula. Y sintiendo que a Milán, a Vittorio Solmani, no se le decía que no. Y que quería, que deseaba estar con él, pero no debía. Y él le hablaba a la parte de mí que deseaba decirle que sí, lo que resultaba vagamente ofensivo: ¿por qué yo no lograba mostrar la otra Antonia?

Pero todavía tendría la posibilidad, mañana, de borrarlo, de volver atrás, me

decía para darme seguridad, mientras él arrancaba y se atareaba con el estéreo. Como si no hubiera nada irremediable.

Vivía en el último piso de un edificio señorial y decadente, con un gran patio central. No había ascensor, así que subimos a pie, él delante de mí, de dos en dos los escalones, yo de puntillas para no despertar a todo el mundo con el taconeo, agarrada a la barandilla, una planta por detrás de él.

Una vez que entramos en la casa, cerró la puerta con dos vueltas de llave, no encendió la luz. Se quedó quieto en el recibidor a oscuras, como si de repente su seguridad se hubiese esfumado.

—¿Quieres beber algo?

—No.

Por un instante, me pareció perdido. Encendió una lámpara, se quitó la chaqueta.

—¿Ni siquiera un vaso de agua? — En su voz había un deje de súplica.

Negué con la cabeza.

—Bueno, quizá pueda enseñarte la casa...

Permanecimos inmóviles.

Vittorio frunció el ceño; por un instante, experimenté cierta satisfacción. «Ahora, a ver cómo te las apañas, Solmani», pensé.

En cambio, él se quedó en silencio, cortado, mirándome con sus ojos claros y grandes que habían olvidado el guion. Llevaba un suéter azul oscuro, estaba despeinado. Era guapo, pero de una belleza a la que todavía se podía renunciar.

—A lo mejor podría dejar el bolso... — dije en su ayuda.

Entonces Vittorio recordó la parte del guión que le tocaba, colgó mi bolso en el perchero y se acercó a mí con pequeños pasos. Noté que el vientre me rugía de la agitación.

—Perdona — dijo a media voz.

Me cogió de las caderas y fue empujándome hacia la habitación, besándome.

El cuerpo obedeció de forma automática.

Cerró la puerta con un pie, en la oscuridad apenas reconocía sus formas. Bajó lentamente la cremallera de mi vestido. Sentí que mi espalda quedaba al descubierto, que mi cuerpo perdía toda protección.

Me empujó con delicadeza sobre la cama, que se me antojó enorme. Pensé que nunca había hecho el amor con un hombre que no fuera mi novio. Y no volví a pensarlo.

Él se agachó a mis pies para quitarme los zapatos; se hizo un lío.

—¿Cómo se quitan? — dijo riendo.

Yo lo levanté para desabrocharle los botones, que no se acababan nunca.

—Joder, ¿cuántos hay? — exclamó, y oímos nuestras risas—. Chis, que está mi coinquilino — dijo, sin dejar de reír.

Hicimos el amor.

Me acarició mucho rato; después se burló de que me diera vergüenza.

—Pero ¿de verdad que te da vergüenza?

—¡Para ya! — lo reñí.

Él reía.

Hicimos el amor otra vez. Cuando traté de apartarme, me inmovilizó.

—Mando yo.

—Eso te crees tú.

Después, permaneció boca abajo y yo, tumbada encima de él, dejé que me apartara el pelo de la cara y que me dijera «Eres guapa, eres guapa, eres muy guapa» con una especie de sorpresa.

—A oscuras — rebatía yo.

—Entonces, eres guapa a oscuras — bromeaba él, y seguía acariciándome el pelo.

Sin embargo, de repente se apartó y encendió la luz de la mesilla.

—¿Vamos? — preguntó—. Es que si no, me dormiré y no te acompañaré.

Se levantó y empezó a vestirse con rapidez. Me lanzó las medias y el vestido,

que estaban tirados en el suelo, para que yo me vistiera también; me apresuré a recoger mi ropa interior del suelo antes de que la cogieran sus manos.

Recuerdo el alféizar de la ventana, donde había un cenicero lleno de colillas. Lo miré por un tiempo indefinido, mientras Vittorio se abrochaba la camisa, se ponía los zapatos, hablaba de la visita al dentista que tenía al día siguiente y volvía a preguntarme por enésima vez: «Pero tú, ¿cuántos años tienes?».

Me obligué a no mirar otra cosa que el cenicero hasta conseguir adoptar una expresión desenvuelta. De persona experimentada. En el alféizar, el viento esparcía la ceniza de los cigarrillos de Vittorio.

En el coche no dijimos ni una palabra; los semáforos en rojo se me hicieron interminables.

Debajo de mi casa (en la esquina, esta vez no me acompañó hasta el portal), mirando fijamente el volante, Vittorio habló por fin:

—No sé qué decir, lo siento.

Una fina llovizna tamborileaba sobre el parabrisas con irregularidad.

Dejé pasar algunos segundos de silencio.

—Entonces, adiós — repuse con orgullo.

Al bajarme del coche, se me cayó en un charco el libro que me había regalado. Lo recogí, miré a Vittorio, petrificado en el asiento del conductor. Me encogí levemente de hombros, como si dijera: «No pasa nada, así son las cosas». No sé muy bien si lo dije por el libro o por nosotros.

¡Oh, qué mañana tan soleada hacía! Paseé por los canales navegables, recorrí el mercado de antigüedades escuchando música con los cascos.

Me había quedado embelesada mirando los escritorios antiguos y las viejas estufas de mayólica y las máquinas de escribir y las bandejas y las cucharillas de plata con sus formas exóticas alineadas una junto a otra.

El viento hacía ondear los toldos de los puestos y alzaba la esquina de una postal de finales del siglo diecinueve. El timbre de una bicicleta iba esquivando a la gente y las conversaciones reposadas — un suave zumbido—, después enfilaba el puente y corría lejos, en pos de aquella primera mañana de primavera.

El cielo era azul, límpido, tanto que cuando cayó una sombra sobre nosotros, todos alzamos la vista sorprendidos; y al toparnos con una pequeña nube solitaria, nos sentimos aliviados porque fuera solo un desaire pasajero.

En aquel mercadillo de los canales me di cuenta de que no era cosa de desesperarse por no poder tener esto o aquello, porque aquel gramófono jamás fuera a estar en mi habitación; tenía ojos para embeberme de la belleza de aquellos objetos y una imaginación que, en un instante, podía colocarlos en una casa junto al mar, con la pintura corroída por el salitre, o en una azotea de Roma, bajo una cascada de hibiscos amarillos.

Tal vez yo no tuviera muchas cosas, pero una pequeña habitación imaginaria con un escritorio antiguo solo me pertenecía a mí y me pertenecería para siempre.

Y así había salido a pasear feliz, feliz de estar allí. Aunque unas noches antes

había querido morirme y me había dicho «Aguanta, solo es cuestión de aguantar», y tenía razón.

A pesar de todo, a veces la vida se abre, se entrega. Y aunque no dure más que un par de horas, dura el tiempo necesario para recordarnos que no, que no debemos morir cuando queremos morir.

Quizá a Vittorio le llegó algo de esta inesperada ligereza porque, aunque había pasado muchos días sin dar señales de vida desde la noche que estuvimos juntos, cuando volvía a casa recibí un mensaje suyo: «¿Nos vamos de viaje? Me apetece pasear contigo por la capital».

El encuentro para ponernos de acuerdo fue rápido, casi absurdo.

Llegué al bar antes que él, con un vestido blanco de flores y maquillaje primaveral. Él vino en bici, una Bianchi verde que ató con cuidado a un poste, mientras yo lo observaba desde la entrada del local. También él se puso a mirarme desde lejos. Me hizo una señal con la mano: «Ven», y cuando yo cruzaba la calle, se apoyó contra el poste, se cruzó de brazos y me escudriñó de arriba bajo, disfrutando de la escena, mientras yo avanzaba, aturdida por su presencia.

—¡Qué tonto eres! — dije al llegar a su lado.

—Y tú, ¡qué guapa! — repuso, y me besó en los labios, como si ya se hubiese adquirido un derecho sobre ellos.

Dentro del bar, abrió la mochila que llevaba a la espalda y me regaló otros libros, pidió café y un zumo de naranja natural; yo, un helado.

—Iré a Roma algunos días antes por asuntos de trabajo — me explicó—; tú dime el día y la hora en que llega tu tren e intentaré ir a recogerte a la estación.

—Ah. ¿Y dónde dormimos?

—Tú no te preocupes.

Se tragó el café y al cabo de cinco minutos desapareció, tras subirse de nuevo a su sillín como si fuera un *cowboy*.

Faltaba una semana para nuestro viaje. Obviamente, no daría señales de vida.

*Te si' fatta na vesta scullata,
nu cappiello cu 'e nastre e cu 'e rose
stive 'mmiez'a tre o quatto sciantose
e parlave francese... è accusí?*

(«Te compraste un vestido escotado,
un sombrero con cintas y rosas,
estabas en medio de tres o cuatro cabareteras
y hablabas francés... ¿es así?»)

—*Reginella* es de las canciones de amor más bonitas jamás escritas — dice Gioia al teléfono. La he llamado y le he preguntado qué tiempo hace en Milán.

Me pone la música que está escuchando.

—¿Y de vez en cuando vas a los jardines de la galería?

Gioia no va allí. No sabe decirme si el quiosco que Vittorio suele frecuentar está abierto, no sabe nada sobre la presentación de un libro suyo a finales de mes.

—Pero por la parada de metro de la editorial pasas a menudo.

—Sí, bastante.

—Y nunca te lo encuentras...

—Antonia... — me reprocha.

Entonces pienso: «Cojo un avión y voy. Voy, más elegante que nunca, con el pelo recogido, la cara bronceada, de tal modo que toda la gente en el metro se vuelve a mirarme. Llego a su casa y le digo... ¿Qué le digo? ¿Que lo acepto todo,

incondicionalmente? Quizá sonriendo, para no darle mucha pena. Es suficiente con que, cuando llegue al portal y lo llame por el interfono, Vittorio baje un minuto, un solo minuto, a verme, con sus ojos azules muy abiertos por la sorpresa».

—¿Gioia? — le digo en cambio a mi amiga, que escucha *Reginella* al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Según tú, ¿qué crees que entiende la gente cuando dice que todo pasa?

«Quinto día. Añadir un vaso de leche, uno de harina y uno de azúcar.»

Cuando añado la leche, la masa parece despertar de su letargo: los grumos suben a flote, la mezcla se hincha. Resulta aún más repugnante.

Nada hace presagiar un bizcocho en esta especie de sopa de hospital creciente. La única que la mira con confianza es Anna. Sigue los progresos cotidianamente: cuando llega a casa por las mañanas, deja las bolsas de la compra del mercado y observa con ojo clínico la masa. Asiente con la cabeza.

—¿Es normal que esté así?

—¿Así cómo? Está saliendo muy bien.

Después llega el turno del azúcar y la harina. El vaso de plástico, el mismo del primer día, se entrega a todos los usos. Se llena y se vacía de azúcar, se convierte en portador de la harina. Debe de sentirse orgulloso.

«Pero da igual», me digo absteniéndome de mezclar, «aunque yo no esté en Milán sé muy bien cómo estará andando ahora mismo.» Camina con paso elástico, con el suéter anudado a la cintura, las piernas separadas, unos vaqueros con algo de holgura en las rodillas. Se para en el quiosco, enrolla el *Internazionale* y se lo mete en el bolsillo trasero. Con la cabeza alta. Entra en el bar de siempre y pide un zumo natural, mientras se propone comprarse un exprimidor, ya se imagina cortando la fruta los domingos por la mañana (pero no lo hará).

La masa me mira, obscena en su fealdad. Pero conmovedora en su espera cotidiana de un gesto por mi parte. Con la harina encima, intentando cubrirla, recuerda a un techo ruinoso, de chabola.

—Quién sabe qué se siente al rechazar tanto amor —digo.

Entonces, en un punto, el techo de harina se agrieta.

De: antonia@libero.it

A: vittorioso@gmail.com

Asunto: filtraciones sospechosas

Querido Vittorio:

¿De qué está hecho el tiempo, de gotas? La gota de un primer encuentro, la gota del paso que nos introduce en una habitación, la gota de una tarde aburrida.

La gota, diminuta, en el momento en que el domingo te levantaste y te fuiste, volviste a colocarte la mochila a la espalda y, mientras desaparecías en tu bicicleta, me lanzaste un beso al vuelo; y yo me quedé aturdida en la mesa del bar, comiéndome mi helado, una porción demasiado grande, y poniendo y quitando pesas en mi corazón: ahora con Vittorio, ahora sin él.

Si es así, me refiero a si el tiempo realmente está hecho de gotas, aquella diminuta gota del domingo continúa cayendo impertérrita sobre mi cabeza. No puede explicarse de dónde viene la pérdida y cómo es posible que la misma gota no muera al caer sobre mi pelo, pero ese tiempo continúa goteando impertérrito.

Antonia.

EL ALMENDRO PERFECTO

La fiesta de la cosecha

Todavía era de noche cuando los niños se escabullían en fila india. Abrían lentamente las puertas de casa, seguidos por los chirridos que los padres fingirían no oír. Aquella noche estaba permitido. Cruzaban San F., tropezaban con pasos sigilosos en las horas que precedían al día y llamaban, como habían quedado, a las ventanas de los otros niños. Entonces, en el silencio, otros chirridos, otros zapatos sin atar que se perseguían, otros recorridos que se planificaban en voz baja. El corazón latía con fuerza, «Puede que haya perros», las manos se agarraban y se soltaban, «Puede que aún estén por ahí los monstruos de la noche», hasta que llegaban a los campos y se subían a los muros de piedra en seco. Entre la excitación y el remordimiento, pensaban en sus madres, que llamarían a sus habitaciones y no los encontrarían.

Pero los niños ahora se sentían mayores, y daba igual si no tocaban el suelo con los pies y las piernas colgaban del muro de piedra, mientras en los campos de almendros, poco a poco, se introducía el primer resplandor del día. Ya no se veían más estrellas. Empezaban a cantar los primeros pájaros. Los niños sentían sus pechos henchirse de emoción. La claridad iba en aumento. Y los almendros, recortados contra el amanecer, parecían siluetas de mujer aún somnolientas. De esqueletos gráciles, pero lozanas, como son las mujeres por las mañanas, turgentes en el sopor que se desliza entre las sábanas.

Los adultos llegaban en grupos pequeños; antes que el sol hubiera despuntado del todo, ya estaban en los campos. Los hombres extendían las redes debajo de los almendros y las mujeres, seguras de encontrar allí a los niños, les llevaban una taza de *zabaione*, porque en aquella jornada se necesitaba energía.

A cada árbol subía un hombre a agitar las ramas desde lo alto; otros dos, abajo, las sacudían con los bastones. Las almendras caían como si fuera lluvia.

Era un día de ruidos sordos: el batir de los bastones; de pequeños golpes: de las almendras cuando caían al terreno; de susurros: de las copas sacudidas. Los niños se perseguían entre los árboles, cogían los mazos más pequeños y jugaban a pegar en los troncos, porque a las copas no llegaban. Algún adulto los cogía en brazos.

Aquel día Silvia se pasaba las horas a cuatro patas sobre el terreno, recogiendo las almendras que habían caído tanto dentro como fuera de las redes. Competía con los otros para ver quién recogía más y el número aumentaba de forma proporcional a la fantasía. Las mujeres llevaban los sacos vacíos, los más jóvenes los llenaban de almendras y los trasladaban a las casas. Los hombres descansaban por fin a la sombra, se enjugaban el sudor de la frente y se pasaban cervezas heladas.

Ahora era el turno de las mujeres. Los niños seguían la estela de las madres, de las primas y de las vecinas en las casas de campo. Diez, veinte mujeres de todas las edades se sentaban en torno a una gran mesa. Los niños más pequeños trepaban a las sillas, aferrándose al borde de la mesa para curiosear. Se vaciaban los sacos sobre el tablero y las mujeres empezaban a quitar las cortezas de las almendras, ayudadas de piedras y pequeños cuchillos. «¡Cuidado con los piojos!», decían, y los niños escapaban gritando cuando salían volando nubes de pulgones. Las mujeres reían y continuaban trabajando. El olor dulzón de las cáscaras de almendra se extendía e impregnaba las conversaciones sobre los noviazgos y los amores venideros.

De cuando en cuando, se asomaba algún hombre, atraído por aquella reunión femenina, repleta de límpidas carcajadas. Pero se marchaba enseguida, expulsado por el silencio que se había creado con su llegada.

Entretanto, las manos trabajaban incasables, se ennegrecían por aquel continuo descascarar, embadurnadas con la savia pegajosa de las almendras más tiernas.

El tiempo volaba; la mesa de trabajo se convertía en una extensión de cortezas y cáscaras y las almendras mondadas se esparcían en la era para que se secan al sol; y los cestos con las cáscaras se vaciaban: una cascada de cáscaras, sonidos agudos, como de guijarros que rodaran.

Por la noche, cuando debido al cansancio nadie podía con su cuerpo y los niños, agotados por tanto juego y tanta emoción, acababan durmiéndose, las almendras se cubrían con una lona. A la mañana

siguiente, se ponían otra vez a secar al sol. Después, la gran fiesta de la cosecha de almendras tocaba a su fin.

Apagaba el ordenador y en el espejo escrutaba mis ojos sin forma. ¿Debajo de qué árbol había nacido yo? Después, me reía de mis propias tonterías, pero bajaba todas las persianas de casa — Milán se quedaba fuera— y me tumbaba en el suelo, en el centro de la habitación; entonces el techo se convertía en un cielo de un azul intenso, visto entre las copas poco frondosas de los almendros. Bajo mi espalda ya no había parquet, sino terrones de tierra, en los oídos los grititos de Silvia, que corría acalorada dando vueltas a los troncos, perseguida por su prima Eva; las anchas faldas se inflaban con la carrera, los pies descalzos se hundían en la tierra; y en algún momento, una de las dos gritaba: «¡A la playa, a la playa!». Y entonces las veía corretear cada vez más lejos, oblicuas, según me permitía mi mirada al estar tumbada.

Quedaban las cigarras, con su chirriar pacífico, las ramas de los almendros ya cargadas de frutos sobre mi cabeza, el cielo luminoso que se entreveía por ellas — atisbos de San F.

En ese momento, incluso el teléfono podía no sonar. Adiós, Vittorio, te mando una postal.

De: vittorioso@gmail.com

A: antonia@libero.it

Asunto: RE: filtraciones sospechosas

He esperado a que caigan muchas gotas antes de responderte. Tantas que ya estás llegando hasta mí con tu tren que corre hacia la estación Termini y si no salgo enseguida de casa al final tendrás que esperarme en el andén. Andén 3, según la web de la estación. Espero verte bajar con el pelo mojado.

Me gustan tus palabras. Dime muchas, ahora que vas a bajar de ese tren.

V.

Roma nos atrapa. En Roma todo nos llama, todo es una red: las calles adyacentes a Campo de' Fiori, que parecen girar sobre sí mismas, perseguidas por el olor del pan recién hecho; las escalinatas del barrio de Monti, cargadas de promesas; la luz que por la tarde languidece, y, a orillas del Tíber, las bandadas de golondrinas que vuelan enloquecidas de árbol en árbol, moteando el cielo de negro. En Roma caminamos como si no pesáramos, y si llevamos una carga en el corazón, basta con llegar al río, mirar la isla Tiberina, que se deja estrechar por los dos brazos del Tíber, para que esa carga se deshaga en polvo: un polvo claro, azulado, que sobrevuela un poco la corriente del río y enseguida desaparece. En Roma el dolor es como un barquito de papel: lo pones en el río y se va.

La casa tenía un aire bohemio: la escalera estrecha hasta el segundo piso, los

cuadros apoyados en el suelo — lienzos sin marco—, las puertas de madera pintadas de verde. Y un escritorio cubierto de papeles y ceniceros llenos.

—¿Y de quién es esta casa?

—De una amiga.

—¿De una amiga?

Yo todavía no había dejado la maleta, en la sala de estar Vittorio me miraba y reía.

—Me la ha dejado, tiene otro apartamento en Roma.

—¿Es pintora?

—Guionista. Te había traído una cosa, pero luego me di cuenta de que había llegado con las manos vacías a su casa y se la di a ella.

—¿Le has dado mi regalo?

—Sí — dijo riendo y abriendo los brazos—, ven, pon aquí tus cosas.

Las paredes de la habitación eran de color azul celeste. «¡La habitación azul de Simenon!», pensé al entrar.

Vittorio se apoyó contra la ventana, cruzó las piernas y siguió mirándome fijamente. Yo buscaba el lugar adecuado para poner la maleta.

—Cuando entras en una habitación... — dijo.

—¿Sí?

—Se te ve tan indecisa...

—¿Indecisa? Quizá porque no es mi casa...

—No. — Cerró la ventana, corrió la cortina—. No es eso. Tengo la impresión de que siempre te veré entrar así, como entraste la otra noche en mi casa y como estás entrando ahora en esta habitación... Estás ahí como preguntándote: «¿Debo hacerlo? ¿Está permitido? ¿No será mejor que me vaya?».

Me cogió de las caderas. Se me cortó la respiración.

—¿Es que no tienes ojos? ¡Mírame! — dijo riendo—. Es bonito. Me gusta. Quiero volver a verte entrando así, con tus tacones, así... titubeante... ¡Y júrame que siempre tendrás tanta vergüenza como ahora!

Fue la primera noche que dormimos juntos. Me tuvo abrazada todo el tiempo,

me buscaba durmiendo cuando me separaba, me cogía del tobillo si me volvía del otro lado.

Cuando llegó la mañana yo no había pegado ojo de la emoción. La mañana llegó con una luz que penetraba el tejido de la cortina, que se movía un poco debido al aire que entraba por la ventana. Una luz que, reptando por la habitación, se volvía extrañamente azul. Durante horas miré alternativamente el bello rostro de Vittorio que dormía a mi lado y la luz azul que entraba en la habitación.

Aquel color del amanecer en una habitación en Roma se convertiría en el de una felicidad inesperada, que me había sorprendido maravillada y desnuda entre los brazos de un hombre al que apenas conocía.

Era el primer domingo de mayo. Lucía un sol espléndido, era el primer calor de la primavera, y las plantas trepadoras se agarraban con más fuerza a los palacios de via della Pace. Todo invitaba a demorarse.

En cambio, Vittorio corría, la chaqueta de piel anudada a la cintura, calzado con las botas de motorista y aquel modo suyo de ir con la cabeza erguida, como si quisiera surcar el aire.

Yo lo seguía a duras penas. Sobre los adoquines los tacones altos se tambaleaban. Llevaba una gabardina beis cruzada por delante y con el cinturón de tela ceñido a mi cintura, pero las faldas batían aquí y allá, al ritmo jadeante de mis pasos. «¿Por qué diablos corre?», me decía yo.

Se detuvo solo un instante en el quiosco.

—*La Repubblica, Il Sole 24 Ore y Il Corriere della Sera*, por favor. Antonia, ¿quieres algún periódico?

—No, gracias.

—¿No?

—Echaré un vistazo a los tuyos — respondí con un hilo de voz.

—¿No quieres una de esas revistas femeninas?

Los nombres de las callejuelas que rodean Campo de' Fiori son preciosos: Vicolo dei venti; Vicolo delle grotte, Largo dei librai. Hay talleres artesanales, carpinterías y un lugar donde arreglan bicicletas.

Con el rabillo del ojo captaba cada cosa, mientras intentaba no perder de vista la camisa de Vittorio, que ya era una mancha lejana, mezclada entre las siluetas de los turistas.

Pero bastaba con que pasara una chica en bicicleta para que me distrajera: su pelo corto, la boina calada y esa alegría en los ojos que la hacía pedalear de pie. Desaparecía tocando el timbre, con la falda blanca y ancha reflejando la luz del sol.

Vittorio se volvía y me miraba contrariado. Yo apretaba el paso para llegar hasta él. «¿Por qué no va más despacio?», me decía yo, pero mis labios esbozaban una sonrisa. Sonreía como para decirles a las mujeres que nos miraban: «Todo va muy bien, señora», y porque aquella mañana había estado media hora recogíendome el pelo en una especie de moño alto, mientras Vittorio llamaba a la puerta del baño, «¿Ya estás?», y yo me peleaba con las horquillas, una de las cuales se me cayó en la pila, donde había quedado atrapada; y ahora notaba que los mechones se me soltaban uno tras otro, pero solo podía dejar a un lado el desconcierto y sonreír.

En el bar de Campo de' Fiori Vittorio abrió los periódicos y se sumió en el mutismo. Le hincaba el diente al cruasán, tanteaba en la mesa buscando el zumo de naranja natural sin apartar la vista de las noticias. El señor que estaba sentado a nuestro lado nos miraba de reojo. Yo daba pequeños mordiscos a mi sándwich.

Algunas horas antes, cuando abrí los ojos en nuestra cama, la luz azulada ya había abandonado la habitación. Al levantarme para ir a ducharme, mientras él todavía dormía, su mano aferró mi cadera.

—¿Dónde vas? — dijo sin ni siquiera abrir los ojos.

Entonces besé sus labios carnosos, calientes, descubrí sus dientes, que tenía muy juntos y un poco amarillentos por el tabaco, e hicimos el amor sin decir una palabra, con los ojos cerrados.

Después los abrió y eran como dos faros: sentí que algo se tambaleaba en mi interior.

Fue entonces — él estaba tumbado sobre mí, estábamos desnudos, por primera vez yo no me avergonzaba de mi cuerpo— cuando tomé su cabeza entre las manos y dije:

—Estoy...

Feliz, hubiera querido decir feliz. Pero él puso tal cara que el adjetivo que me salió fue «contenta».

—Estoy contenta — dije—. Estoy muy contenta.

—Ah, bien.

De repente se levantó, recogió los calzoncillos del suelo y desde entonces no había vuelto a dirigirme la palabra.

Un poco más allá de nosotros, en el bar de Campo de' Fiori, se habían sentado un padre y su hija. Eran franceses y la niña tenía un modo encantador de beberse el batido con la pajita. Llevaba un abrigo rojo, un lazo en el pelo. Por señas, le indicó a su padre que tenía calor, este se agachó a su lado y le desabrochó el abrigo, mientras improvisaba una cancioncilla.

Vittorio levantó la cabeza, creí que por fin iba a decir algo; me dispuse a sonreír. En cambio, pidió un café al camarero.

Me puse a darle pataditas al paquete que había debajo de la mesa.

—¿Qué pasa? — dijo él, alzando bruscamente la mirada del periódico.

Señalé al padre y la niña franceses:

—Mira qué tiernos.

—Mmm... Si quieres, coge lo que ya he leído. — Levantó el diario a la altura de la cara y ya solo me miraron los titulares en negrita y el mísero papel grisáceo de los periódicos, que parece sucio, chapucero, resignado a haber sido fabricado para durar más o menos una hora.

—Voy al baño.

En el espejo me encontré frente a mi traje de chaqueta de seda, el lunar en el escote ya moreno, la sombra de ojos negra que resaltaba la mirada. Y me sentí como un bonito florero vacío.

Pero después retomamos nuestro paseo. Roma se abre, se deja mirar.

La subida por el monte Aventino se hallaba flanqueada de rosales, el rostro de Vittorio estaba de nuevo encendido. Hablaba, señalaba vistas, yo me atrevía y le

descubría cómo se llamaban algunas flores o me burlaba de él por su obsesión por saber el nombre de las cosas.

Vittorio citaba a De Lillo, yo lo escuchaba extasiada y me habría gustado recoger una a una todas las piedras de aquella calle del Aventino para recordar nuestro paso por allí.

Roma se abre y una chica que se llama Antonia ve la cúpula de San Pedro desde la cerradura de la verja del priorato de la Orden de los Caballeros de Malta y se enamora de Vittorio que, a su lado, saca fotos con el móvil.

Después, el sol empieza a descender, en via Margutta los muros de piedra se vuelven rosas, las plantas trepadoras se abandonan a una languidez dulcísima: entraban ganas de tumbarse debajo de ellas. En el Aventino, el Jardín de los Naranjos se queda vacío, la verja se cierra a espaldas del hombre y de la chica, ellos siguen paseando y hablando, todo parece más distendido.

Desde un mirador, ella señala todos los lugares a los que le gustaría ir; dice «¿Volveremos algún día?» y espera un beso que no llega. Él se pregunta por los monumentos, consulta una guía en formato libro electrónico y no entiende nada, luego alza el rostro y se topa con la sonrisa irónica de ella: «¿Me tomas el pelo», dice, y continúan paseando, llevados por una nueva alegría.

El Trastévere se anima. Sale de casa el aedo del barrio, como se hace llamar, con sus gafas de lentes gruesas y gestos afeminados, se prepara para declamar en los bares al aire libre, en las *trattorias*, a los turistas que están sentados en la fuente de piazza Santa Maria, sus poesías, que hacen reír y callar y que solo él, que conoce las pausas, los sonidos adecuados, la lentitud con que hay que pronunciar la palabra «acritud», puede recitar.

Los turistas siguen lanzando monedas en las fuentes. En el navegador del móvil, el hombre busca la calle del restaurante, anda con los ojos fijos en la pantalla, la chica le tira un poco del brazo cuando él está a punto de chocar contra unos transeúntes.

Un actor enfundado en un abrigo de paño largo sube al tranvía, va a interpretar una comedia sobre las crisis de pareja, trata de recitar su papel, pero solo piensa

en *Orlando furioso*, no hay nada que hacer, los versos «Lo que el hombre ve, el amor se lo torna invisible, y lo invisible hace ver el amor» le vuelven a la mente, una y otra vez. La gente que se cruza con él piensa que se parece a Pasolini.

Y cae la tarde.

En el puente de la Música, el blanco deslumbrante de los pilares recortados contra el fondo del cielo azul tenía algo de tranquilizador.

—Es precioso — dije.

—Y sin embargo, es arte contemporáneo. ¿No dijiste que para ti el arte se había detenido en 1930?

—Vale, estoy llena de prejuicios. ¿Es que tengo que recalcarlo cada vez?

—No, en el fondo, no.

Tratamos de reconstruir lo que nos rodeaba: lo que había encima de nosotros debía de ser el Monte Mario (¿veía las luces del planetario?), más allá estaba el puente Milvio y ¿cuál era aquella Virgen iluminada a un lado de la colina?

—Siempre debería ser así. Me refiero a la vida: siempre debería ser así — dije suspirando.

—¡Tienes grandes aspiraciones!

—¿Acaso no podemos pretender un poco de felicidad? Dime, ¿por qué no podemos? En realidad, nosotros no pedimos venir al mundo.

Vittorio negó con la cabeza.

—De nada te servirá patalear. Las cosas no funcionan así.

—Me pregunto a qué viene esta ansia de felicidad repentina, apremiante, y más fuerte que cualquier otra cosa. ¿A ti te pasa?

—A menudo, nuestra exigencia de felicidad es lo que nos vuelve infelices.

La crudeza de aquella afirmación me hizo sonreír.

—Entonces ¿qué hacemos? — le pregunté.

—Reconocer la pura verdad de las cosas. ¿Cuál es esa felicidad de la que

hablas, Antonia? La única felicidad que yo conozco radica en dejar de perseguir ilusiones y de contarse cuentos. Ser felices en nuestra lucha cotidiana.

—¿Una lucha contra quién? Y además, ¿qué felicidad puede haber sin ilusiones? Eso que dices es horrible. Y de todas formas, para mí la pura verdad no es suficiente.

—Dios mío — dijo él, remangándose la camisa—, es increíble, pareces yo pero hace unos años, el mismo modo de atormentarte... ¿Vamos a París el próximo fin de semana?

Yo abrí mucho los ojos y no respondí.

—Mi hermana vive en París. Tienes que conocerla, es estupenda. Siempre ha sido mejor que yo en todo; de niños ella era estudiosa, esmerada, inteligente. Yo, en cambio, estaba atormentado... ¡A decir verdad, era un poco gilipollas! Además yo no tengo esa naturalidad suya para comenzar una relación, esa sencillez con que consigue compartir su vida con otra persona, a ella le resulta tan... fácil, ¿entiendes? — dijo mientras se liaba un cigarrillo.

Observé sus dedos al poner el tabaco en la papelina y distribuirlo con precisión obsesiva — llevaba las uñas muy cortas.

—Ahora también sigues atormentado.

El mechero de Vittorio falló un par de veces, lo agitó, luego le dio unos golpes contra la pierna. Al final se encendió.

—Te equivocas. De hecho, mis amigos me envidian. «¿Cómo lo haces? Se ve que eres feliz», dicen.

—A mí no me pareces tan feliz.

—¿Por qué? ¿Por qué debe haber necesariamente una infelicidad oculta? — En la frente se le hinchó una vena—. ¡Uno puede no tener esperanzas sin estar desesperado! — soltó, serio.

Me quedé sin saber qué decir, mirándome la punta de los zapatos.

—Y en cualquier caso — concluyó—, empieza a procurarte la felicidad sola. Creer que te la puedan dar los demás es una locura.

—Deberíamos poder contar con los demás.

—Deberíamos.

—¿Podré contar contigo? — Me aferré a la barandilla del puente con ambas manos.

—¿A qué te refieres?

—¿Podré contar contigo? Si un día lo necesito...

—No, conmigo, no — respondió él con vehemencia.

Se hizo un largo silencio.

—Pero ¿qué esperabas, Antonia? — prosiguió, más tranquilo, con los ojos fijos en el suelo de tablas de madera, que se asemejaba a la cubierta de un barco —. ¿Qué esperas? La vida es un desierto.

La noche lo había cubierto todo, pero Roma no dejaba de ser preciosa. En Roma ocurre eso. Aunque los monumentos no estuvieran iluminados, aunque la cúpula de San Pedro dejara de brillar bajo el cielo estrellado, visible desde todos los tejados; aunque el Castel Sant'Angelo apagase las farolas de su puente y se escondiera en la oscuridad, aunque desaparecieran las luces del Janículo, las de las colinas, las de un restaurante en lo alto del Monte Mario, aunque se fundieran todas las bombillas de los barcos que cruzan el Tíber por su parte navegable, no dejaríamos de oír cantar a la ciudad. Un canto que nos hace sentarnos en la orilla con las piernas colgando y los ojos cerrados para escuchar, mientras el corazón a cada instante parece decir suspirando: «Quiero quedarme aquí, aquí, aquí».

Sexto día. Anna ha traído a su nietecita a casa, la ha sentado delante de la televisión a ver dibujos animados. Le ofrezco un zumo, ella mira a su abuela y me responde: «No como cosas hechas fuera de mi casa». Anna y yo reímos; Anna dice que no sabe quién le ha enseñado eso. La convence para que se tome el zumo y poco después incluso un bollo.

—Mira, Antonia está preparando un bizcocho.

La niña se desliza de la silla y viene a observar mi masa. Bajo el recipiente a la altura de sus ojos. Cuando los levanta, me siento avergonzada.

—Mejorará cuando lo metamos en el horno — digo para justificarme.

—¿Lleva chocolate?

—No, este no.

La niña vuelve delante de la televisión sin más comentarios.

Me gustaría explicarle que no es fácil. Juntar los ingredientes, dominar los recuerdos, tratar de... Es que la vida no para ni un segundo de avanzar: ahora estás mirando unos dibujos animados, te ríes un poco, te aburres un poco, en cualquier caso dentro de nada acabará; te colgarás la mochila de Winnie the Pooh a la espalda y te irás a comer las cosas que hacen en tu casa, de las que te fías. Y en cambio, yo me quedaré encerrada en un fin de semana romano, en la dulzura del recuerdo, a pesar de todo. En lo amargo del recuerdo, a pesar de la dulzura.

Entretanto, el tiempo va pasando, ¿entiendes? Un día sin noticias de Vittorio, dos días, una semana, meses. Y en un instante, ya son años. Y el nudo en la garganta, que no desaparece.

Y quién sabe si él estará girando todavía como una peonza que no quiere que la paren. Si ha encontrado a alguien que se limite a mirarlo embelesada, feliz de ser su cómplice. Si al final del día, en un momento de debilidad, sus ojos piden todavía unas manos a las que entregarse. Y quién sabe si alguien habrá abierto las palmas ya para ofrecérselas. Pero da igual, incluso cuando se las ofrecen, él no se entrega.

En todo caso, «Sexto día. Mezclar la masa».

Por fin.

Me acariciaba la rodilla. En el tranvía, mientras Vittorio iba sentado y yo estaba de pie delante de él y los pasajeros nos miraban y nosotros los mirábamos, y aunque no habláramos sabíamos ya qué comentario haría el otro de cada uno de ellos; en el taxi, cuando la Ciudad Eterna nos despedía con sus monumentos iluminados por la noche y la tristeza de marcharse era un suspiro. Me acariciaba la rodilla y con aquel gesto contenido me devolvía al amor.

Así Vittorio me orientaba hacia su gramática de los sentimientos y yo me esforzaba por aprender: era cosa mía, propia de mi naturaleza femenina, tratar de comprender. Era tarea mía descifrar su lenguaje, prepararle un camino en que hallara expresión, un terreno donde pudiera salir de la dificultad; era tarea mía, un deber casi religioso, compensar la ausencia de las palabras (que yo soñaba con oír, pero que no, no le serían propias) no con otras sino con una mayor comprensión.

Regresamos a casa la última noche de nuestro fin de semana romano; cuando salí de la ducha oí que Vittorio había puesto música — una música triste que no identifiqué—. Me envolví en la toalla y abrí la puerta del baño. Desde el umbral, lo vi en la semioscuridad de la sala de estar, inmóvil delante de la ventana. No se percató de mi presencia. La canción decía algo así como «Protégeme», algo como «Dame tu serenidad». Vittorio murmuraba la letra, sus labios apenas se

movían. «No me abandones», dijo. Yo noté que se aflojaba la mano que sujetaba la toalla que ceñía mi cuerpo.

Fue entonces cuando sucedió, como por impulso. A mitad de canción, Vittorio se calló, se precipitó hacia el estéreo y lo apagó.

A la mañana siguiente, me despertó tocándome bajo mi camisón. Hizo el amor sin un beso, sin una caricia. Lo hizo solo. Después, me dio la espalda y se quedó dormido de nuevo. Lo desperté cuando faltaban un par de horas para marcharme.

—No puedo llevarte a la estación.

—¿Por qué?

—Tengo una cita. Desayunemos, luego te acerco a la parada del autobús.

En la terraza del bar los niños jugaban con una casita de madera, sus caras aparecían y desaparecían detrás de las ventanitas.

—Oye, Vittorio...

Él encendió el móvil y le propuso a una amiga que se reuniera con nosotros. Tenía unas migas de cruasán en la barba. No se lo dije, que se fastidiara.

—Vittorio... — probé de nuevo—. Estoy... Bueno, estoy un poco confundida.

—¿Confundida? ¿Por qué? — Se envaró.

—Por este fin de semana.

—¿Por qué?

—Porque he estado a gusto...

—¿Y eso es malo?

—Sí, lo es.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo has estado tú...

Nos separaba una mesa.

Ahora que lo pienso, me parece que siempre estábamos así Vittorio y yo, en un bar o en un restaurante, siempre muy circunspectos, uno frente a otro, con una mesa de por medio; y yo disimulaba, lo veía leer el periódico, invitar a sus

amigos a que se nos unieran, reclinarse en la silla imperturbable, pero sentía como una comezón en los pies que me daban ganas de levantarme, arrojar la silla, volcar la mesa con la taza de café y el zumo de naranja — lo que él pedía siempre— y ver por fin cómo sus ojos azules se abrían estupefactos y desaparecía aquella impasibilidad junto con los sobres de azúcar y el móvil y el mantel entero.

Y es que yo ya debía de saber, en alguna parte de mi ser, que dos personas que se aman no se sientan a la mesa de un bar.

Sonó el teléfono.

—¡Hola! Estupendo, estoy aquí, te espero. — Colgó—. Sinceramente, no te comprendo. — Su voz sonaba irritada—. He estado a gusto, ¿de qué otra manera debería haber estado?

Me acompañó a la parada del autobús. No hacía más que mirar el reloj y repetir «¡Lo que tarda!».

Yo me sentía tan humillada que no podía ni hablar.

Después, al final de la calle, apareció el autobús. Vittorio quiso cogerme la maleta para ayudarme a subirla.

—¡No! — Forcejeé enfadada.

Me tomó la cara entre las manos, me dio un beso largo en la boca. Yo cerré los ojos lo más fuerte que pude.

—He estado a gusto — recalqué lentamente, mientras el autobús se detenía y yo me negaba a mirar a Vittorio a los ojos—. He estado a gusto.

Poco antes de que la puerta se cerrara detrás de mí, noté su mano en el hombro, en un intento por retenerme. Me marché sintiendo toda la tristeza de aquel gesto tardío.

EL ALMENDRO PERFECTO

Equilibrios

Después, aquel verano Antonio acabó justo en San F. Silvia se lo encontró en la placita, mientras él

buscaba la casa del primo que iba a alojarlo y ella, sentada en los escalones de la iglesia, lloraba por algo de lo que ya no se acordaba. Lo detuvo: «Yo ya te he visto antes», y le indicó la calle.

Antonio farfulló un «Gracias», dispuesto a marcharse, pero ella le dijo:

—¿Tienes cinco minutos?

De un fogón llegaba el olor de la carne a la brasa.

Antonio vaciló.

—¿No te encuentras bien?

—Estoy un poco triste, ¿me das la mano?

Antonio miró alrededor, con pasos indecisos llegó a los escalones donde estaba Silvia y finalmente le tendió la mano como se la habría dado a un director de banco. Ella se echó a reír, con la nariz aún moqueándole un poco a causa del llanto.

—¿Por qué te ríes? — le preguntó Antonio, que empezó a sudar.

—Me caes bien, señor aviador.

—Me llamo Antonio.

—Lo sé. Yo Silvia, si te caigo bien. ¿Has venido con tu avión?

Antonio farfulló algo acerca de un permiso que le habían dado.

—No..., un permiso forzado, si he de ser sincero, y bueno, eh... me quedaré por un tiempo, en casa de mi primo... Nada de aviones, luego, quién sabe si me permitirán volver a volar.

—Muy bien. Pero ahora céntrate en no perderte otra vez. Yo me voy a casa. De la tristeza, ya me he olvidado. — Y antes de marcharse, se giró todavía un instante—: De todas maneras, ¡creo que sí puedes mantenerte en equilibrio apoyado en una sola pierna!

El cielo estaba límpido; la plaza, desierta. Un balón naranja se había quedado atrapado debajo de un coche y Antonio de repente se sintió bien.

Vittorio no me llevó a París.

Pero durante los meses que siguieron al fin de semana romano, no hicimos más que viajar por Italia: la costa Amalfitana, Liguria, Versilia.

Vittorio se divertía citándome en una ciudad diferente cada vez. Él se marchaba primero, yo acudía luego. Ni íbamos ni volvíamos juntos.

—¡Me gusta que siempre nos encontremos en sitios distintos! — decía, cuando me veía bajar por enésima vez de un tren. Cogía mi maleta, me daba pequeños y rápidos besos—. Paquete recogido — bromeaba.

Se fijaba en todo: «¿Te has peinado de otra manera?», «¿Ese vestido es nuevo? ¡Qué elegante!», y me pasaba las manos por el pelo, que continuaban luego a lo largo de la cremallera de la espalda y se detenían en mis caderas.

—¿Cómo puedes estar cada día más guapa?

Y yo, que durante el trayecto en el tren había sentido el temblor de mis piernas por la emoción de volver a verlo, me quedaba encandilada y muda.

A menudo me recibía con propuestas absurdas: «¿Visitamos la ciudad?», aunque fuera la una de la madrugada y yo estuviera agotada por el viaje.

Dejábamos la maleta en el coche y paseábamos por calles desconocidas, llamábamos a las persianas metálicas de los locales, que ya estaban medio bajadas, para pedir una copa de vino, yo me escondía avergonzada, «Oye, no, que ya están fregando el suelo, dejémoslo». Pero Vittorio siempre la conseguía: su enorme sonrisa abría de par en par todas las puertas.

Bebía apoyado contra un pequeño muro, con una mano en el bolsillo, el rostro cada vez más bronceado, el pelo rizado por efecto del mar.

—Quien solo bebe agua algún secreto esconde. — Me tendía la copa para que al menos me mojase los labios, mirándome con malicia.

Cantaba un tema.

—¿Conoces esta canción?

—No.

—¿Seguro que no?

Empezaba a cantarla desde el principio, nada menos que con acompañamiento musical: las arrugas en la frente mientras fingía tocar un solo de guitarra, la expresión concentrada, la voz ronca.

—¿La has reconocido?

—No. Pero eres todo un rockero — le decía, burlándome.

—¿A que sí? Siempre lo he pensado.

Me atraía hacia sí, me cantaba al oído hasta que la voz se convertía en un susurro, con las manos me ceñía la cintura más y más.

Me sentía como una reina.

Pero, de repente, algo lo ensombrecía. Conmigo no se divertía. No.

Volvíamos al coche, él clavaba los ojos en el navegador del móvil y continuaba solo y callado a lo largo de la dirección indicada. Yo sentía todo el peso de su desilusión. «¿Quién esperaba que bajase del tren?», me preguntaba.

Conducía con la música puesta, yo abría la ventanilla, miraba fuera, odiándome por todo aquello que yo no era: alegre, interesante, divertida, locuaz... Una lista infinita. Y mirándome de reojo por el retrovisor, veía que incluso el maquillaje ya se había estropeado y que el cansancio me había empequeñecido los ojos.

Sin embargo, algunos fines de semana más tarde había otra estación, otra ciudad. Y yo postergaba el trabajo, anulaba una visita a mi familia, me esforzaba por buscar los enlaces de los trenes y los bolsos y los zapatos adecuados.

Todo resultaba nuevo, agotador y emocionante.

Viajábamos de día y de noche en su moto. Cuando, sentado en el sillín, me veía salir del portal, abría mucho los ojos: «¿Y estas son unas zapatillas de

deporte?», «¿Y dónde metemos el bolso?», «Toma mi chaqueta, con la tuya te morirás de frío». En ocasiones, me hacía subir a cambiarme y yo me pasaba la tarde riéndome de la cara que él había puesto al ver mi vestuario.

Dormíamos en maravillosas villas que daban al mar, en la suya propia o en las de sus amigos; el chapoteo de las olas entraba por la ventana. Algunas veces Vittorio cambiaba de planes a última hora y acabábamos compartiendo camas individuales en hoteles de una estrella.

Hablábamos de la felicidad, una vez más, y estábamos horas sentados en el suelo, escuchando música y con los ojos cerrados, diciéndonos lo que nos pasaba por la cabeza.

Lo miraba a hurtadillas cuando él corregía las galeradas, sentado a la mesa de una terracita. Su bolígrafo verde dibujaba símbolos indescifrables sobre las hojas sueltas.

—Este personaje tendría que hablar en primera persona — decía él—. No, aquí el autor debería ser más atrevido.

—¿Cómo lo haces? — le preguntaba.

—¿El qué?

—Leer una historia sin dejarte atrapar por ella.

—Es mi trabajo — respondía.

Preparaba un té, en silencio le ponía la taza sobre la mesa y me retiraba. Él me sujetaba de un brazo.

—Gracias. ¿Qué estás haciendo?

—Escribir.

Yo seguía en la sala de estar escribiendo y él en la terracita corrigiendo las galeradas. Cuando levantaba la cabeza de mi trabajo, lo veía más allá de la ventana, encorvado sobre las páginas, concentrado, la mano izquierda cerrada en torno a la taza de té que yo le había preparado.

Cada cosa estaba en su sitio.

Al atardecer, bajábamos a la playa. «Por las mañanas hay demasiada gente», había decidido él.

Se lanzaba al agua sin esperarme y nadaba largo rato con brazadas impetuosas. Yo flotaba boca arriba en la superficie, dejándome llevar por la corriente, y tenía la impresión de estar dando un gracias continuo: a Dios, al azar, a Vittorio, a la vida, a quien fuera que me hubiese llevado hasta allí.

El rojo del cielo empezaba a diluirse, los otros bañistas se marchaban, nosotros nos tumbábamos en una roca y permanecíamos allí en silencio, envueltos en las toallas, dos puntitos oscuros en una superficie de cobalto, hasta que las últimas luces del día desaparecían.

—Gracias — se me escapó una vez.

Él me fulminó con la mirada.

—Cuando te pones así, es que no te entiendo — repuso con brusquedad.

Por las noches, siempre teníamos una cena con algún amigo suyo: los mejores restaurantes de pescado, un trasiego continuo de botellas de vino, discusiones sobre las leyes que regulaban el precio de los libros. Y cuando la velada acababa, un porro que pasaba de mano en mano en la azotea a la cual habíamos subido para contemplar las estrellas.

No me lo ofrecían, quizá porque llevaba en la frente escrito que yo no era de las que fumaban porros, o quizá porque permanecía callada todo el tiempo escuchándoles y era fácil olvidarse de mi presencia. El primero que se olvidaba de mí en aquellas veladas era Vittorio.

Después el fin de semana acababa, yo metía la maleta en el maletero del coche de Vittorio y me llevaba a la estación. En el coche él no decía ni una palabra y yo empezaba a preguntarme cuántos días desaparecería esta vez. ¿Los cinco de rigor? ¿Diez, dado que había una feria en el extranjero? Me daba palmaditas en la rodilla, abría y cerraba el bolso, suspiraba ruidosamente.

¿Cuándo volveríamos a vernos, si tenía una boda el domingo siguiente y otros miles de planes ya cerrados para los próximos fines de semana? ¿Había estado a gusto conmigo? ¿Por qué, entonces, no me besaba desde la noche anterior?

«Di algo, Vittorio», pensaba yo. «Di algo, joder.»

Y él decía:

—Hay tráfico.

Me dejaba en el aparcamiento de la estación, yo corría a buscar el andén.

Mientras el tren se alejaba, tenía la sensación de que en el coche Vittorio habría puesto un CD y ya estaría cantando.

De: antonia@libero.it
A: vittorioso@gmail.com
Asunto: buganvillas en Otranto

Querido Vittorio:

Son las 16.20 de un sábado por la tarde. Si por allí todo va como debería, cuando recibas este correo electrónico estarás fluctuando entre el placer del café de las cuatro y el sentimiento de culpa (poco creíble) del cigarrillo de las cuatro y media.

Ya te imagino riéndote...

¿Cómo va tu «paseo» por la Costa Azul? ¿Llevas sombrerito de paja? *Noblesse oblige*...

Estoy en casa de mi familia. Dejo que me preparen el desayuno, la cena, que me hagan la cama, que me metan un bocadillo en la bolsa de la playa. En definitiva: hago de hija.

Y me pregunto por dónde andará un señor que conozco que sueña con subirse al estribo de un tren en marcha, con una bolsa a la espalda, estilo Indiana Jones... ¿Lo conoces? Lleva una barbita entrecana, con algún nostálgico pelo rojizo. Si pasas por la puerta de su casa, es probable que lo veas en la terraza podando buganvillas... ¡Sí, ahora, en plena floración!

«¡Oye, las ramas llegan a la hamaca, me molestan!», te diría si te atrevieras a poner algún reparo. Aunque dudo de que hablara de un tema tan personal... Él va con mucho cuidado con ciertas cosas. Con no comprometerse, me refiero. Me temo que al final se haya convencido de que ha conseguido esconderse. Pero en realidad su plan hace aguas por todas partes. Pero no se lo digas si te lo encuentras.

Mejor mírale la barba: si se la rasca, es que está nervioso. Y si se la acaricia, estirando de los pelos uno a uno hasta la punta, bueno, entonces no dudes de que quiere decir algo, pero se contiene.

Él también experimenta vacilaciones. Una duda, quizá. Una tentación. De hacer una caricia, de decir una palabra más. Pero se estira los pelos de la barba; entonces seguro que no la dirá. Hay que reconocerle cierta disciplina.

Sin embargo, es bonito verlo andar por su vida: ¿sabes?, es de los que son felices cuando llega el verano, cuando los viernes sale el horóscopo de Pesatori, de que exista un bar donde tomarse un zumo natural y leer el periódico. Ese es su talento.

Si por casualidad lo ves pasar, dile que la chica que estuvo en su cama — aquella que él

creía que dormía y entonces se le acurrucó cerca, le preguntó «¿Estás durmiendo?» y le dio un suave beso en el brazo, y luego otro, y otro, y otro más, riendo enternecido, hasta que ella se movió un poco y entonces él se levantó y fue a la otra habitación—, en definitiva, dile que aquella chica no dormía del todo...

Pero no, ella no es como los demás, que lo acusan de que nunca se queda. Eso explícaselo bien. Ella no cree que resulte fácil ser aquel que escoge irse a la otra habitación. Díselo seriamente. Y después, cambia de tema.

Háblale de los *tortellini* frescos de la señora Olga, por ejemplo. Y cuidado, te los roba del plato.

Antonia.

Fui a casa un par de semanas. Bajé al sur, mientras Vittorio subía a un avión rumbo a Francia.

Nos despedimos debajo de su casa, satisfechos después de una noche juntos; nos dijimos «Diviértete», «Tú también», y me imaginé que éramos como dos puntitos que se separaban para ir en direcciones opuestas, pero que pronto, inevitablemente, volverían al punto de partida.

Por eso me marché rebosante de felicidad, con una especie de firme conciencia. «Porque ahora estamos cerca», escribía en mi diario. «No hay nada que hacer, ahora estamos cerca.»

En casa me encontraron distinta, más elegante, más adulta, más... ¿radiante? No sabían qué era exactamente.

—Quizá sean los vestidos nuevos... Tantos pantalones de seda, tanto beis... Pero ¿has tirado los vestiditos de colores que tenías? Eran bonitos.

—No, es que ahora lleva el pelo cortísimo.

—Tampoco es eso... Es algo distinto en su mirada.

Dejaba que me miraran y sonreía, después cogía el bolso y salía a encontrarme con unos y otros, o solo a pasear por aquella ciudad que era pero ya no era mía.

Andaba por ahí como quien custodia un secreto. Me iba a la playa, pasaba horas en el agua.

—¿Desde cuándo nadas tanto?

Yo me reía; me decía que cuando saliera del agua le escribiría y le contaría hasta dónde había llegado y le hablaría de las rocas en medio del mar donde se decía que...

Entretanto, me sumergía, escuchaba los sonidos de debajo del agua, aquel glu glu placentero, sereno, delicado.

Mi madre venía a mojarse los pies en las rocas más bajas y me miraba desde la orilla. Yo nadaba hacia ella y le contaba:

—Fuimos a un local que frecuentaba Pasolini, donde había una atmósfera maravillosa, mucha gente... y en algunas mesas veías a personas escribir en libretas o extranjeros de distintas nacionalidades: no turistas, sino artistas, y por los retazos que llegaban de sus conversaciones te enterabas de que estaban organizando exposiciones o conciertos o cosas así...

Ella se sentaba en una roca plana a escucharme.

—¿Y cómo es él? — me preguntó una mañana.

Yo flotaba en el agua con el rostro al sol.

—¡Alguien atormentado, convencido de que es feliz! Pero cuando habla, te quedas boquiabierta... Lo que dice, sus pensamientos... Y además, hablamos de la felicidad. ¿Tú has hablado alguna vez con alguien de la felicidad? Yo con nadie... Y si lo ves entre la gente, cómo le gusta hablar con los demás, cómo le interesa todo, cómo en apenas un minuto sabe cómo es una persona... Me parece que tengo que aprenderlo todo de él. Sobre todo, estoy aprendiendo a medir las palabras, a dar importancia a lo que se dice, a no soltarlas así como así. ¡Suaviza un poco mi vehemencia!

—Pero ¿tú estás contenta?

—Sí. — Me encaramé a la roca para salir del agua.

—Sal por aquí, por aquí es muy fácil, incluso yo podría.

—Lo conseguí. Tengo que entrenar, Vittorio me lleva a bañarme a sitios imposibles, ¡casi hace falta una cuerda para meterse en el agua! — Me quité las sandalias cangrejas, sentí la piedra ardiente en las plantas de los pies—. Aunque a veces no es fácil. Odia el teléfono, así que nos llamamos cada cuatro o

cinco días, a veces después de que haya pasado una semana... A mí me apetecería llamarlo, contarle cómo ha ido la jornada, o lo que he visto, cosas sin importancia, pero él es estricto; si acortas estos tiempos, no te responde, es como si quisiera restablecer las distancias.

Unos chicos pasaron en un patín, sus gritos llenaron la atmósfera quieta de julio.

Respiré hondo.

—Pero tengo confianza. Confío en él, en su persona. Es algo que siento dentro de mí, una certeza, ¿entiendes a qué me refiero? En comparación, los muros que levanta no son nada. Y además soy testaruda, como ya sabes.

—¡Lo sé muy bien! Pero una persona testaruda puede hacerse mucho daño.

Me encogí de hombros.

—Ya veremos — repliqué. Me sequé las manos en la toalla y saqué de la cartera una fotografía de Vittorio—. ¿No es la cosa más guapa que has visto en tu vida? — dije, pasándosela a mi madre.

Lo habían pillado por sorpresa sentado a su escritorio, en la editorial, vestido con una chaqueta elegante y con un bolígrafo en la mano suspendida en el aire; se lo veía de tres cuartos, y parecía dirigirse a alguien que había a su izquierda. Las gafas no ocultaban el azul del iris y minúsculos destellos iluminaban su mirada: seguro que estaba hablando de su trabajo.

—Es un chico muy guapo. Un hombre, mejor dicho.

—Pero esta foto es de hace tres años por lo menos, la encontré en internet. No tengo ninguna de los dos: según él, ¡hacerse fotos es típico de novios!

Me tumbé al sol, respirando agitadamente. Mi madre se acercó a mi toalla.

—Pero oye, ¿acaso no salís juntos?

Su cuerpo proyectó una gran sombra sobre el mío.

EL ALMENDRO PERFECTO

Por su nombre

—Querría una poesía nueva, señor Amilcare, por favor.

—¿Ha pasado algo, Silvi? Vamos, entra.

El viejo Amilcare la precedió arrastrando los pies y se detuvo delante de la librería, donde con el dedo recorrió las cubiertas de los libros, en busca de inspiración.

—Ayer volví a ver a un señor, no es guapo, pero es divertido, yo estaba llorando, pero cuando se me acercó me reí y, ¡bah!, la tristeza se me olvidó.

—¡Ah! — dijo el señor Amilcare, volviéndose—. Pues entonces, ¿sabes qué, Silvia? Que nada de poesías hoy, mejor un té; ven a la cocina. Mañana, que estarás más tranquila, leeremos algo juntos.

—¿Por qué no hoy, señor Amilcare?

—Hija mía, ¡las poesías son una bomba! ¡Es mejor serenarse un poco antes de manipularlas!

El viejo Amilcare había empezado a leer cuando aún no levantaba dos palmos del suelo, y en su casa solo tenían los libros de su padre, obras de novelistas rusos y de poetas herméticos. Solamente entendía un tercio de lo que leía. Pero cuando cerraba el libro, sentía algo en el pecho, suspendido, un placer melancólico que flotaba justo allí, cerca del corazón. Era un placer doloroso, en verdad, y después de haber estado leyendo permanecía aturdido largo rato.

—Se me hacía insoportable la cháchara de mi casa — le contaba a Silvia— y salía a la calle, con aquel fuego dentro de mí que el libro había encendido y que yo no lograba apagar. Quizá fuera por el dolor del protagonista, por la inquietud de la voz del narrador, esa que algunos autores dejan entre líneas, y gran parte de mis emociones que se enfrentaban con aquellos sentimientos narrados... o tal vez solo se reflejaban... Ay, pero no había manera de que me recobrara. Y tú, Silvia — concluía, recolocándose las gafas—, tú podrás tener los ojos almendrados, pero yo me doy cuenta de cómo tocas los libros, veo cómo se abren tus ojos de par en par ante la palabra exacta. Porque aunque para ti sea sonido, solo sonido..., sientes que es el sonido adecuado. Justo el adecuado.

El verano había estallado. Una luz nueva se reflejaba en el blanco de las casas mediterráneas, tan semejantes a unos dados; inundaba los ojos, se metía por los callejones, entraba por las ventanas. El mar parecía tan feliz como un niño cuyo padre ha vuelto de un viaje cargado de regalos. Las rocas brillaban, a las palmeras del paseo marítimo les habían quitado las cintas que las habían tenido sujetas durante el invierno.

Y cuando al atardecer Silvia y su madre, Maria, salían de misa, mar adentro se veían las luces de las barcas pesqueras.

Las dos se dirigían hacia casa sin hablar; los viejos sacaban una silla a la calle, delante de la puerta.

La gente salía a pasear plácidamente, nada del frenesí de las localidades turísticas, nada de restaurantes con los menús fijos escritos con grandes caracteres, nada de atracciones de feria ni mercadillos, nada de bares con vistas al mar. Era un pueblo antiguo, de paso. Un pueblo donde comprar el pescado los domingos por la mañana.

La noche caía nítida, sin las manchas rojizas del atardecer. El campo se quedaba a oscuras, los ladridos de los perros recordaban su existencia. Bajo las sábanas, Silvia oía a su prima Eva abrir la

verja que unía su casa con la de su tía, la oía trepar por la escalera que llevaba a la azotea, justo por encima de su habitación, y los pasos sobre su cabeza, pocos y lentos. Después Eva se sentaba en el suelo, miraba el cielo, sabiendo que Silvia se reuniría con ella.

—¿Quieres probar?

Eva fumaba satisfecha con las piernas cruzadas.

—¿Los cigarrillos?

—¡Un cigarrillo!

—No, no — respondía Silvia, asustada.

Eva parecía tranquila mientras contaba las estrellas en lo alto y las casas a sus pies, sin impacientarse si perdía la cuenta y tenía que volver a empezar. No había ninguna prisa, tenía todas las noches del mundo para fumarse sus Philip Morris y contar las cosas. Pero mientras miraba y contaba reposadamente, en realidad estaba planeando su marcha; la planeaba hasta en los detalles más nimios, porque sería un viaje importante. Y no volvería.

—¿No te pasa a veces que te dan miedo las cosas que piensas? — le preguntó una noche.

—Si pienso cosas feas me avergüenzo.

—¿Y qué haces?

—No vuelvo a pensarlas. Y si eran muy feas, me doy una palmada en la mano, aunque no siempre.

—¿No siempre? — dijo riendo Eva—. No debes pegarte. Yo también pienso en cosas feas a veces, pensamientos que podrían hacer daño a algunas personas, si se enteraran...

—¿Qué pensamientos?

—Muchos... —soslayó Eva—. Y querría ser capaz también de pegarme una palmada y pensar en otra cosa, como haces tú, pero no puedo... — Bajó la mirada y empezó a darse pellizquitos en el muslo —. Creo que el pensamiento no debería tener obstáculos, está hecho para correr, para llegar lejos, donde no pueden llevarte las piernas. Creo que el pensamiento podrá devolverme lo que la vida no me dará.

Silvia no captaba el sentido de lo que Eva decía, pero se alimentaba del sonido, embelesada, y sentía que aquellas palabras, a pesar de su oscuro significado, también hablaban de ella.

El viento inflaba y desinflaba las sábanas tendidas en la azotea.

—Pero ¡no te llevaré por mal camino! — Eva se interrumpió.

—¡A mí me gusta tu mal camino!

Se echaron a reír.

—«Camino» es una palabra bonita — dijo Eva de repente, muy seria—. Suena bien, a libertad... No sé, es bonita.

—Es verdad, es bonita.

—También me gusta «perspectiva», ¿qué opinas? Y tú, ¿tienes una palabra bonita? ¿Una cuyo sonido te guste, que repetirías mil veces?

—Antonio.

Y lo dijo con candidez; con tal naturalidad, que pareció que ningún nombre había sido jamás pronunciado con tanto amor, y por un instante el mundo pareció temblar bajo la caricia que fue el nombre de Antonio pronunciado por Silvia.

De: vittorioso@gmail.com

A: antonia@libero.it

Asunto: no bajar nunca la guardia (buganvillas en Saint-Paul de Vence)

He visto a ese pobre diablo. No hay duda, retrato robot clavado.

Nunca subestimes a una chica que lee en silencio una antología poética: parece inofensiva, pero en cambio allí, detrás del libro que lee, está analizándote (¿qué haces, tomas incluso notas?), y a la chita callando llega a la parte más íntima de ti.

Y la verdad, no sé a ti, pero a mí ese tío hasta me cae simpático...

v.

Podemos averiguar de una persona lo que ni siquiera ella sabe de sí misma, pero no por eso ser aceptados en su vida. Podemos entender que solo a través del amor por ese hombre llegamos a la parte más oculta de nosotros mismos, y no pedir más que este ser total, aterrador y asombroso que poco tiene que ver con la felicidad, porque ya está más allá de ella, y para él ser en cambio... piel, solo piel que acariciar. Sin que haya maldad en ello: es que cada uno pide aquello que quiere.

Enaltecida por el correo electrónico de Vittorio, le propuse que viniera a pasar conmigo un par de días. Le mandé la foto de mi cadera bronceada. Él ni siquiera respondió.

La guía turística de Apulia se quedó en casa, subrayada y repleta de pósits y de recorridos imaginarios, y yo volví a Milán. Empezaron otra vez las noches con la televisión encendida, pero con el volumen bajado, y el tictac del reloj en la pared.

—Pero nosotros, ¿qué somos?

Había pasado horas rumiando la pregunta antes de conseguir escupirla. Estaba allí, deseosa de salir, pero los labios se cerraban, la voz fallaba. Fallaba el valor.

«Dios mío», pensaba, «¿por qué me da miedo este hombre?» Me dejaban petrificada sus ojos gélidos, pero sobre todo su voz, que jamás se rompía.

Vittorio fumaba junto a la ventana, sereno y ausente. Se volvió de golpe.

—¿Qué quiere decir eso de qué somos?

Del apartamento de abajo llegó el ruido de unos martillazos. Yo seguía en la cama, con una camiseta puesta.

—¿Qué somos? — repetí.

—¿Necesitas una definición?

Ahí estaba acorralada la banal chica burguesa que necesita contarles a sus amigas que tiene novio.

—No necesito definiciones. Necesito entender.

—¿Entender qué?

—Vittorio, no quiero ambigüedades. — Intenté soltar el discurso que había repetido mil veces mentalmente—. Lo que sea, pero ambigüedades, no. No sé qué piensas de mí... Tú... tú nunca dices nada, vienes, vas, pero no dices una palabra, yo... yo ni siquiera sé...

—¿Quieres saber si me veo con otras mujeres?

Mi mano dejó de luchar contra los pliegues de la sábana.

—¿Es que te ves con otras?

—No. Pero, tal y como están las cosas hoy por hoy entre nosotros, no creo que deba justificarme por ello. En todo caso, no, no veo a ninguna otra, ni lo necesito.

—Ah.

—¿Conforme?

—Conforme.

Se sentó en la cama, me puso una mano en la rodilla.

—¿Quizá debería hablar más? — preguntó.

Pero su voz no era dulce.

—No deberías, pero las cosas serían más fáciles. No estoy pidiéndote que me rindas cuentas de tu vida, sino que me expliques al menos qué piensas de mí.

Se encendió otro cigarrillo.

—Vittorio, ¡eres un desastre! — Escondí la cabeza bajo la almohada.

—¿Que soy un desastre?

—Sí, lo eres. ¿Cómo puede ser que no consigas decir ni una palabra?

—Antonia, no puedo. — Se levantó de golpe—. Me resulta difícil. Hay palabras que no sé pronunciar.

Empezó a dar vueltas por la habitación, aspiraba el humo del cigarrillo y luego iba a tirar la ceniza por la ventana, con rabia. Yo tenía la cabeza medio tapada por la almohada. Me cubrí con ella toda la cara y cerré los ojos.

Pasaron largos minutos. Luego sentí su peso sobre el colchón, a mi lado.

—Pero, ya que quieres saberlo, creo que eres perfecta.

—Pero yo en realidad no soy así — recalqué lentamente, con honda tristeza.

—¿No? — Levantó la almohada bajo la que me había refugiado. Seguí sin mirarlo.

—No. Hay mil cosas que querría decirte, mil cosas que querría pedirte o hacer, pero me contengo. Contigo siempre tengo que frenarme, morderme la lengua.

—¿De verdad? ¡Me hace gracia que quieras decirme un montón de cosas y que luego te contengas! O sea, ¿que en realidad eres una pesada?

Me hizo reír. Logré alzar la mirada hacia él.

—Sí, lo soy.

Vittorio apartó la almohada de mi cara.

—Es que hoy no soportaba más estar callada y...

—Escucha, Antonia, para que estés más tranquila — dijo, poniéndose serio—, te diré que no hay mucho que decir o que entender.

Apoyó su frente contra la mía. Noté el calor de su piel, su nariz que rozaba mi nariz.

—Creo que me gusta hablar contigo. Me gusta hacer el amor contigo. Me gustan las horas que pasamos juntos. Cuando nos vemos, soy feliz. ¿Qué más necesitas?

La habitación pareció temblar debajo de mí.

—Soy una idiota. Déjalo, no digas nada más, está bien.

Lo abracé. Estaba rígido, pero yo no quise darme cuenta.

—¿Ha acabado por hoy el interrogatorio?

—Sí, ¡respira tranquilo! ¿Cuántos cigarrillos he hecho que te fumes la primera vez que te hablo en serio?

—Muchísimos. ¡No vuelvas a hacerlo!

Nos reímos. Lo busqué otra vez, pero él se escapó.

—Voy a ducharme —dijo.

Entraba en la librería y allí estaba aquel naranja esperándome. Y las burbujas dibujadas en las paredes y una frase de Munari. En Milán hacía calor, todos los niños se habían marchado, ya solo venían a las lecturas dos gemelitos.

Pero allí dentro reinaba una alegría que no sabría explicar.

Por eso, cuando el dueño me preguntó si me gustaría continuar trabajando como librera, le dije que sí. Y cuando me dijo: «¿Y si te dijera que justo en tu zona van a abrir una librería y buscan personal?», me quedé pasmada.

Aquella noche Vittorio vino a recogerme al trabajo. Me puse a saltar a su alrededor por la emoción. Hizo una escena de celos, «¡Vaya ojos que te echa tu colega! ¿Sabe o no que esta noche te llevo yo a casa?», dijo pasándome el casco.

—Aquí no pueden seguir contratándome cuando acabe la sustitución — le expliqué—. Cuando vuelva Fabiana, termino yo. Pero quizá haya una posibilidad justo en mi zona; van a abrir una librería... ¿Me ves en una librería de narrativa y ensayo?

—Claro que sí.

—Podría vender tus libros, ¿qué te parece?

—Tu serías capaz de venderme mis propios libros incluso a mí — respondió, y me besó.

Aquella noche, corrimos a hacer el amor. Más tarde, mientras él dormía sobre mi vientre y yo le acariciaba el pelo, me imaginé vendiendo sus libros. Sería como convertirme en una prolongación suya.

—Ya está claro lo que tengo que hacer — me dije mientras Vittorio gruñía en sueños.

Pero no podía volver a casa.

EL ALMENDRO PERFECTO

Barcarola

Ruggero y Maria bailan la *Barcarola* de Offenbach. Es de noche y acaban de cenar. No han recogido la mesa. Maria esboza un gesto vago, como si quisiera decir que primero al menos deberían llevar los platos al fregadero. Pero Ruggero la coge de la mano, inclinándose un poco, y la conduce a la sala de estar; el disco chirría ligeramente.

«*Oh belle nuit belle nuit d'amour, le temps fuit et sans retour.*» La música colma la estancia. Silvia se levanta de la mesa de puntillas y permanece en el umbral mirando cómo bailan sus padres, solo hay un débil haz luminoso de la cocina.

Ahora la ve, la música que se extiende por la sala, las notas que se arrastran por la alfombra; como un arroyuelo, ruedan por todas partes, bajo la mesa, en torno a las sillas; trepan por las paredes, se posan sobre la plata.

«*Belle nuit, Oh nuit d'amour, Souris à nos ivresses.*»

Silvia se acerca a la ventana. La música crece, ella apoya la frente contra el cristal, que se empaña con su aliento. Cuando el vaho desaparece, surge el reflejo de Maria y Ruggero, ese lento girar suyo, esa forma de ser felices a veces, como en voz baja.

Silvia querría detener el tiempo. Esta es su casa. Esta es su familia: sus padres, que bailan después de cenar. Estas son, quizá, dos personas que se quieren.

«*Zéphyr embasés, versez-nous vos caresses; Zéphyr embasés, donnez-nous vos baisers!*»

Y casi se imagina con Antonio, bailando en esa misma sala: ella, que se aferra a sus altos hombros, y como está confundida, le pisa los pies.

Sin embargo, cuando piensa esto, algo en su fuero interno vacila: es una música demasiado bonita, es una felicidad demasiado grande incluso para imaginarlo. En la sala, las últimas notas se apagan.

Era el cumpleaños de Vittorio. Él ya tenía planes para la cena, pero yo le dije: «Te espero». Gioia me invitó a su casa a cenar. Llegué con el vestido para después colgado de una percha.

—¡Guau, ahí es nada! — bromeó, cogiendo el helado que yo había comprado.

Nos preparamos unos espaguetis cantando *Let's spend the night together* de los Rolling Stones; luego fui a cambiarme al baño y Gioia encendió la televisión.

—¿Negra o azul? — gritaba de un cuarto a otro.

—¿El qué?

—¡La sombra de ojos!

A las diez y media ya estaba preparada. Me senté en el sofá al lado de Gioia, a ver lo que echaran por la tele, subí al máximo el volumen del móvil.

—¿A qué hora viene?

—No sé en qué momento de la cena estará.

—¿Y con quién lo celebra?

—Bah, por lo que entendí, con su familia.

Sobre la mesita se derretían los restos del helado.

—¿Eso era un bostezo?

—No, no.

—Mentirosa. ¡Te recuerdo que hasta hace nada estabas cantando *Let's spend the night together!*

En respuesta, le di un pellizco en el brazo; estiré las piernas sobre la mesita.

—¿Por qué no le mandas un mensaje?

—No, no quiero ser pesada.

—Bueno — dijo Gioia, suspirando—, pero quítate el vestido, estás arrugándolo.

Apoyamos cabeza contra cabeza y nos dormimos.

Vittorio telefoneó pasadas las doce de la noche.

—¡He acabado, voy a secuestrarte!

Me levanté de un saltó del sofá y me tropecé con los zapatos de Gioia. Le di un beso mientras aún dormía y me escabullí.

No le había comprado ningún regalo a Vittorio y él no me invitó a nada.

Pero me había puesto el vestido más bonito que tenía, de seda azul, y me hizo girar y girar sobre mí misma en medio de la acera, para mirarme.

—Estás preciosa.

Me subí del todo el vestido para montarme en la moto. Eso le divirtió.

—Toda Milán me envidiará. ¡Casi que haremos el camino más largo!

Condujo hasta la editorial.

—¿A qué hemos venido?

Me ayudó a quitarme el casco, me revolvió el pelo.

—¡Visita turística!

—Nunca he estado en una editorial.

—Con mayor motivo.

Abrió y cerró puertas, señaló salas y escritorios, abrió armarios llenos de libros. No encendió las luces, de modo que hicimos el recorrido a la luz de las farolas de la calle, que llegaban a la altura de las ventanas.

Vittorio me veía moverme con cierta inquietud. Quizá por mi manera cauta de avanzar, igual que si estuviera entrando en una iglesia vestida como una turista; o por el tono contenido con el que decía «Qué bonito», cuando en realidad quería decir «Maravilloso». No me perdió de vista ni un segundo.

—Aquí me siento yo. — Encendió una pequeña lámpara.

Los ordenadores estaban apagados, solo había uno con el monitor encendido,

en *stand-by*.

—¿Qué pasa? — le pregunté a Vittorio, que me miraba fijamente.

—Nada. — Se encogió de hombros y por un instante una expresión de ternura pasó por su rostro.

Fue solo un momento, durante el cual pensé: «Me ama».

Entonces di dos pasos hacia él, pero mis tacones resonaron en el suelo y me sentí cohibida, no sé por qué: quizá por la torpeza de mi cuerpo, porque los zapatos hacían ruido, porque no sabía cómo poner los brazos ahora que Vittorio estaba abriendo una rendija y yo tendría que meter un pie, a fin de que aquella puerta no se cerrara. Era el momento. Pero en la calle sonó un claxon, instintivamente dirigí la vista hacia la ventana y cuando volví a mirar a Vittorio, algo había cambiado. Se palpaba los bolsillos buscando sus cigarrillos.

Aquella noche la resistencia estaba rompiéndose.

Me precipité hacia él, le paralicé la mano.

—¿Vas a fumar?

Sonrió. De mi nerviosismo, de la inconsistencia de mis palabras. Dejó el tabaco.

—No te imaginas qué maravilloso es que estés aquí.

Lo dijo sin tocarme.

La bombilla de la lámpara empezó a apagarse y encenderse.

—¿Lo conseguirá? — pregunté.

—No lo sé.

Apoyó la cara en mi cuello, pero no me besó. Yo le puse una mano en la espalda. No estaba acostumbrada a abrazarle fuera de la cama. Él no se movió, pero yo no tuve valor para tocarle también con la otra mano. Avanzábamos por la cuerda floja.

Vittorio se apartó, fue a abrir una ventana, encendió un cigarrillo.

—Ven.

Nos asomamos juntos.

Ahí estaba Milán, convertida en algo reconocible, familiar. La amarillenta y

velada luz de las farolas se derramaba sobre las cosas. Las verjas del parque estaban cerradas. ¿Cuánta noche había en el verde oscuro de los setos?

—Le haces bien a la parte más vulnerable de mí.

Lo miré, disimulé.

—¿Existe? — dije, para quitarle dramatismo.

Me mordí el labio.

—Existe. — Soltó una risita amarga—. Pero tú eres capaz de leer en mí. Me haces ver cosas de mí mismo que ni siquiera sabía que tenía y solo descubro cuando tú las expresas. No sé cómo lo haces... ¿Cómo lo haces?

Estaba a un paso, a un solo paso de él. Sobre el escritorio, la luz de la lámpara empezó a parpadear de nuevo. Yo no movía ni un músculo, nuestra batalla se libraba por entero en los ojos. Vittorio no quería dejarse llevar.

—¿Da miedo?

—No dejes de hacerlo — respondió en tono perentorio.

Alargué una mano en busca de la suya, o quizá solo pensé en hacerlo. Aquella noche transcurrían minutos enteros entre el deseo y el gesto. En aquellos minutos, Vittorio se apartó, desapareció en la oscuridad del cuarto.

Volvió junto a la ventana con un libro, se puso de espaldas a la farola, lo abrió por una página que ya conocía. Se aclaró la voz, carraspeó como un actor consumado, nos reímos. Una ráfaga de viento movió las páginas.

¡Ay! Si hubiese conocido a Molly antes, ¡cuando aún era posible tomar un camino en vez de otro! ¡Antes de perder el entusiasmo por aquella cerda de Musine y por aquella tonta de Lola! Pero ya era demasiado tarde para volver a ser joven. Nos hacemos viejos rápidamente y de manera irremediable, por añadidura.

Qué serio se puso Vittorio de repente. A su espalda, la ventana alta y estrecha.

Milán, que estás dormida, ¿qué sabrás tú?, pensé. Que mientras duermes un hombre lee en voz alta para mí en un despacho de una editorial, y de vez en cuando sus ojos azules se alzan de la página y se clavan en los míos, que ya no

sé qué decir y que nada me parece real; y sin embargo, lo es, y tú duermes, Milán, y para ti no somos otra cosa que una ventana encendida, una silueta más oscura recortada al contraluz y yo una chica con la boca abierta que trata de mostrarse desenvuelta en vano, pues jamás le había ocurrido nada semejante.

Me daba miedo herirla, sobre todo porque ella se sentía herida fácilmente.

—Te aseguro que te quiero, Molly, y siempre te querré... como puedo... a mi manera.

A mi manera, que no era mucho.

Llegó el momento de marcharse.

—Lo cierto es que ya te has alejado, Ferdinand. Haces, ¿verdad, Ferdinand?, ¡exactamente lo que te apetece hacer! Eso es lo que importa... Solo eso es lo que cuenta...

El tren entró en la estación. Yo ya no estaba tan seguro de mi aventura cuando vi la máquina locomotora. Abracé a Molly con todo el valor que me quedaba en el pobre cuerpo. Sentía una pena enorme, por el mundo entero, por mí, por ella, por todos los hombres.

Y puede que sea esto lo que se busque en la vida, nada más que esto, la pena más grande posible para lograr ser uno mismo antes de morir. Han pasado años desde entonces y después más años aún... Buena, admirable Molly, querría, si todavía puede leerme, desde un lugar que no conozco, que supiera que no he cambiado con respecto a ella, que aún la amo y siempre la amaré, a mi manera, que puede venir cuando quiera a compartir mi pan y mi destino furtivo.

Para dejarla fue necesaria cierta dosis de locura, del tipo más horrible y frío. En cualquier caso, defendí mi alma hasta hoy y si mañana la muerte viniera a por mí, estoy seguro de que yo no sería nunca tan frío, canalla, vulgar como los otros, por aquella amabilidad y aquel sueño que Molly me regaló durante algunos meses en América.

Vittorio cerró el libro.

Aquella noche se produjo una larga caída vertiginosa, de esas que se veían en los vídeos de los grupos musicales que le gustaban a Vittorio, acompañada del martilleo de una música electrónica y, sobrevolándolo todo, el agudo de una voz lírica.

Respiro hondo. No es fácil contar esta historia. De vez en cuando, hay que pararse, controlar el tumulto que desencadena un detalle que de pronto se recuerda.

Salgo al balcón, observo la vida de los demás, busco los gestos básicos: la señora que recoge la ropa tendida antes de que llueva, la mano que se apresura a bajar la persiana. Entonces, ¿existen las cosas fáciles, simples?

Yo también podría dejar el bolígrafo, ponerme un suéter, prepararme un té y esperar a que todo pasara. De todas formas, antes o después pasará.

—Pero tú quieres quedarte con el dolor — me dijo un amigo hace unos días.

Es mucho mayor que yo, nos queremos, nos entendemos. Pero no sé si tiene razón.

¿Recordamos para retener algo que ha pasado, o para salvarlo del olvido? No es lo mismo.

Cojo la chaqueta y salgo a la calle. Camino como aturdida: parece que el final de un amor nunca acabe.

Entro en la tienda de un artesano argentino que hace relojes de arena. Una tienda entera llena de relojes de arena de todos los tamaños; estantes y más estantes de arena que se desliza. El argentino estaba escuchando un CD de su país, una música desgarradora.

Me paseo entre las estanterías, cojo un reloj de arena, le doy la vuelta. La arena pasa de una parte a la otra, y luego de esta a la de antes, mientras yo siento como si me hubieran hundido un cuchillo en el vientre.

Desde el fondo de la tienda, el argentino alza los ojos y me mira.

«¿Usted ha querido alguna vez de esta manera?», me gustaría preguntarle. «Me refiero a amar como si se rezara. Yo, a Vittorio, lo amé como si rezara. Había el mismo silencio, el mismo recogimiento, la misma fe.»

Él baja la vista y sigue puliendo un trozo de madera.

Compro el reloj de arena. El argentino me lo envuelve en un papel beis, me mira y, mientras yo busco el monedero en el bolso, me dice:

—¿Cuánto daño hace tener un corazón?

Hoy no es día de bizcocho. Como si el tiempo hubiera dejado de existir. Hoy es este echar de menos constante a Vittorio, la costilla que ya no está en mi pecho.

EL ALMENDRO PERFECTO

La luz tocada

Antonio hablaba de los vuelos más bonitos que había hecho, los del amanecer, y de cómo todo era suave y plácido: los colores irisados del cielo, la forma en que se amalgamaban y mezclaban en mil matices; las nubes debajo del avión, ahora grises, ahora azules, y en algunos puntos ya teñidas de naranja, y aquellas que bogaban en solitario, casi evanescentes, y las que formaban finos bancos que poco a poco iban disgregándose para hacer sitio a los primeros rayos del sol; el silencio que todo lo impregnaba, de tal modo que incluso el motor parecía decir a su piloto: «Calla, Antonio, no digamos nada, dejemos que el día nazca lentamente».

Antonio, que le sonreía más que antes pero que de vez en cuando desviaba la mirada. Antonio y sus dientes blancos, Antonio y su amabilidad cuando ayudaba a Maria a llevar las sillas para los vecinos. Antonio y el vaso vacío que sujetaba durante horas por no parecer descortés si se levantaba a dejarlo mientras le hablaba Ruggero.

Antonio, que se quedaba absorto mirando el cielo y los aviones que lo cruzaban y que de repente se llevaba la mano a la muñeca para tomarse el pulso. Y a Silvia le gustaría acariciarle la mano y decirle: «Tranquillo, está bien».

Antonio, que paseaba con Silvia y la veía perderse por el pueblo siguiendo las huellas de arena de las chanclas playeras y encontrar una excusa para desviarse hasta el quiosco del señor Zeno; todos los días pedía que le enseñaran el nombre de una flor y lo repetía por la calle para, intacto, llevárselo como un regalo a su padre: «Flor del paraíso flor del paraíso flor del paraíso flor del paraíso flor del paraíso», «Centaurea centaurea centaurea centaurea». Antonio, que aprendía a tenerla cogida de la mano, de vez en cuando.

Después Eva se reunía con ellos, con la toalla de playa al hombro, gritando:

—¡Ya está bien! ¡Vamos a bañarnos!

Y eso hacían, obedeciéndola de inmediato, porque Eva era una diosa con sus pantalones cortos amarillos y sus chanclas de colores.

En ocasiones, Eva y Antonio salían por la noche, iban a beber una cerveza al bar del pueblo o a escuchar un concierto en alguna localidad cercana. Silvia se quedaba en casa. Esperaba con ansiedad que llegara el día siguiente para que Eva le contase algo, pero su prima decía vaguedades y la mayoría de veces ni siquiera aparecía. En días así, Silvia no lograba hacer nada en la asociación, no pintaba, no bailaba, no jugaba con los demás. De lo único que tenía ganas era de escuchar a la señorita Fortuna contando su historia de un amor pasado: Silvia pedía que se le repitiera una y otra vez y después se quedaba sentada con la cabeza apoyada en la mesa y ni siquiera su amigo Dario lograba que se levantara.

En días así, Ruggero y Maria daban vueltas por la casa como animales enjaulados. Le proponían salir de viaje los tres, visitar sitios a los que nunca habían ido, conocer a otras personas, pero Silvia negaba con la cabeza, daba patadas en el suelo y se marchaba en busca del viejo Amilcare.

—Nosotros, que hemos nacido y crecido aquí, llevamos el sol dentro — le decía él—. Pero en ocasiones, el sol quema.

«Las cosas no existen si no sabemos cómo se llaman», había dicho él, aquel día en el monte Aventino.

A nosotros, Vittorio no nos había puesto nombre.

La cosa. Así se refería a lo nuestro: «Esta cosa que hay entre nosotros», escribía. Yo le respondía entrecomillando «la cosa». Él seguía impasible.

—En algunos pueblos, la gente espera a que sus hijos crezcan para ponerles nombre — me contó Gioia.

Busqué consuelo en aquella idea. Me parecía que tenía algo poético. O algo parecido a una conciencia que no podía más que escapársele a una chiquilla como yo, pero que Vittorio sin duda poseía.

Pero si no teníamos nombre, entonces no éramos nada.

«Estoy con Antonia», decía Vittorio al teléfono. «Esta es Antonia», me presentaba cuando en el restaurante nos topábamos con algún conocido.

¿Quién era Antonia?

Sin nombre, yo no tenía derechos: a que me explicara el porqué de sus silencios, de su teléfono desconectado durante días... A incluso prepararle un desayuno.

—¿Qué es todo esto? — me dijo la mañana que me atreví a hacérselo—. ¿Pastelitos, torta? ¡No te privas de nada!

—En realidad, lo había preparado para ti...

—Gracias, pero yo prefiero desayunar en el bar. Cómetelo tú, tranquilamente, yo me voy.

Recuerdo el azul del mantel, en el que me zambullí largo rato.

Un acceso de náuseas me despabiló.

Me levanté de golpe, el taburete en que estaba sentada cayó, yo había llegado ya al pasillo cuando oí el impacto del metal contra las baldosas de la cocina.

Me aferré al pomo dorado de la puerta del baño, pero no pude abrirla y me agaché en el suelo. Algo me presionaba el esternón — ¿una mano?—. Volví a sentir náuseas.

Inspiré, pero me faltaba el aire. «Prueba de nuevo, Antonia, prueba de nuevo, solamente tienes que respirar, solo respirar.» Pero no lo conseguía. Boqueaba como un pez fuera del agua.

—¿No tiene médico asignado en Milán?

—No.

—Entonces, deberá esperar mucho.

—Bueno.

En la sala de espera de urgencias todo el mundo iba acompañado. Yo había acudido a pie, tambaleándome. Había tratado de llamar a Vittorio, pero no respondía y le mandé un SMS. Gioia tenía el teléfono apagado, luego me acordé de que estaba en el extranjero.

Entró una chica con la cara llena de moretones y las medias de red rotas. Llevaba el pelo corto, a cepillo, de un color naranja que recordaba a las hadas de los dibujos animados. Cuchicheó con un médico, luego este se marchó, dejándola contrariada. Le hice una señal para indicarle que el sitio a mi lado estaba libre. Me miró, frunció el ceño. Se quedó de pie, orgullosa. Balanceé las piernas. Yo también tenía miedo.

—¿Puede descartar totalmente la posibilidad de un embarazo?

La doctora iba rellenando un historial médico y después de cada pregunta alzaba los ojos y me miraba con aire acusatorio. Daba golpecitos con la tapa del bolígrafo sobre el escritorio si yo tardaba mucho en contestar.

—Totalmente no...

—¿Puede descartar totalmente haber contraído enfermedades venéreas?

—No...

—¿Tiene novio?

Vittorio llamó en cuanto leyó mi mensaje.

—Llámame cuando te digan algo.

Fui de una consulta a otra. Cada doctor aseguraba que no era de su competencia, me decía «Debería hablar con su médico», yo repetía «No soy de Milán», «¿Con el médico de un amigo?», y me escribía en una hoja la siguiente sección del hospital a la que debía acudir.

Me perdí más veces, llamé a las puertas equivocadas.

Esperaba ver aparecer a Vittorio.

«Estará liado con los autores, pero en cuanto acabe, vendrá», me decía tratando de convencerme. «Quizá esté pidiendo a sus compañeros que agilicen la reunión. Ahora estará recogiendo sus cosas, dando instrucciones para la tarde. Se habrá puesto a buscar el casco para mí — “¿No sería mejor ir en el coche”, estará preguntándose— y, con los nervios, rebuscará en los bolsillos de la chaqueta sin encontrar las llaves.»

Cada vez que la puerta corredera de la sala de espera se abría, yo enderezaba la espalda y me apartaba el mechón de la frente.

Me encaminé de vuelta a casa agotada, desilusionada. Oscurecía, cerraban las persianas metálicas de las tiendas. Entré y salí de la farmacia, en un ultramarinos me dio tiempo a comprar una bolsa de caramelos: me lo merecía.

Por los soportales solo iba yo y algún que otro transeúnte.

Entonces ¿era esto la soledad? Nada clamoroso, nada ensordecedor. Más bien un goteo lento, algo de lo que avergonzarse. Ahora, las cosas alrededor eran solo cosas, nada más. Ya no decían nada. El pilar de un soportal. Un póster medio arrancado. Un cartel de SE VENDE, CONTACTAR CON...

Entonces ¿es la esperanza, es ella lo que transforma las cosas, lo que hace que entreveamos otras?

Escribí un mensaje a Vittorio, no me apetecía hablar con él. Le expliqué que el diagnóstico no era malo, que no había que preocuparse.

Me respondió con una palabra entre exclamativos: «¡Bien!».

Pasó un autobús que iba cerca de mi casa, no me subí. «Pero, oye», me dije, «¿cuán profundo puede ser el dolor?»

Había hecho acopio de pequeños huevos de chocolate y los había puesto en la mesilla de noche: si conseguía pasar el día sin ceder a la tentación de escribir a Vittorio, por la noche, antes de dormirme, podría comerme uno. Mi premio cotidiano, mi recompensa.

Mis amigos se reían. Luego me preguntaban por qué.

—¿Por qué no lo dejas estar? ¿Por qué te empeñas?

Sacaban conclusiones: si actúa así, es que no le importas nada.

—Si uno ama, lo da todo, sin reservas — repetían.

Para ellos era fácil, pensaba yo: ellos se daban a menudo y a muchos. Necesitaban amar más de lo que amaban. Ni siquiera se percataban de que acababan reciclando las palabras de amor y las ideas para regalos. Se dejaban, lloraban, gritaban, armaban jaleo..., se ponían de pie. Pero si uno como Vittorio se hubiera caído, ¿quién lo habría puesto en pie?

—Se lo perdonas todo — añadían.

Se equivocaban: yo, a Vittorio, jamás le he perdonado nada.

Es solo que él se defendía como podía: de mí, de mis sentimientos, del vínculo que existía entre nosotros. Que simplemente existía. A pesar de las idas, las desapariciones, las respuestas gélidas, los muros alzados, las manos extendidas hacia delante, a pesar de la desolación de mis expectativas perennemente frustradas. Existía.

Y entonces, Vittorio golpeaba. A veces de forma metódica, a veces a ciegas. Pero cuanto más daño nos hacíamos, cuanto más tocábamos nuestras miserias, más se estrechaba el nudo que nos unía.

¿Hasta qué punto pertenecemos a otra persona? ¿O nos negamos a darnos? Yo me di, él se negó a darse. Así me perdí a mí misma y lo perdí a él en una sola jugada.

... ¿O esto no son más que mentiras?

Vittorio salió otra vez de viaje, pero de ello me enteré por otros. Después del episodio de hospital, sencillamente desapareció.

Traté de cuidar de mí misma durante aquellos días; no lo conseguí; en el fondo, me daba igual.

Después, una mañana me lo encontré debajo de mi casa, apoyado en la moto.

Tenía la cara tensa, profundas ojeras.

—¿No has dormido? — fue lo primero que le dije.

—Soy demasiado complicado — fue lo que respondió.

«Menudos ejemplos de elocuencia estamos hechos», pensé. Me mordí el labio. Negué con la cabeza. «No sonrías», me obligué, «no sonrías.» Un leve resoplido con la nariz, sus ojos acechando los míos, y los labios desobedecieron.

—¿Qué te has hecho? — pregunté señalando la tirita que llevaba en un dedo.

—Voy perdiendo partes de mí — dijo mirando al suelo. Después levantó la cabeza y en sus ojos había una tristeza que yo no le conocía.

—No te preocupes, que yo las recojo.

Me abrazó. Con la cara contra su chaqueta de piel, me pareció que me faltaba la respiración.

EL ALMENDRO PERFECTO

Revelaciones

Los almendros estaban en flor. ¿Sabéis lo que son los campos en febrero, cuando entre el retorcido dolor de los olivos se entrevé el rosa y el blanco de las flores del almendro? Son promesas. Hectáreas enteras de promesas.

Bajo las ramas oscuras de los almendros, Antonio vio bailar a Silvia. Era ligera mientras giraba

sobre sí misma y reía, con los brazos abiertos, porque el mundo se le antojaba perfecto bajo aquellas flores de color rosa.

Había caído la tarde. La luna miraba toda amarilla. Antonio no sabía que un almendro en flor, de noche, emitiera luz. Y sin embargo, allí estaba, el tímido resplandor blanco de los brotes sonriendo a la oscuridad, y con aquella sonrisa la doblegaba, la vencía, y parecía que la oscuridad no pudiera por menos que, al final, decidirse también a sonreír.

Y bajo aquella tierna luz todo se hizo más dulce, más plácido, más amable. Amable como un viejo. Como sería la vida si nos diéramos cuenta de lo delicados que somos. De que los sentimientos son delicados. Entonces todo sería soportable. Antonio se quedó embelesado mientras Silvia bailaba bajo los almendros en flor, y era tan desgarradora aquella belleza, aquella luz inesperada, el secreto que Silvia estaba revelándole, que algo dentro se desbordó. «No me había dado cuenta», pensó Antonio; «ahora me doy cuenta», se dijo a continuación. Pero al instante siguiente dejó de pensar, ya solo sintió que un nudo se había deshecho: había dejado de tirar de los hilos, y con un simple gesto lo había deshecho.

De: antonia@libero.it
A: vittorioso@gmail.com
Asunto: bungavillas en el Lambro

Querido Vittorio:

Me había prometido no escribirte antes de que volvieras. Después pensé que si no quieres recibir mensajes durante tus vacaciones en la India, sencillamente no mirarás el correo electrónico.

Pero te conozco: lo abrirás a última hora de la tarde, cuando vuelvas de las excursiones que hagas, cuando te quitarás los zapatos, lanzarás a los pies del sofá los calcetines y te encenderás un cigarrillo. Quizá echarás de menos un buen café. Quién sabe si ya habrás conseguido un sucedáneo para las cuatro de la tarde.

Supondrás que hay un mensaje mío, tal vez buscarás mi nombre en la negrita de los correos no leídos, preguntándote «¿Habrá resistido a la tentación?». Y si he resistido, te sentirás un tanto satisfecho: porque me estás enseñando tu manera de querer, que funciona mediante sustracción.

Si, por el contrario, no he resistido, de todas formas te alegrarás de encontrarte con mi nombre, lo sé. Porque te gusta leerme. Y te gusta leerme porque te gustan mis palabras más que mi pecho izquierdo, que es tu preferido. Porque te gusta la imagen de mí cuando te escribo y tu propia imagen cuando me lees, sobre todo.

En cualquier caso, mira lo que me ha pasado.

Estaba con Laura a orillas del Lambro, a primera hora de la tarde, con todo el calor que puedas imaginarte. Estábamos mirando el río, absortas en la corriente que formaba círculos y vórtices y ondas que avanzaban en direcciones opuestas. De repente, aparece un pato. Imagínatelo exactamente: flotaba en la superficie, dejándose llevar por la corriente. Solo que esta era tan caprichosa que el pobre animal se veía arrastrado a la derecha, luego a la izquierda. Y cuando al final parecía que conseguía avanzar, volvía a encontrarse con un remolino y empezaba a dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo. ¡Qué gracioso! Laura y yo nos echamos a reír, cada vez más fuerte. Y de momento, en medio de nuestro choteo, el pato lo consiguió: alzó el vuelo y se marchó. Tal cual. Nos miró, estoy segura, y echó a volar, dejándonos como a dos gilipollas, perdona la vulgaridad, pero nos dejó exactamente así,

como a dos gilipollas humanas incapaces de volar, boquiabiertas, en el muelle del río, bajo el calor abrasador de las tres.

Antonia

De: antonia@libero.it

A: vittorioso@gmail.com

Asunto: buganvillas y deseos

Vittorio:

¿Hay algo que cada noche, cada bendita noche, sueñas que ocurra?

Yo a esta pregunta contestaría que sí.

Pero después pienso que el tiempo es un embudo y entonces da igual, ya me da igual, aunque no ocurra.

No quiero pasarme la vida metida en un embudo, con los ojos fijos esperando ver esa gota atravesarlo. Porque cuando estamos en esa posición, cabeza abajo, la sangre va a la cabeza y al levantar la vista lo vemos todo blanco.

Yo querría que mi tiempo, ahora, fuera una larga bufanda de color. Y anudármela al cuello y llevarla conmigo por ahí, entre la gente, en el bullicio de la piazza del Duomo o en la intimidad del jardín de la Galería de Arte Moderno. O bien al mar de Liguria, a primera hora de la mañana, cuando aún flota una estela de neblina. Y solo entonces desenrollarla y ponerla a mi lado en el banco. Para reservarte el sitio, por si por casualidad quisieras venir cuando regreses.

Qué ruido hace tu ausencia.

Antonia

De: antonia@libero.it

A: vittorioso@gmail.com

Asunto: buganvillas y riesgos

Él no responde. ¿Ha escrito alguien la palabra «ausencia»? ¿Quién se ha atrevido a usarla?

Pero ¿sabes qué pasa? ¡Que no puedes decidirlo siempre todo tú!

Voy a tomar un aperitivo al barrio Navigli. Ya está bien.

De: vittorioso@gmail.com

A: antonia@libero.it

Asunto: Re: buganvillas y riesgos

Me haces sonreír. Estoy de regreso y tengo un regalo para ti.

V.

P. D. Desconfía de los aperitivos milaneses: ahí están todos, fingiendo celebrar algo. En realidad solo lo hacen para ahorrar.

Septiembre. Buscaba el viento mistral de mi tierra, las sábanas que enloquecidas se retuercen sobre sí mismas en los tendederos de los balcones, la sal que llega del mar y penetra en las casas, blancas como nunca.

En cambio, la campiña piacentina era plana. Había una ligera neblina en el horizonte y un viñedo por el que Riccardo — que era quien me había invitado a su casa en el campo aquel domingo— paseaba con sus amigos. Nos habíamos conocido cuando escribí un artículo para la revista que él dirigía. Tenía cuarenta y cinco años y me mandaba postales desde todos los sitios del planeta. Yo lo observaba desde la terraza. Arrancó algunos racimos de uva, ofreció a sus amigos unos granos.

No se oía más que el rebuznar de los burros, algún tractor en la lejanía. Un viento apenas perceptible se llevaba los colores del verano.

Riccardo alzó la vista hacia mí.

—¡Ven aquí! — gritó—. ¡Vamos a hacernos una foto!

Pasamos la tarde jugando al Cluedo en la terraza. Contra todo pronóstico, gané; me sentí un poco avergonzada cuando lo anuncié y todos se volvieron a mirarme.

Luego fuimos a pasear por los campos, en grupitos, cada cual hablando de sus cosas. Llevábamos puestas las sudaderas. Yo me sentía bien con mis zapatillas de deporte, en medio de la tierra, con las uñas sin pintar. Riccardo me regaló una flor.

Llegamos a un robledal, donde había troncos de árboles dispuestos de tal

modo que formaban un recorrido. Se decidió que hiciéramos una prueba: ganaba quien llegara el primero al final.

—Quien se caiga, tiene que empezar desde el principio.

Los otros empezaron a hacer el recorrido. Riccardo y yo nos quedamos rezagados; yo ya tenía un pie encima de un tronco, cuando me retuvo cogiéndome del brazo:

—¿Todavía te ves con Vittorio Solmani?

Perdí el equilibrio y pisé una ramita seca, que crujió.

—Estuve con él la otra noche — continuó Riccardo—, en Milán. Se presentaba una nueva colección editorial y, en fin, por no hacerlo muy largo, al final de la velada nos tomamos una copa juntos.

—Bueno, él sabe que tú y yo nos conocemos...

—Sí, más o menos. Quizá no sepa que somos amigos, no lo sé.

—¿Pasa algo?

Riccardo empezó a subirme la cremallera de la sudadera.

—No hace falta, estoy bien — le dije, deteniéndolo.

—Yo fingí no saber nada de lo vuestro, de modo que hablamos y le pregunté: «Y qué, ¿tienes alguna historia?».

—¿Y qué dijo él?

Sara se resbaló cuando casi había llegado al final del recorrido.

—¡No voy a empezar otra vez! — protestó.

Estaba lejos, todos estaban lejos, o eso parecía, cubiertos por la sombra del bosque. ¿O éramos nosotros los que estábamos a oscuras?

—¡Me apuesto lo que sea a que dijo que no tenía ninguna historia! — Extendí las manos hacia delante, solté una carcajada forzada. Eso habría sido aceptable, habría sido una manera de protegerme, o quizá...

—Dijo que tenía dos.

—No entiendo.

—Dijo, literalmente: «Bueno, en este momento hay un par de personas», y pasó a otra cosa.

—Pero ¿qué dices, Riccardo?

Los demás nos llamaban:

—¡Ya hablaréis después!

—Lo que me dijo él.

—Un par... ¿Un par? Dios mío, casi me entran ganas de reír. — Me volví, llevándome una mano a la boca—. ¿Y por qué tenía que contártelo? Aunque fuera verdad, ¿por qué? Nos conocemos, él sabía que me lo dirías.

—No creo que piense que tenemos tanta confianza.

Los demás reían. Llegaban palabras como «musgo», «resbaladizo», «penalización». En comparación con aquel «par», resultaban muy inofensivas, casi dulces al oído.

—No me lo creo, te lo diría por algún motivo. Yo sé lo que somos nosotros, lo que es él. Vittorio sería capaz de todo, es capaz de todo, pero ¡no de tales bajezas! Si tiene alguna virtud, es la sinceridad. Incluso es demasiado sincero. No, si fuera como dices, no me lo habría ahorrado.

—Como veas.

Odié el tono de Riccardo, su vientre flácido, y ¿a santo de qué llevaba aquel suetercito ceñido?

—Eres una persona maravillosa, te mereces...

—No, por favor, este tipo de sermones, no.

—De acuerdo.

Un pensamiento mágico: si una de estas lágrimas cae sobre esta hoja roja, todo el bosquecillo desaparece. Yo desaparezco.

—¿Te dijo algo más?

—No.

—Dios mío.

Era de noche cuando nos despedimos. Los coches en el patio ya estaban listos, nos repartimos para ocupar las plazas y metimos en los maleteros las chaquetas,

alguien puso en el asiento posterior la bandeja de las *focacce* que habían sobrado.

En la oscuridad del campo, la casa, con la claraboya iluminada, parecía un barco en medio del mar. Alguien señaló las estrellas, yo me masajeeé los brazos por el frío. Riccardo estaba solo e inmóvil delante de la puerta, con el mando a distancia en la mano.

Cuando me llegó el turno de despedirme, me abrazó con fuerza, largo rato. Me aferré a aquel cuerpo sólido, cálido, que por algún segundo me confortó. Luego Riccardo acercó su boca a mi oído y dijo:

—Acaba con esa historia. Date prisa.

EL ALMENDRO PERFECTO

Como un barco dentro de una botella

«Y llegó la noche, la noche para nosotros...», cantaba De Andrè.

Silvia estaba quitando las hojas secas de las plantas del patio y no se daba cuenta de que la canción hablaba de una despedida. Por eso sonreía con aire beatífico a la voz que le llegaba de la radio que había en la sala de estar.

Así se la encontró Antonio.

—¿Se puede?

—Mi madre no está, pero enseguida vuelve.

—Quería verte a ti. Te he traído un regalo.

—¡Qué bien! — dijo Silvia sin poder contenerse.

—¿Sabes lo que es?

—No.

—Son unos prismáticos. Fueron mis compañeros de viaje durante mucho tiempo, pero ahora quiero que los tengas tú.

Le explicó que con ellos podría mirar los aviones en el cielo y los barcos en la mar, que vería antes que los demás a Ruggero cuando regresara a casa, que podría curiosear en las azoteas de las casas o ver a los pájaros en los árboles. Y que las cosas lejanas se volverían cercanas.

—Silvia, voy a marcharme. Creo que puedo mantener el equilibrio apoyado en una sola pierna.

—¿No te veré más, ni siquiera con los prismáticos?

Pocos días después, Eva hizo las maletas. Se reunió con Antonio.

—Antonio se ha ido, Eva se ha ido.

Ruggero le acariciaba la mano a Silvia.

—¿Te sientes sola? — le preguntó.

—Me siento una estación — respondió.

—¿Y cómo es una estación?

—Una estación está quieta. Está quieta mirando pasar a los demás.

El viento arreciaba en la costa, lo revolvía todo. La arena se alzaba, arrastrada por el mistral, las palmeras estaban cerradas otra vez. Y Antonio ya no estaba.

«¿Dónde está Antonio?», le preguntaban los balcones a Silvia cada mañana cuando la veían pasar. Las piedras sueltas de las calles de San F. empequeñecían bajo sus pasos lentos, pero decididos. «¿Adónde la llevamos, señorita?» Las bicicletas se pegaban contra las paredes de las casas, en las macetas los geranios se encogían. Con los prismáticos, la vida se hacía grande. Silvia todavía se maravillaba y colmaba de besos a su padre, que la llevaba con él a descubrir nuevos paisajes donde otear. Reía al dirigir los prismáticos hacia un Ruggero que estaba demasiado cerca, pues lo veía deformado.

Pero cuando la jornada tocaba a su fin y de nuevo guardaba los prismáticos en su estuche, solo tenía ganas de cerrar los ojos y de dormir. La vida volvía a hacerse pequeña.

«Yo vuelo en mi habitación. Cierro los ojos y abro los brazos. Imagino el mar debajo de mí. Hago lo que hacías tú y creo que soy feliz. Pero tú has desaparecido para siempre. Querría cerrar mis dichosos ojos almendrados para, al volver a abrirlos, darme cuenta de que todo fue un sueño y de que tú jamás volaste sobre nuestro pueblo.»

Era una tarde bochornosa. El aire, inmóvil, estaba cargado de humedad. Silvia buscaba el fresco bajo las palas del ventilador del techo. La ventana de su habitación estaba entreabierta, lo suficiente para ver el sol caer inexorable entre los árboles. Otro día acababa. «Paradlo», quería decir Silvia, y quizá, apenas murmurándolo, lo dijo. ¿Qué recordaría antes de dormirse? Los días no deberían acabarse si no han tenido un sentido. «Dadles otra oportunidad. Dadme otra oportunidad», se decía Silvia, «quizá tendré bastante fuerza para levantarme de esta cama e ir a buscarlo, saldré de casa y cuando mi madre me vea fuera y me pregunte adónde voy, yo le diré: “A buscar a Antonio”. Sencillamente. Porque las cosas más importantes son también las más sencillas. E ir a buscarlo sería importante.» Pero Silvia no se movió de aquella cama, sabía que ella era la estación, la cuna, la bahía. Estaba quieta como aquel aire oprimente de agosto. ¿Dónde iba a ir una chica con los ojos almendrados?

Desayuno a las ocho. Almuerzo a las diez. Comida a la una. Merienda a las cinco. Cena a las ocho. ¿Cómo estás? Bien, gracias. ¿Qué has visto hoy? Las paredes de mi casa, el recuadro del cielo desde la ventana, el trozo de mar que pasa delante de la playa. Los horizontes de siempre. Dicen que todos los días podemos cambiar nuestra vida. Y quizá sea cierto, pero no todos podemos. Porque, si la vida ha sido creada para que se cambie a diario, entonces ¿por qué Dios ha creado a algunos de nosotros

capaces de atrapar el instante, de poner el mundo del revés, de dejarlo todo y escapar, y a otros los ha clavado en ese trozo de tierra, en esa silla de ruedas, al lado de aquel hombre? Dicen que la vida nos pertenece. Qué mentira más burda.

—Es así, Silvia, el mundo ha empezado a girar como no deseábamos — susurró el viejo Amilcare, sentándose a su lado, en el último banco del paseo marítimo. Los pies de Silvia no tocaban el suelo y sus bailarinas rosas se balanceaban—. No busques el momento exacto en que ocurrió; ocurrió y ya está. Y no te creas nada si te dicen que así te habrás hecho mayor, porque hacerse mayor no tiene nada que ver con eso. Es más bien hacerse pequeños, pequeñísimos, invisibles incluso para nosotros mismos.

—Pero ¿pasará? Me refiero a esta tristeza. ¿Pasará?

Vittorio tenía las manos metidas en los bolsillos mientras parecía lanzar las palabras al aire, voltearlas y volver a cogerlas, como un malabarista con tres pelotas. Sus palabras no requerían de gestos que las empujaran, eran columpios siempre en lo alto y, si te sentabas en ellos, con la punta de los zapatos podías tocar el cielo...

Hoy también he llorado por él. Por sus ojos azules. Por ese levísimo movimiento de su cabeza cuando se alzaba un poco, la mirada que se posaba sobre mí y luego, debajo de las gruesas cejas, allí estaban, sus ojos azules.

Yo iba en el autobús y sentado delante de mí había un señor viejo con una gorra, la bolsa de la compra y una sonrisa beatífica y ausente.

Me hubiera gustado ser vieja como él: apagar los fuegos, rendirme ante los fracasos encogiéndome de hombros, volver a hacer las paces con la vida. Saber que la batalla ha acabado y el resultado poco importa, ha acabado: ahora uno puede comprarse un canario amarillo y darle de comer a las seis de la mañana, puede ponerse un sombrero e ir a la frutería, comprar dos melocotones, acariciar su piel aterciopelada, subir a un autobús y mirar la ciudad desde la ventanilla, sentir solo la amabilidad de la vida que pasa. No conmoverse ante una chica que llora.

Y sin embargo, cuando bajé del autobús yo era joven todavía y quería a Vittorio. En el caso de Vittorio, jamás habrá un final. Es como una ciudad a la que siempre acaba por volverse.

«Séptimo día. Dejar reposar la masa sin mezclar.»

—Pero ¿cómo coño se permiten hablar de mí?

Bar de los grandes almacenes La Rinascente. Estábamos sobre la terraza, tan cerca de las agujas del Duomo que era imposible mirar a Vittorio sin desviar constantemente la vista.

Y allí estaba Silvia, creedme: estaba saltando de una aguja a otra y saludando con los brazos en mi dirección.

—Oye, que yo no soy una idiota que lo mete todo en tela de juicio ante el menor cotilleo. Estoy aquí y me fío de ti. Por eso estoy contándote lo de Riccardo.

Vittorio farfullaba con nerviosismo, rememoraba los momentos de intimidad con Riccardo, las palmaditas en la espalda. Negaba con la cabeza. Pero respecto a que aquella afirmación fuera o no verdad, ni una sola palabra.

Silvia, desde la aguja, me miraba.

—¿Qué haces ahí? —dijo—. Ahí no se te ha perdido nada.

—En definitiva, a ver, ¿qué puedo pensar yo? — solté entonces.

Vittorio alzó los ojos y me miró: se le formaron dos arruguitas en la frente. Esa era, esa era la expresión que tenía cuando golpeaba: te miraba con dolor. Como si no dependiera de él, como si en el fondo no hubiera elección. Tenía una manera de hacer daño... Tú te desgarrabas delante de él y él te miraba con una tristeza que hería.

—Sí, le dije eso — repuso silabeando—. Le dije que tenía un par de historias.

Silvia me miraba manteniéndose con un solo pie en equilibrio sobre la aguja.

—Pero no es verdad — añadió.

—Será mejor que me vaya.

—No es verdad.

—Entonces ¿me explicas por qué? ¿Por qué lo dijiste?

—Para desviar la atención.

—Ahora dirás que lo hiciste para protegerme.

—Simplemente no voy contando mi vida por ahí. No quería hablar de

nosotros.

—¿Y por qué no puedes hablar de nosotros? ¿Por qué? ¿Cómo voy a creerte?

—Eres libre de creer al primero que pase, entonces.

Cerré los ojos, respiré hondo. «Vete de aquí, Antonia, vete de aquí.»

Vittorio se inclinó hacia mí.

—Prométeme una cosa.

—¿Que te prometa? ¿Yo?

Sabía que jamás me habría cogido de la mano, pero aun así la retiré de forma instintiva. Todavía estaba a tiempo de apartarme.

—Me conoces mejor quizá que yo mismo — empezó a decir, y dio la impresión de que todo lo que nos rodeaba desaparecía: el rojo del atardecer, el ir y venir de los camareros, las risas de los grupos de amigos, esas risas de las que tal vez, un día, lejos de él, yo también disfrutaría.

—Prométeme que si hoy, o mañana, ves enemigos a mi alrededor, me lo dirás. Prométeme que no creerás lo que te digan los demás, prométeme que siempre estarás de mi parte.

—No entiendo a qué viene esto, Vittorio.

—Defiéndeme.

Vittorio Solmani, el brillante y rico y admirado editor, dijo «Defiéndeme», a mí, que estaba allí, hundida en la silla, con mi vestidito barato, las cejas mal depiladas y en el bolso un libro de poesía «de mujeres», como había comentado él al verlo. Con mis ganas de escapar, de olvidar, con la duda atroz — en el fondo, la certeza— de no ser amada.

—Defiéndeme.

Por un tiempo, creí que el amor era un don. En cambio, se paga todo, pedazo a pedazo.

Y prometí: siempre y en cualquier caso, estaría de parte de Vittorio Solmani.

Aquel día, en la terraza de La Rinascente, yo prometí y Silvia se marchó. Cuando me volví para buscarla entre las agujas, ya no estaba.

Muévete con delicadeza entre sus sentimientos. No rompas a la fuerza sus silencios. No pretendas echar abajo sus miedos. No lo obligues a afrontarlos. No le pidas nada, el amor no se exige. No le cargues con el peso de tus expectativas. No molestes, pero recuérdale que estás ahí. Recuérdale que estás ahí, pero sin molestar. Sé ligera y sé esencial. Muévete como un huésped por su vida, en la vida de los demás se entra de puntillas. Llama a su corazón, pero hazlo suavemente y a intervalos largos. Desliza un papelito por debajo de la puerta, pide permiso. Prepara el impermeable y el paraguas, espera. Tu amor es grande, pero tú compórtate de manera que no resulte invasivo. El amor puede ser terriblemente invasivo, es un sentimiento tiránico, prepotente. Deja que se sienta libre, finge sentirte libre tú también.

Si él no se plantea estos problemas, si él te dice «Yo soy esto, lo tomas o lo dejas», si se mueve como un elefante entre tus sentimientos, si sientes que el corazón se te hace añicos mil veces, mil veces recoge los trozos y ocúltalos a su vista: que piense que siempre estás entera, que no vea el daño que te ha causado. Recoge, repara, vuelve a empezar.

Si te has aprendido de memoria una poesía amorosa que empieza «Ayer te besé en los labios» y lo has hecho solo para poder susurrársela después del amor, murmurándole las palabras sobre el rostro acalorado, aplastándote contra su piel que todavía conserva el rastro de la tuya, si solo querrías recitársela en la oscuridad y recibir un beso en la oreja, su aliento cálido y su carcajada, y sus dientes, blancos en la noche, no lo hagas: quédate tumbada encima de él y

mientras le acaricias con un dedo la cara, la nariz, los pómulos y los labios, sobre todo los labios, recítala mentalmente. «Ayer te besé en los labios...»

Si cuando duerme a tu lado no consigues conciliar el sueño porque piensas que nunca has vivido nada tan maravilloso, y por ello estarías dispuesta a cambiar todos tus planes y no sería ese sacrificio imprudente que él teme, sino el intercambio más dichoso que el destino pueda ofrecerte, no lo despiertes para decírselo, no lo abrases, no apoyes la frente en su nuca, embriagándote del aroma de su pelo, como el cuerpo te pide a gritos que hagas, ni siquiera lo roces. Sigue, con el dedo en el aire, su perfil, dibuja la caricia que no te atreverás a hacer. Guárdate para ti este sentimiento que desborda, que quita la respiración y el sueño y los contornos a la noche. Cuenta los lunares en su espalda. Treinta y nueve veces un lunar de Vittorio. Treinta y nueve veces un «Te amo» reprimido.

Piscina. Noche. Liguria. La tumbona a rayas blancas y verdes, la luz amarillenta del foco entre los arbustos. Al borde de la piscina, un charco de agua oscura. El contorno inmóvil de los pinos. Después una polilla rozó el agua. Algo se movió: las hojas, un animal o la noche misma. A lo lejos, una campanada; otra. Las dos.

Me mojé un poco un pie; lo retiré. Mi camisón blanco, la seda brillante en la oscuridad.

La casa donde nos hospedábamos estaba sobre una roca escalonada que bajaba al mar. Así, ahora tenía encima de mí las habitaciones con los balcones con flores, las luces apagadas; y debajo, más allá de los rosales, la playa de rocas. Un mar en calma, silencioso. ¿Seguro que aún seguía allí?

Miré hacia nuestro balcón, las cortinas de la habitación abiertas — a Vittorio también le gustaba despertarse con las luces de la mañana— y sentí miedo, miedo a que todo se acabara: el aroma de su piel, aquel viajar disparatado, mi propia alegría.

Algunos días antes, mi casera había pasado a cobrar el último alquiler y me había preguntado si pensaba prolongar mi estancia en Milán. Mi trabajo estaba a punto de acabar, podía volver a hacer las maletas y regresar a mi hogar. Pero gané tiempo: «Por el momento, le pediría otro mes».

Ahora estaba en aquella villa en Liguria, tan bonita que me daba la impresión de que me encontraba allí por error; y había estrellas, no las sentía lejanas. Pero además la lejanía se me antojaba un sitio precioso. También aquellos metros entre Vittorio y yo, aquella noche, entre mis piernas que se habían vuelto ásperas por la piel de gallina en el borde de una piscina y la ventana tras la cual estaba su

cuerpo cálido bajo las sábanas; aquellos pocos metros se me antojaban repletos de aromas nocturnos, de pensamientos, de oportunidades. Mi corazón estaba rebosante de oportunidades.

Y sin embargo, aquel mismo día, buscando el camino que llevaba a casa de Ivonne, nos habíamos parado a lavar la moto y yo, tratando de sujetar la manguera, había acabado por ducharnos a los dos; me divertí como una niña, también él se rio, no lo niego, pero enseguida me quitó la manguera de las manos y siguió solo:

—Tú ve a echar más monedas, por favor.

«No me ama», dije. Una lechuza sollozó en la oscuridad.

En noches como aquella tenía la impresión de que mi amor podía bastar para los dos. Sabía que no era verdad, pero quería ser más fuerte que la verdad.

Pasó un tren, las vías discurrían junto al mar, muy cerca. Se oyó un estrépito. Miré hacia la habitación de Vittorio: ¿se habrá despertado?

Ahora deseaba volver arriba, deslizarme en la cama a su lado, apretarme contra su cuerpo, decirle: «Vittorio, tengo frío», ver si en el aturdimiento del sueño me abrazaba. Aunque sabía que solo con entrar en aquel cuarto todos mis sueños se echarían a perder, todos mis pensamientos, mi manera de mirar, de escuchar, de decir lo que pienso, la posición que prefiero para dormir, la cantidad de sal que ponía en la pasta; todo sería sacrificado por él. El amor te llena y te vacía con la misma brutalidad.

Apoyé la frente en la rodilla. La verdad es que no sabía qué hacer.

Pasamos algunos días en la casa de Ivonne junto al mar. Cuando me la encontré en la cocina, entre *linguine allo scoglio* y calamares fritos, le puse solo una mano en el brazo.

—Quería darte las gracias por la hospitalidad, aún no había podido. Es estupendo estar aquí.

—Por favor, las amigas de Vittorio siempre son bien recibidas.

Ivonne tenía los ojos grandes y verdes, que resaltaban porque se los pintaba con gruesos trazos de lápiz negro, los rasgos angulosos, la nariz aguileña, los labios finos, pero una sonrisa ancha. Tenía una melena *a lo garçon*, el flequillo corto, el cuerpo delgado; llevaba muchos anillos. Abrazaba a todo el mundo y a menudo, iba de una estancia a otra con movimientos nerviosos. Era hija de un constructor.

—Mi madre pinta, las exposiciones que ha hecho en Nueva York han tenido mucho éxito, también escribe poesía.

Le encantaban los kimonos y el *spritz*. Apenas tenía unos cuantos años más que yo, pero ella misma había elegido los muebles *tansu* que destacaban en las habitaciones y se había ocupado personalmente de gestionar su envío desde la isla de Hokkaido; y eso ya bastaba para crear distancia entre ella y yo.

Sobre todo «conocía a gente». Abría las puertas de su casa, organizaba comidas y cenas, preparaba camas sin parar o sofás cama si aquellas ya estaban ocupadas. A diario había un ir y venir de amigos de todas las nacionalidades.

La originalidad de las personas que entraban y salían de aquella casa me divertía: reía con Damiano, que llamaba a la puerta de nuestras habitaciones, de noche, vestido con un kimono de Ivonne y con los ojos maquillados a la japonesa; reía cuando Vittorio, antes de dormirse, contaba cuántos huesos había allí aquella velada.

—¿Cuánto es doscientos multiplicado por cinco personas, Antonia?

En la mesa, se producía un estallido de preguntas mutuas: ¿tú a qué te dedicas?, ¿cómo se ve tal cuestión en tu país?, pero ¿que piensas tú de...? Yo escuchaba, al principio con las mismas ganas febriles de saber, entender, preguntar. Me esforzaba por traducir cuando hablaban en inglés, entusiasta, asentía con la cabeza. Pensaba en las comidas de los domingos en mi casa: «¿Te gusta la salsa? ¿Te has servido? ¿Quieres repetir?». Pensaba: «No quiero volver».

Pero de repente, me distraía — qué bonito es el cabello cuando le da la luz del

sol; y nuestras sombras sobre la pared blanca, mira, se reconoce uno de mis rizos —. Flotaba por encima de sus conversaciones interculturales.

Yo quería intervenir, decir algo también (¿quién era aquella chica silenciosa que Vittorio Solmani se llevaba consigo?) y en cambio permanecía callada. Apurada, me daba cuenta de que casi había terminado mi plato mientras los demás, enfrascados en la discusión, aún lo tenían intacto delante. Me llevaba con mayor lentitud el tenedor a la boca, concentrándome en aquel gesto, en aquel juego de tiempos. Todos se olvidaban de mí. Ivonne, para compensar, hablaba sin parar del cortometraje en el que estaba trabajando, en su móvil leía algunas partes del guion que ya había esbozado.

—No entiendo la espectacularización de la literatura en la televisión, no acepto semejante cosa. — Se inclinaba sobre la mesa, empuñando la copa de vino como si fuera un arma—. ¡La escritura es un acto completamente íntimo!

Luego organizaba la salida para ir a tomar el aperitivo.

Después de cada cena, mientras se quitaba los zapatos, Vittorio hablaba de qué interesante le parecía la teoría de P. y de cómo apoyaría plenamente el proyecto de V. Sin duda, si necesitaba de alguien en aquel ámbito, se dirigiría a N. ¿Había yo oído la vida increíble de T.?

Vittorio tenía palabras para todos: uno era genial, otro de una cultura ilimitada, la otra divertida hasta las lágrimas.

De Dorotea, que ocupaba la habitación contigua a la nuestra, dijo:

—Es una mujer extraordinaria; una mujer intensa.

Qué no hubiera dado yo por oír de su boca aquella definición referida a mí. Una mujer intensa. Pero yo, que ni siquiera tenía nombre, ¿cómo iba a tener adjetivos?

En sus manos florecían los proyectos.

A partir de conversaciones de apenas una hora, durante las tardes en la playa, sentados con las piernas cruzadas sobre las rocas negras, cobraban forma ferias,

patrocinadores, contactos, eslóganes de comunicación. Y mientras Damiano pescaba cangrejos y, cogiéndolos por el caparazón, nos los enseñaba orgulloso, sus ideas, como olas, se perseguían, se agolpaban, llegaban una tras otra.

De vez en cuando Vittorio aludía a mi escritura, pero, por si acaso su intención era mostrar que yo también era una persona interesante, yo desistía de decir nada. Me sumía de nuevo en el silencio, advertía las miradas interrogantes de los demás, sentía una sombra oscura a mi alrededor.

Después se tiraban al agua desde la roca más alta y nadaban largo rato. Vittorio me gritaba «¿Vienes?» y yo, paralizada en mí ridícula toalla rosa, respondía «Luego os alcanzo». Él le daba la espalda a la orilla y nadaba hacia los demás. Yo me quedaba mirando el cruel espectáculo de los cangrejos peleándose entre sí dentro del cubo.

Es que me parecía que todos nadaban mejor que yo. Que hablaban mejor que yo. Que aquello que llenaba mis horas no era si no un aspecto marginal de la existencia. Lo importante era leer las revistas adecuadas, demostrar que tenías curiosidad. Vestirse de manera desenfadada, pero lucir complementos únicos. Reír y beber mucho, incluso aunque no tuvieras ganas. Preguntar «¿Has leído el último de...?» o empezar con un «Me he encontrado con...»; algunas veces, con malicia mal disimulada, tantear en qué situación económica se hallaba la actividad del otro: «¿Vosotros cómo estáis respondiendo a...?» y contestar con mentiras o con una broma seguida de otro sorbo de vino. Mostrarse lo bastante extravagante como para que te consideraran interesante. Ofrecer tabaco («¿Antonia?» «No fumo, gracias»). Y parecer siempre sumamente seguro de lo que se dice.

Yo me sentía pequeña, insignificante, renqueante. En definitiva: fuera.

Mientras los otros trabajaban en el proyecto de una feria, yo no hacía más que estudiar y leer periódicos. Cogía la bici de Ivonne e iba al quiosco del pueblo, compraba aquellas revistas en italiano, francés, inglés, y caminaba con ellas bajo el brazo, miraba las portadas, disfrutando por anticipado del placer de quitarles el celofán y hojearlas (antes de abandonarlas en el revistero, atraída por un libro

de poesía); me parecía flotar un metro por encima del suelo, me gustaba mi imagen con aquellas revistas bajo el brazo. Adquiría una identidad.

Pero no, no la adquiría; la robaba. Quería hallarme en condiciones de participar en las conversaciones.

Se me planteaban temas que había desconocido hasta el momento: políticos, sociales, económicos. Empezaba a entender lo que escribían los periódicos, de qué hablaban los políticos en los debates de la tele y por qué se rebatían con tanta vehemencia.

—Bueno, Antonia por fin está abriendo la ventana —decía Vittorio.

Pero ¿quién era yo? ¿Quién era yo realmente?

Yo era la que se encerraba en las bibliotecas durante días enteros a leer la biografía de una escritora. Yo era la que se pasaba horas escribiendo. Yo era la que sentía la llamada de un libro de poesía mientras se emitía el telediario, la que se turbaba cuando leía un verso por primera vez y por un instante el alma se quedaba atrapada, como sujeta por un gancho invisible. Yo era la que estaba en un lugar imaginario llamado San F. junto a una chica con síndrome de Down que no existía pero a la que sentía cercana. Yo era aquella.

Tendría que haber dejado de ser una de esas mujeres para las que la vida solo resulta soportable gracias al engaño de la imaginación, que haber «transformado el malestar sentimental en intelectual», por decirlo con palabras de Vittorio, y «hacer sitio a nuevas experiencias vitales».

Pero ¿quién era yo sin mis cuentos? Las verdades necesarias y evidentes que Vittorio me exponía nunca serían suficientes para mí.

—Habría que desconfiar siempre de las personas que se jactan de saber amar —sentenció Vittorio.

Estábamos en la sala de estar con Dorotea, la joven, intensa esclava que tenía un lunar en la muñeca, un detalle que me distraía continuamente de lo que ella decía: Dorotea gesticulaba y aquel puntito se movía con ella, oscuro en la piel de

alabastro; se asomaba a los sofás azules, rozaba las blancas paredes, parecía querer pegar un salto y liberarse de aquella muñeca.

Desde la gran cristalera que daba a la piscina, observábamos cómo el otoño nos recordaba que existía, después de días de un calor y un sol fuera de lo común para ser ya octubre. Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra los cristales; las copas de los pinos trataban de mantenerse compactas, se sujetaban, pero se deshacían: sus agujas se dispersaban por la piscina.

Dorotea nos había hablado a Vittorio y a mí de su compañero, que se pasaba el día encerrado en su despacho, avaricioso de tiempo y de ternura.

—No creo que me quiera tanto como lo quiero yo.

Yo había aguantado la respiración, esperando aterrada la reacción de Vittorio.

—Habría que desconfiar siempre de las personas que se jactan de saber amar.

Dorotea se quitó las gafas.

—¿Por qué?

—Porque (y tú eres una prueba de ello) son las que siempre están dispuestas a señalarte con el dedo, a emitir sentencias. Te echan por cara todo lo que deberías hacer por ellas y no haces (siempre tienen a mano listas impresas), mientras que ellas por ti harían cualquier cosa.

—A veces, sin embargo, es así — logré replicar con un hilo de voz.

—¡No es posible que seas tan ingenua! — estalló Vittorio—. ¡Dime que no lo piensas de verdad!

Se rio, alzó los ojos; estaba delante de mí y de Dorotea, que nos habíamos pegado al respaldo del sofá, lo más lejos posible de sus palabras. Sentado en el sillón, con las piernas abiertas, estaba muy inclinado hacia nosotras: tomad y bebed todos de él, este es el cáliz de la amargura.

—Eso no es amor, Antonia, sino poner una expectativa continua sobre la cabeza de quien es el objeto de dicho sentimiento. Darse por completo puede resultar romántico, conmovedor, no lo niego. Pero empobrece, no solo a quien experimenta el sentimiento, sino también al objeto de ese amor.

—¿Crees que él pensará lo mismo que tú? Sé sincero, Vittorio.

Me volví hacia Dorotea. «¿No te lo habrás creído, verdad? No le des la razón, replica, di algo, tú sonríes cada vez que te llega un mensaje del hombre al que amas, te pones tu mejor vestido en su cumpleaños, sabes que no es así.»

—No lo sé. Hay personas que han nacido para vivir. Y otras para amar. Lo escribió Camus. Yo sé lo que pienso yo: para mí no hay que esperar ser amado así. Y es deshonesto amar así.

—¿Deshon...?

Las piernas me temblaron. Dorotea levantó instintivamente su mirada hacia mí. «Y tú, ¿no dices nada», me decían sus ojos.

Me monté en la bicicleta, aún llovía. Pedaleé en sentido contrario. La carretera nacional, las curvas que caían a pico sobre el mar, el asfalto resbaladizo. Después, la bajada empinada hacia el pueblo, los campanarios que se recortaban contra el gris, el ruido de las ruedas sobre la carretera, los frenos que no iban, cruces inesperados. Corrí, corrí hacia el mar, aquella extensión plomiza. Cerré los ojos, percibí esos aromas, la lluvia, el bosque inminente, las hojas que caen — yo también quiero caerme.

«De todas formas, es esto, es esto el amor que siento por él. Esto que para mí es precioso, limpio, bello, para él es un monstruo que te roba el aire, una pregunta continua que yo, aunque no sea de manera explícita, le formulo. Algo deshonesto.»

El bocinazo sordo de un autobús — «¡Tienes un stop!»—, ruido de hojas aplastadas bajo las ruedas, por fin se ha acabado este verano, esta farsa de excursiones a la playa y cucuruchos de helado por la calle que lleva de vuelta a casa.

«¿Y hay un modo distinto, existe un modo “generoso” de amar? ¿Puedo seguir amándolo sin pretender nada a cambio? Puedo. Claro que sí. Ocultar los sentimientos, tragarme las palabras, reprimir las expectativas, acabar con las peticiones, pasar por alto las desilusiones, hace meses que lo hago. Pero ¿para qué? La verdad es que solo he estado esperando, en todo este tiempo, solo he esperado que algo cambiase, que una mañana al despertar a mi lado se diera

cuenta de que era yo, era yo quien había hecho su vida más bonita, y entonces algo se liberara.»

«¡No es posible que seas tan ingenua! ¡Dime que no lo piensas de verdad!»

El cartel que indica la entrada del pueblo: BENVENUTI, WILLKOMMEN, BIENVENUE, este municipio tiene diez campanarios. «Pero ¿cuántos cruces hay, por qué no los habéis señalado?»

Aquel día, en cada uno de aquellos cruces, recé para que de repente apareciera un coche y se me llevara por delante, un instante, y adiós. Quizá así Vittorio se habría dado cuenta de que en aquella relación también existía yo.

Pero, oye, Antonia, que no frenas porque tienes en la cabeza la patética, la vergonzosa imagen de una cama de hospital a cuya cabecera está Vittorio: Vittorio tenía razón. Lanzarse bajo las ruedas de un coche, ¿no sería un acto terrible respecto a él, una forma horrible de chantaje, algo que se encuentra a años luz del amor? Entonces es cierto, tu amor también es un monstruo.

Vi a las parejas que bailaban un vals bajo los soportales. Era una noche genovesa. A pocos pasos de los locales ruidosos y de moda, donde grupitos de jóvenes estaban en la acera con las cervezas en la mano, una pequeña orquesta tocaba un vals y hombres y mujeres con trajes de noche daban vueltas. Qué maravillosos... Se hallaban fuera del tiempo.

Si me preguntaran qué puede esconderse detrás de la esquina, respondería que un día yo, detrás de una esquina, me topé con una orquesta que tocaba un vals donde menos me lo habría imaginado.

—Vittorio, te he hecho un retrato. — Le tendí el papel.

—Soy yo, pero ¡colgado de un tren en marcha!

—¿Es lo bastante Indiana Jones?

—Es mucho más que eso. Es fantástico. Eres mi lámpara maravillosa.

Pero las lámparas maravillosas, ¿tienen deseos? Y si los tuviesen, ¿cuáles serían?

Quizá que dejaran de esperar algo de ellas de una vez por todas. Que todos pararan de sacarles brillo y trataran, de cuando en cuando, de acariciarlas. Que antes de expresar los propios deseos, les preguntaran a ellas: «¿Y cuáles son los vuestros?». Que esos deseos pudieran ser para siempre y no solo por un instante. Que las dejaran en paz, al menos alguna vez, y les permitieran soñar deseos que no tuvieran lámparas para cumplirlos, pero que no por ello serían menos verdaderos. Porque también son verdaderos esos, esos deseos imposibles.

En Génova se encerró en el mutismo. La piazza delle Erbe bullía de jóvenes; Vittorio y yo estábamos tomándonos un aperitivo en una terraza. Yo daba sorbos de continuo: me confortaba meter la cara en el vaso. Intenté bromear: él a duras penas esbozó una sonrisa. Callé, esperando que reconquistara su espacio: se zambulló en los periódicos. Me acaricié el pelo, que acababa de cortarme, y me quité el fular, dejando a la vista el escote. No se dignó dirigirme una mirada. Como por descuido, puse la mano sobre la mesa — se necesitaba tan poco...—, allí se quedó. Entonces le pregunté si pasaba algo.

—¿Qué debería pasar?

Me contó las veces que había cenado en el restaurante que daba a la plaza con aquellas personas de las que me había hablado y de lo maravillosas que habían sido aquellas veladas, que se alargaban hasta el amanecer sin parar de hablar. Bostezó ruidosamente. Acabó con todos los canapés del cuenco, antes de que yo pudiera probar ni siquiera uno; respondió al teléfono. Anonadada, yo solo era capaz de contemplar el color rojo de la bebida, pasar por alto el tono amigable que de inmediato adquiriría su voz cuando hablaba por el móvil, aquel deje de alegría que tenía reservado para el interlocutor que nos había interrumpido. ¿Quizá fuera alivio?

—¿Estás seguro de que no pasa nada?

—Pero ¿qué quieres? — me respondió con brusquedad.

—Para empezar, que no me contestes así.

—Te has pasado la noche dándome la lata con esas preguntas.

—Y tú todo el día huraño. ¿Por qué estás nervioso?

—Ahora estoy nervioso. Antes estaba perfectamente.

Eché el dinero de la cuenta en la mesa, se levantó. Yo aún no me había acabado mi bebida. Vittorio era así: creía que podía decidirlo todo, cuándo había que sentarse, cuándo levantarse, cuándo podías ser feliz o cuándo era el momento de tragarte todo el veneno que tenía para suministrarte.

Nos encaminamos a un local donde nos esperaban sus amigos. Andábamos separados. Los *carruggi*, los callejones angostos de Génova, se me antojaron empinados y oscuros.

—Entonces ¿me explicas tu descontento? — preguntó.

—Ah, soy yo la que está descontenta. Vittorio, llevamos horas paseando y no has hecho más que ir a la tuya. Da igual que esté yo o no, para ti no cambia nada.

—Pero ¿qué quieres? ¿Que te bese en el cuello cada cinco minutos?

Me detuve. Segundos después, al darse cuenta de que no lo seguía, se giró. Me miró, esperando que me moviese o que dijese algo. Lo dije:

—Vete a la mierda.

—¿Qué?

—Vete a la mierda.

Me volví sobre mis tacones y me alejé.

—Eres un auténtico gilipollas — añadí entre dientes.

—Muy maduro por tu parte, te felicito. Dos insultos y te vas. Ven aquí si tienes algo que aclarar.

—¿Y qué quieres que aclare con alguien como tú? Alguien que no ha comprendido ni por asomo cómo soy. Que me dice: «¿Quieres que te bese cada cinco minutos?». Vete con tus amigos, a mí no me apetece.

—Pareces una niña.

—De todas formas, eso es lo que piensas que soy... Si no te gusta mi compañía, no vuelvas a invitarme.

—¿Por qué siempre te muestras ofendida? Dios mío, no hay nada más insoportable que las personas que se sienten continuamente ofendidas, por la vida, por los otros, es inaguantable.

Un puñetazo en el estómago. ¿Era verdad?

—¡Míralos! — Apareció Damiano—. Los otros ya están en el Car, ¿vamos juntos?

—Sí, estábamos yendo allí — respondió Vittorio, dirigiéndome solo un gesto, perentorio, para lo que lo siguiera.

—Bueno, ¿hacemos o no las paces de una vez? — preguntó horas después, apenas se cerró detrás de nosotros la puerta de la habitación—. Va, ven aquí a darme el beso de la paz.

Fui, me abrazó.

—Pero ¿por qué, maldita sea, piensas siempre que tengo una mala opinión de ti? — preguntó.

Hicimos el amor, sentí su aliento que olía a vino todo el tiempo sobre mi cara. Apagó la luz y se durmió.

Al amanecer me deslicé de la cama, me metí en la ducha y lloré con los brazos apoyados contra las baldosas azules. Cuando volví a la habitación, su cuerpo desnudo ocupaba oblicuamente toda la cama. Piernas abiertas, brazos abiertos, no quedaba ni un centímetro para mí. Lo odié.

Me besaba, pero no buscaba mis manos. Hacía el amor conmigo, pero luego cerraba los ojos y era como si ya no estuviera allí.

Aun así, decidí cambiar mis planes por Vittorio, planificar mi vida de manera que pudiera quedarme en Milán. Pero sin decirle que lo hacía por él.

—¿Y tus proyectos? — me preguntaba Gioia.

—Los llevaré a cabo en otra ciudad.

—Sabes que no es lo mismo. ¿Y tu familia?

—Siempre estará ahí.

—¿Y tu tierra? Amas tu tierra.

—Tendré un sitio donde volver.

—Pero...

—Pero nada. Las personas cambian de sitio.

—¿No deberías preguntarle antes si quiere que alteres tu vida por él?

—Me diría que no; aunque lo desease, nunca aceptaría esa responsabilidad.

—En cambio, debe aceptarla. Ambos debéis asumirla. Tienes que decírselo. Ha de saber que vas a cambiar tu vida por él.

—Eso sí que no.

—Tienes miedo a que te diga que no.

—No, lo que pasa es que le quiero y sé que no es capaz de cargar con la responsabilidad de la felicidad o la infelicidad de una persona.

—Eso no es justo respecto a él.

—Al contrario, lo hago por amor, para que no se sienta chantajeado, para que no tenga que soportar el peso de mis expectativas y mis decisiones.

—No, lo haces porque te da miedo su amor, temes que no sea tan grande como para que te quedes aquí.

—Si no me quisiera a su lado, me dejaría.

—De hecho, no estáis juntos. Por el amor de Dios, Antonia, ¡reflexiona, reflexiona! ¡Estás dejándolo todo por alguien que ni siquiera es capaz de decir que salís juntos!

—Ya he tomado una decisión. Ahora, por favor, no hablemos más de ello.

Una noche, mientras cenábamos, Vittorio me preguntó:

—¿Por qué no intentas buscar trabajo en otra ciudad?

Recuerdo su mirada indiferente. La imperturbabilidad con que se sirvió otra copa de vino, con que se llevó la servilleta a la boca, mientras esperaba mi respuesta. La altura desde la cual me precipité.

—¿Dónde?

Escuché de sus labios la lista de las ciudades: lejos, todas ellas lejos de Milán.

—Para eso me vuelvo a mi casa — dije sin poder contenerme y sin mirarlo a la cara.

—De hecho, nunca me has explicado por qué no quieres volver.

Aquello no me pareció real. De repente, todo era absurdo. Una broma de mal gusto.

—¿Te apetece tener nuevas experiencias?

—Sí, quiero tener nuevas experiencias — confirmé; luego dejé el tenedor en el plato y no volví a tocar la comida.

—Antonia, vuelve a casa.

Vittorio eligió el teléfono para decírmelo. Era tarde por la noche.

Habíamos discutido por una tontería. Le había pedido que quedáramos al día siguiente en casa de Gioia, quería presentársela, y él, por enésima vez, se negó. Alcé un poco la voz, él mantuvo su tono lúcido y desdeñoso al decirme que todavía era libre para elegir con quién se veía.

—Vittorio, era una estupidez. ¿Por qué te pones así?

Entonces, llegó su condena:

—Antonia, vuelve a casa. Vuelve a tu ciudad.

—Yo... yo no quiero volver a casa.

Se me había descargado la batería del móvil, así que estaba agachada en el suelo, con el teléfono enchufado a la pared. La única luz encendida era la de la habitación, de la cual llegaba una tenue reverberación hasta el pasillo, de donde no pasaba.

—¿Estás echándome?

Un largo silencio.

—No estoy echándote, pero debes hacer tu vida. Si no, no sería justo.

—*Estoy* haciendo mi vida.

—Eso no es verdad. Cuando te conocí tenías proyectos, otros deseos.

—Estoy haciendo lo que deseo hoy. ¿Por qué quieres que me vaya?

—No puedo más, Antonia, lo siento. No puedo más.

—¿No puedes más de qué?

—No soy persona de sentimientos fuertes. Tú...

—¿Yo? Yo no te he pedido nada, Vittorio. ¡No te he pedido nada!

De nuevo, silencio. La habitación vacía. Buscaba, pero solo veía sombras. Allí habíamos bailado juntos.

—Te decepcionaría siempre.

—No entiendo qué estás diciendo, Vittorio. Lo intento, lo juro, pero no lo entiendo.

—Mientras esperes algo de mí, te decepcionaré. Tú tienes que ser feliz. Escúchame, escúchame con atención: a mi lado no lo serás. Y yo quiero que lo seas, de verdad.

—Pero ¡yo soy feliz aquí, no en otro sitio, no de otra manera!

—¿Por qué lo haces, Antonia?

—¿Hago el qué? Vittorio, yo te... Eres lo más... inesperado y bonito que me ha sucedido jamás. Yo no te elegí: si hubiera podido hacerlo, probablemente no te habría elegido. Pero esta es una fuerza más grande, oscura, y sin embargo... bonita. Muy bonita. Y no me importa si he de cambiar los planes, echar a perder los proyectos, alterarlo todo. Yo he decidido aceptar este sentimiento... de lo contrario, estaría loca.

Noté que sonreía en el auricular.

—¿Estás riéndote?

—No, no estoy riéndome.

—Has sonreído.

—Sí.

—Has sonreído porque lo que te he dicho es bonito.

—Sí.

Delante tenía el brazo del sofá, que estaba tapizado con flores. Me hubiera gustado colgar y tumbarme sobre aquellos lirios de color lila y tratar de recuperarme allí de aquella sensación de vacío. Pero mi oído seguía pegado al teléfono, colgado de cada sonido: cada respiración sería una respuesta.

De repente, Vittorio se puso agresivo:

—No, Antonia. De verdad que no. No quiero que nadie cambie su vida por

mí. Que el humor de otra persona dependa del mío. No quiero.

—Pero ¿qué problema hay? ¿Puedes decirme cuál es el problema? ¿Estás enamorado de otra?

—No.

—¿Un fantasma del pasado?

—¿Qué? No, no.

—Entonces ¿solo querías acostarte conmigo?

—No digas gilipolleces. Me ofendes cuando dices esas gilipolleces.

—Entonces ¿qué es? ¡Dime tú qué es!

Sentía una rabia desesperada, por mí, por él, por aquella última partida que estábamos jugando y perdiendo, por todo cuanto se alejaba y que yo había alimentado, cuidado, intentado retener mediante todo tipo de recursos.

—Esto no es un juego, Vittorio, esta es mi vida, nuestra vida. No es un juego.

—Exactamente. Si quieres ponerla patas arriba por mí, no lo hagas.

En el silencio de la sala solo se oía el tictac del reloj de pared; con aquel tictac, a lo largo de todos aquellos meses, había medido el tiempo de la soledad, de las ausencias de Vittorio, de las esperas de sus regresos.

—Yo lo haría. Yo haría de todo con tal de quedarme a tu lado. Pero no puedo obligarte.

—No — dijo—. Soy yo quien no puede obligarte a ti.

—Así que solo querías acostarte conmigo — susurré, exhausta.

—¿Es eso lo que quieres que te diga? ¿Es eso? ¿Es eso? Entonces te lo digo. No te amo, Antonia.

Mientras mi espalda resbalaba a lo largo de la pared y mi cuerpo por el suelo — ¿dónde ponerlo, si no en el suelo?—, lo único que conseguí pensar es en que la expresión «Te amo» de sus labios era maravillosa; y en qué bonito sería escucharla sin la negación delante. En aquel instante en que perdí los contornos del tiempo, en la sala a oscuras donde lloré hasta que amaneció, mi corazón absurdo solo pensó esto: qué bonito sería el sonido de un «Te amo» pronunciado por Vittorio.

EL ALMENDRO PERFECTO

Nunca más

«Deshaz este nudo, Señor. Por favor, páralo todo. Canciones, dejad de sonar. Poesía, deja de hablar. Aviones, dejad de volar. Te lo suplico, apaga este fuego, apágalo, antes de que me vuelva loca. Nunca pasará. Nunca.»

—La gracia del Señor esté con todos vosotros.

—Y con tu espíritu.

La última luz del día entraba apenas por las vidrieras de la pequeña iglesia de San Orondo. Había sido una jornada bochornosa y en la iglesia aún hacía calor. Los pocos fieles estaban repartidos entre los bancos y se abanicaban con los folletos de la liturgia.

«Solo te pido una cosa, Señor. Solo una y luego nunca te pediré ya nada más en toda la vida. Ahora sé qué quiero y no te pediré otra cosa. Incluso cuando sea vieja y esté sola, Señor, no te pediré nada. Pero ahora, escúchame.»

El reclinatorio era duro, pero aquella ligera presión en la rótula le parecía necesaria a Silvia, como un precio que pagar a cambio de que su plegaria fuera atendida.

El organista tocaba la última melodía y alguna vieja lo acompañaba con un canto cansado que se oía en toda la iglesia. Silvia tenía los ojos cerrados y los apretaba con fuerza.

«Haz que desaparezcan todos, Señor. Te lo pido, te lo pido, te lo suplico. Haz que no quede ni uno sobre la Tierra.»

El coro se calló.

—La misa ha acabado. Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios.

Los fieles recibieron con alivio la bendición de don Felice que los autorizaba a volver a los ventiladores de sus casas y, como sacados de repente de un estado de entorpecimiento, salieron de los bancos y se encaminaron hacia las puertas, casi con prisas.

Silvia no, ella se quedó arrodillada.

«Ahora abro los ojos, Señor, me levanto, salgo de esta iglesia y cuando esté fuera ya habrán desaparecido. Será así, ¿verdad, Señor? Sí, ahora saldré y ya no habrá más almendros. Nunca más.»

—¿Vamos, Silvia?

Abrió lentamente los ojos, se puso de pie apoyándose en su madre y recorrió la estrecha nave. Y con cada paso que daba se notaba más ligera, porque sentía que su plegaria sería atendida. Dios no la decepcionaría, y al otro lado de las puertas de la iglesia habría un mundo nuevo, sin almendros y sin otras Silvia: un mundo feliz. Ella sería la última niña con ojos almendrados, la última a la que un hombre como Antonio no pudiera amar. Se persignó mirando al Cristo crucificado. El corazón le latía con fuerza mientras bajaba los escalones de la entrada y alzaba la vista hacia el campo. Y ya sonreía porque, ahora estaba segura, Dios no la traicionaría.

Una ráfaga de viento fresco cruzó el pueblo.

—Mistral, señora Maria, ¡el domingo podremos respirar!

—Esperemos que sea así, señor Franco. Buenas noches.

—¡Buenas noches tenga usted! ¡Adiós, Silvia!

—...

—Silvia, ¿no contestas?

—...

—Silvia, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Silvia, pequeña, ¿qué miras?

—Los almendros.

Abruptas las páginas en blanco.

A cada paso, doy un traspíe. No te caigas, me digo.

Las palabras se asoman, se esconden, se manifiestan. Nunca son las adecuadas.

No te caigas, me digo otra vez. En cambio, me precipito. Dentro de las cosas, en los abismos de sensaciones. Donde hay tanta oscuridad y profundidad que las palabras no llegan.

No puedo. Me retiro. Querría escribir por Silvia, que espera en silencio que alguien guíe sus pasos, exprese sus sueños, le dé un antes y un después, un final.

Pero las páginas en blanco son abruptas como estas calles por las que ando, como el rechazo de Vittorio, que se ha convertido en el rechazo del mundo, como el silencio que se ha hecho alrededor del día en que me marché. Como las certezas que he visto deshacerse, como las ideas a las que he oído tocar al timbre y que creía que nunca más aceptaría, como mi sí al cambio, dicho demasiado pronto y demasiado fuerte.

Yo ya no lo sé. No sé lo que es este amor visceral por la vida, que no logro vivir. No sé si es verdad que Antonio pueda volver con Silvia y encontrar el sentido de las cosas en los ojos almendrados de ella y de los chicos como ella. ¿Es verdad que Eva podrá correr mundo y ser feliz? Yo ya no lo sé.

De modo que el bolígrafo solo traza un punto en el folio, se eleva indeciso, se queda suspendido en el aire. De modo que, ¿ha acabado el tiempo de la palabra escrita?

De: vittorioso@gmail.com

A: antonia@libero.it

Asunto:

Antonia, se te echa de menos. Y se te echará siempre de menos. Pero no tengo elección. En el fondo, no he elegido yo.

V.

Cuando leí este mensaje, llamé a Vittorio. No respondió. Le escribí. Volví a escribirle. Lo busqué, desesperada, obstinadamente. Nada corre más rápido hacia el desastre que un sentimiento frustrado y, sin embargo, dispuesto a abalanzarse ante cada señal de esperanza.

—Cuando te conocí — dijo Vittorio—, cuando empezamos a vernos, no pensaba que esta cosa entre nosotros se convertiría en lo que se ha convertido. No esperaba que acabara siendo importante, y ahora...

—¿Ahora?

—Ahora estoy aterrorizado.

—¿Por qué?

—Porque me gusta la vida que llevo, y no quiero que cambie.

—Pero todo no puede ser como el café de las cuatro y el batido de los domingos por la mañana, lo entiendes, ¿no?

—No quiero perder mi libertad, para mí no existe nada más importante.

—Pero ¿en serio que no te das cuenta de que existe otra libertad, a la cual estás renunciando? La libertad de vivir un sentimiento. De permitir que te cambien los planes por completo. De no protegerse por una vez. También eso es libertad, pero tú, ¿qué haces, en cambio? Te atrincheras en una jaula de costumbres y certezas, te escondes tras tu imagen de «espíritu libre». Y ¿qué es un hombre libre, Vittorio? Uno que dice «Te echo de menos, pero no tengo elección»? ¿Es ese un hombre libre?

—De verdad, necesito pensarlo.

—Piénsalo, entonces. Porque yo así no puedo seguir.

—¿Es un ultimátum?

—No, es pedir que se reconozca un sentimiento.

Nos separamos.

«Dios mío, te lo suplico, ilumina su corazón. Que entienda lo que siente por mí, sea lo que sea, porque yo ya no puedo más.»

¿Silvia? ¿Silvia? Llévame al mar. Tráeme tu carcajada abierta, el nombre de una flor nueva, tus firmes raíces, la belleza de tu modo de ser indefensa sin tener que inventar protecciones.

Ahora, ahora solo querría acabar de contar esta historia. Correr hacia el final, arrancarme de encima todos estos jirones de vida. No tener que atravesar más los días pasados, revivir los colores, volver a sentirlo todo desde el principio: ilusiones, ímpetus, soledades, angustias. Ya está bien.

Y cuando pienso en cuántas veces, andando sola por esta ciudad, me he imaginado verlo venir hacia mí, con una bolsa de la compra, con expresión distraída..., creo que hay que poner fin a algo tan grande. Y desear no sentirlo nunca más.

«Octavo día. Dejar reposar la masa sin mezclar todavía.»

Esta masa inerte, encerrada en un cuenco desde hace días y que me mira.

Y yo, que me miro en el espejo. Todas las noches.

Hay alguien en el mundo que todas las noches mira cómo se marchita su cuerpo; delante del espejo comprueba que las carnes se aflojan, que la piel pierde luminosidad, que aumentan las arrugas. Y esto no sería tan malo si esa persona no pensara: «Si él hubiera aceptado mi oferta, le habría ofrecido mi pecho joven, los brazos turgentes, las caderas firmes. En cambio, el regalo rechazado se mustia poco a poco y lo que queda del esplendor de un día — el tono dorado de la piel, las formas sinuosas— no es más que tristeza pegada a los huesos».

Ese alguien, Vittorio, se pregunta si no será una lástima amar y no ser amados, ser amados y no amar. Dejar que pasen los días de nuestra existencia sin acariciar un vientre plano, un cuello suave, las noches sin una espalda contra la

cual apretarse cuando hace frío. Y decirse «La vida sigue» — claro que sigue, incluso brevemente— y «En la vida hay otras cosas» — claro, la vida tiene tantas cosas que si las entendiéramos todas nos volveríamos locos— y olvidar. ¿Cómo podemos olvidar?

Volvió a mí. Vittorio llamó a mi puerta. De pie en el umbral, con ojos sonrientes, solo dijo:

—Esta vez no llego tarde.

Me tuvo abrazada toda la noche. Si me separaba un poco para cambiar de posición en la cama, me atraía hacia sí. «Ven», susurraba en sueños, y volvía a apoyar su frente contra la mía.

Era él: el Vittorio que se iba a la otra punta del mundo, que llenaba los días de obligaciones y rituales para vencer el horror al vacío; el Vittorio de los constantes proyectos, el Vittorio líder; el Vittorio que, destrozado, se dormía con la cabeza apoyada en mi vientre. El Vittorio que temía el paso del tiempo, las señales que dejaba en su cuerpo. El Vittorio para quien el amor es un engaño que nos aleja de nosotros mismos y del mundo, y del que hay que defenderse con igual crueldad. El Vittorio que trataba de protegerme de mis propios sueños porque, para él, hacerse ilusiones es una debilidad que se paga cara: por eso se esforzó en frustrar todas mis expectativas, una a una.

El Vittorio que hallaba un sentido solo siendo consciente del absurdo y hallaba paz cuando leía un libro, mientras yo estaba apoyada contra su pecho y él me acariciaba el pelo con la mano libre.

El Vittorio que solo admitía lo que no exigía reciprocidad. Y con habilidad para apartarse de los recuerdos, sin luchar.

El Vittorio a quien yo hubiera querido en cada uno de sus aspectos y para siempre.

Por la mañana, cuando estaba subiéndose a la moto, solo le pregunté:

—Entonces ¿lo intentamos?

—Intentémoslo.

—Creo que conseguiré estar a tu lado sin asfixiarte.

—Vale.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¡Vittorio!

—Vale, vale, no me escaparé — dijo riendo.

—Solo te pido que me hagas un poco de sitio en tu vida.

—Intentémoslo.

Con un golpe seco del pedal puso en marcha la moto.

—¿No me mandarás a la mierda? — preguntó.

—Por ahora no.

Al día siguiente le escribí. No respondió. Al otro, le propuse que nos viéramos, se escabulló. Tenía la semana llena de compromisos y cenas de trabajo, no encontró tiempo para nosotros. Me empeciné, se empecinó. Probé a no llamarlo y no me llamó. «No puede ser que esté haciéndome esto», me decía, «no puede ser.» Me costaba trabajar, solo esperaba volver a mirar el teléfono, para ver si tenía una llamada, un mensaje. Deambulaba como un fantasma, ponía lavadoras sin parar y me sentaba en el suelo a mirar cómo daba vueltas el tambor.

—Lo siento, es un período de mucho lío — dijo al teléfono.

—Sin novedad en el frente. Dudo de que lo sientas.

—¿Quieres echar un vistazo a mi agenda? Perdóneme si tengo una vida y otras cosas que hacer al margen de ti. ¿Y sabes qué? Que tienes razón si piensas que no lo siento, porque esta es la vida que he elegido y estos son los compromisos que me hacen feliz. Y no, no quiero cancelarlos, ¿de acuerdo? Son

parte de mí mismo. No debo ni quiero rendir cuentas. Ahora ya entiendes por qué yo no quería tener esta relación.

—¿No la querías? Pediste tiempo para pensar, volviste a mí, ¿y ahora me dices que no la querías? ¿Qué es lo que estuviste pensando? ¿Para qué has vuelto conmigo? Dime, ¿qué viniste a hacer a mi casa?

—Tenía ganas de verte.

Rabia. Rabia que crece, que devora, que consume, que agota. Rabia impotente. Jurarnos a nosotros mismos que «Nunca más». Preguntarnos cómo hemos podido llegar a aceptar tal humillación. Por qué y otra vez por qué. Ganas de dar puñetazos y patadas. De escupir a la cara. De patear. De abandonar todo autocontrol. De continuar, hasta que se agoten las fuerzas por completo. Hasta caer por tierra, vacíos. Hasta que él vea el agujero que ha creado dentro de ti con su superficialidad, su egoísmo, su vanidad, su vacuidad, su cobardía, lo grosero de sus sentimientos, la trivialidad de sus excusas, su orgullo miserable. Su incapacidad para elegir y renunciar. Su aparentar una solidez que nunca tendrá. Su pequeñez revestida de *grandeur*.

Repetirse: Vittorio, eres tierra estéril. Solo eres tierra estéril. No hay ni un ápice de amor en ti. Ni siquiera Dios conseguiría insuflar un poco de amor en tu cuerpo sin alma. Y ahora vete, vete a recorrer el mundo, acuéstate con quien quieras, hazte rico con tu trabajo, haz que te admiren por ser culto y brillante. Algo encontraré a lo largo de mi recorrido, algo y a alguien, que no podrá ser peor que tú. Solo me diste tu cuerpo y la pátina lustrosa de tu éxito: consideraste que lo demás no era para mí. Maldigo por siempre el día en que te conocí. Te maldigo a ti, hasta el fin de tus años. Amén.

Rompí los regalos de Vittorio. Al verlos en el suelo, Gioia me dijo:

—¿A qué vienen estas escenas históricas?

—También yo tendré derecho a mostrarme débil, ¿o no?

—No te pega el tópico de la mujercita que destruye los regalos de su hombre.

—Pues te equivocas. Es justo lo que no le perdono. Jamás se lo perdonaré.

—¿El qué?

—El que me haya hecho ser tan banal.

«Noveno día.»

El cuerpo permanece erguido en la silla. Mira, no se cae. No se abandona. No cede al vacío que aumenta.

Hipótesis. La hipótesis de desplomarse en el suelo, de ponerse en posición fetal con la frente contra el suelo frío, de soltar los remos de esta barquita que siempre ha ido donde no habíamos previsto, y hacer de nuestra vida un eterno mirar fijamente la mancha en el suelo sobre el que hemos apoyado la frente. Más vale aplacar los ojos sobre una mancha en el suelo, calmar el cuerpo, liberarlo de su frenesí por cambiar de sitio, acercar otros cuerpos, aferrar objetos — porque al cuerpo le parece que esa es la vida, y que al avanzar, al estirar una pierna y luego la otra, al mover la boca y la cabeza al ritmo de los sonidos que llaman palabras, durante horas y horas y horas que llaman días, participa con valor en el engaño colectivo.

Más vale olvidar que hemos tenido deseos, no recordar la tosquedad con la que los han manipulado, menoscabado, estrujado, vaciado. Hacer que de todo — la luz en el mar las mañanas de agosto, la baba del caracol que se arrastró sobre tu mano de niña— no quede más que un cuerpo tendido sobre un suelo que alguien recogerá por piedad, un cuerpo del que por fin alguien cuidará sin pedir que le cuiden.

Hipótesis.

Sin embargo de la silla no cae nada; sin embargo el bolígrafo cava sobre el papel y sobre el papel vomita cada palabra, y la furia de la escritura me dice que el cuerpo no caerá. No, ha decidido que no caerá.

—Me hiciste una promesa — le reproché.

Los tranvías iban y venían, se cruzaban. Durante un tiempo me pareció poética esta Milán de los tendidos de cables. Nosotros, en el acera, prosaicos, vencidos.

—Tú también me hiciste una promesa. Dijiste que no querías cambiarme, que habías entendido que soy así y que no podré cambiar, tú también prometiste y, sin embargo, mira, ni siquiera has aguantado dos semanas.

—No he podido — admití.

—Yo tampoco.

Me marché. Cuántas veces pensé: «No puede dejar que me vaya así, no lo haré». Y sin embargo.

Hicimos el amor por última vez. Su cama se me antojó tan grande...

Con las luces del alba, miré su habitación (las paredes desnudas, la mancha en una de ellas, la silla sobre la que tiraba su ropa) y allí descubrí una familiaridad que la seguridad de que nunca más volvería a verla convirtió en tardía, en desconsolada.

Vittorio despertó y, al encontrarme tumbada a su lado, me miró casi con estupefacción. Como si hubiera dado por descontado que al nacer el día yo habría desaparecido, me habría evaporado, disuelto: pufff, Antonia ya no está, podemos ahorrarnos la despedida.

—¿Estás llorando?

—No — mentí.

—¿Segura?

—Abrázame, por favor.

—¿Seguro que no estás llorando?

—Sí.

Se liberó del abrazo. Tapó con la sábana su cabeza y la mía y, en la penumbra azulada que nos envolvió, me tocó la cara, siguió con ambas manos mis rasgos,

palpando como un ciego. Sus dedos tocaron mis mejillas, lentamente, después la nariz, subieron sobre los ojos, se detuvieron en los pómulos. «Dios mío», pensé, «está grabándose mi rostro antes de borrarlo.»

EL ALMENDRO PERFECTO

Mucho tiempo después, de puntillas

Llamé a la puerta del viejo Amilcare.

Me abrió como hacía siempre, como si cada vez estuviera esperando a una reina.

Puso unos ojos como platos.

—¡Por fin! Hace meses que te espero. — Para disimular la emoción, hizo una reverencia.

—Perdóname, perdonadme todos. Ha sido... agotador.

Me abrazó, sentí el olor a talco.

—Tenía miedo de que te hubieras olvidado de nosotros. Gracias por haber venido.

Me faltaron las palabras con que responderle. No supe decirle: «Es estupendo estar aquí».

—Ven, entra, quítate la chaqueta.

Miré con ternura los libros que hacía leer a Silvia, olí el aroma de su café.

—Silvia, háblame de Silvia, ¿has escrito un final para ella?

—No, yo no... yo no estoy ya tan segura.

El viejo Amilcare se irguió.

—Pero sabías desde el principio cuál sería el final, empezaste a escribir ¡solo para llegar a él!

—Sí lo tenía. Antonio vuelve a San F., curado de su hipocondría, porque Silvia lo ha curado. El dolor ha sido curado por el dolor y ahora ya no le tiene miedo. Ahí está la clave. Antonio regresa para quedarse. Y fundar una residencia para chicos con síndrome de Down.

—¿Y qué más?

—Imagínate el encuentro de Silvia y Antonio como me lo he imaginado yo. Es como si Silvia lo esperase con las ganas de todas las veces que nos la hemos imaginado encontrándose con él, todas las noches en las que casi hemos oído su corazón, loco de alegría solo de pensar en su regreso... Y mientras ve a Antonio venir por la calle blanca y polvorienta y el corazón le da un vuelco, suma mi sueño, y el de mi madre y de mi padre, y el tuyo y el de todo el mundo... Porque eso es lo que pasaría cuando Silvia encontrara lo que había perdido: lo encontraría para todos nosotros.

—Sigue.

—En San F., Antonio reforma una masía, una blanca masía inmersa en el canto de los grillos, y la transforma en el centro recreativo y cultural para chicos con síndrome de Down más grande y eficaz de la región. Planta almendros alrededor del edificio principal, hectáreas y más hectáreas. No tienes que imaginártela como una residencia, sino como un inmenso almendral que de noche ilumina la campiña que lo rodea. Antonio le pide a Silvia que vaya para que lea sus poesías a los niños y a los muchachos que vivirán allí y porque quiere que ellos también aprendan a bailar y a ser felices debajo de un

almendro. Porque el almendro, que da vida a chicos como Silvia, el árbol que aquella tarde en la iglesia ella quiso que desapareciera de la faz de la Tierra para que nadie más sufriera como ella sufría, el almendro es un árbol perfecto. Y así llama Antonio a la residencia: El Almendro Perfecto. Y en cada tronco de aquel inmenso almendral los chicos clavarían una tabla de madera con una prueba de la perfección del almendro. Si hubiera escrito esas páginas, Amilcare, también tú habrías podido pasear por aquella tierra baldía, sintiendo los terrones secos bajo los pies, mientras lees: «El almendro es un árbol rústico y longevo», «El almendro es muy poco sensible a las enfermedades y los parásitos», y lo mismo en los troncos siguientes: «Es un árbol que se adapta a muchos tipos de terrenos», «Le afecta poco la sequía», «De su fruto todo se aprovecha». Y al final: «En el mito de Atis, el almendro es símbolo del dolor a partir del cual, sin embargo, una nueva vida puede germinar».

—Y ahora, ¿qué falta ahora? — me preguntó Amilcare.

—La redención: eso es lo que falta. Yo creía de verdad que el dolor mismo era la cura del dolor, no sé si me entiendes. Si abro los ojos, alrededor veo mucho sufrimiento y ninguna redención: dolor inútil. Y ya hay demasiadas mentiras, en los libros y en el sucederse de los días, como para arriesgarse a contar otra.

El viejo bajó la mirada y, en su desilusión, me di cuenta de que me había equivocado: no existe resignación que traiga paz en la vejez, porque la esperanza continúa haciendo su labor de forma furtiva en nosotros.

—¿Es eso lo que has aprendido en estos meses?

Tragué saliva.

—Y el almendro — me apremió—, ¿el almendro ya no es perfecto?

Me mordí el labio y me callé.

—Ahora no te das cuenta, pero tu final existe. ¿Quizá un día lo escribirás?

—No quiero escribir cuentos..., la verdad...

—¿Cuentos, Antonia? Yo seré un viejo carcamal, pero sé que no podemos dejar de creer en la vida, en sus posibilidades, que son infinitas, en el deber de seguir siendo humanos, y en el amor, que es algo más grande que nosotros y siempre gana; al final queda eso, créeme, es más fuerte que todo. Y si dejamos de creer en estas cosas entonces todo se habrá acabado de verdad. Yo digo que un día escribirás ese final. Pero ahora dame esa chaqueta y ven al salón, estaremos más calentitos. — Y pareció reanimarse, sonrió y cogió la chaqueta de mis manos—. ¿Quieres que leamos una poesía?

—No, no, Amilcare, nada de poesías. — Busqué su mano salpicada de manchas—. ¿Te acuerdas? La poesía es una bomba. Por ahora, prefiero un té.

—Venga ese té — me respondió poniendo su mano sobre la mía.

Y sin embargo, incluso en los momentos más terribles, mientras cruzo los campos en tren y la imagen de Vittorio cuando me esperaba en un andén es como un peñasco en mi pecho, no consigo dejar de pensar que este mundo es innegablemente maravilloso. Los colores que se persiguen, los paisajes que cambian, una luna blanca colgada del cielo antes de que oscurezca. Y no sé explicarlo, pero esta belleza endulza el sufrimiento y al mismo tiempo lo vuelve inconsolable. Estoy detrás de una ventanilla. La belleza pasa.

Vittorio nunca más me esperará en ninguna estación. Creo que algún día volveremos a vernos. Y entonces podremos fingir que hemos madurado, que somos conscientes, que estamos amigablemente distanciados. Así, charlaremos sentados a la mesa de un bar, eludiremos los temas delicados, en los que sin duda acabaremos cayendo. Saldremos de ellos, él con desenvoltura, yo haciéndome un lío: él se dará cuenta, hará como que busca al camarero para darme tiempo a que me serene; cuando me mire de nuevo, yo pondré una sonrisa. Llamaré a un amigo con el que encontrarse, yo me tocaré el pelo. Nos despediremos con dos besos en la mejilla, nos diremos «Hasta pronto». Y nunca más volveremos a vernos.

Por la ventanilla del enésimo tren que cojo: primavera que grita, almendros en flor, cementerios blancos, imágenes como en fotograma de campesinos

encorvados sobre la cosecha. Un caserío en obras. Y árboles todavía desnudos y gráciles, ¿adónde van tan delgados?

De vez en cuando resuenan los recuerdos, los aparto, los acojo de nuevo; si cierro los ojos, me pierdo. Cuando duele demasiado, me despisto. Pero la ventanilla me llama — tanta vida, tanta languidez en su belleza, no los quiero, no los quiero más.

Esta primavera que empuja, susurra, apremia. No quiero promesas. ¿A qué viene este amarillo de los campos, este amarillo que estalla? Chis, calla, calla, es inútil que busque esa parte de mí; si todavía existe, está cansada de dejarse seducir.

De nuevo, ¿querré entrar en cada casa, imaginarme en aquellos balcones? Bajo esta luz de primavera, incluso el nombre blanco de una pedanía sobre un cartel azul, SAN LORENZO, parece precioso.

¿Qué es lo que quiere?

No, descansa, el tiempo de las preguntas ha acabado.

La guerra ha terminado.

He sido derrotada y al mismo tiempo, de algún modo, salvada. Con esa salvación sin triunfos que pertenece a quien ha estado ahí: en un lugar que se desmorona; donde una sola presencia abre de par en par las puertas, infla de viento las velas, hace que prendan, aumentando progresivamente, los sonidos del día. Donde se espera (que las cosas cambien, que él regrese, que la esperanza suelte a su presa obstinada, que el dolor se transforme, al final, en resignación). Donde crees que puedes mantenerte firme sobre tus piernas y fiel a ti misma, y en cambio ves que se acerca un hombre y crees que es él, y aunque sabes que no puede ser, por un momento crees que lo es — y en instantes como esos sientes que tropiezas, que el corazón cae como un fruto en el pecho.

Yo estuve allí, donde impera el «en cualquier caso» y en esta expresión, inevitablemente, cada parte de nosotros se dispersa. Donde vamos íntegros, o simplemente no vamos.

Vittorio esto no lo tendrá. Pensé: «Su nombre lo ha traicionado».

Pero me equivocaba: Vittorio está hecho para ser feliz, para su alegría azul, para su sonrisa amplia. Para un libro que leer columpiándose en una hamaca, para la felicidad sencilla del cigarrillo que se espera durante todo el día.

Que la vida te regale siempre estas cosas, Vittorio Solmani.

Ahora digo anochecer, no digo puesta de sol. La puesta de sol es demasiado roja. En mi caso, nada de espectáculo que deja sin respiración, que agita nuestras emociones, sino el lento crepúsculo que envuelve los contornos, que hace mágicos los haces luminosos de los faros que encienden los primeros coches, que se posa sin ruido ni estela de colores. Y en pocos minutos, en las copas de los árboles, en las laderas de las colinas, en las carreteras que suben entrando y saliendo de los túneles y los dejan atrás, sobre los pasos elevados desiertos, en las torres de alta tensión, ya es de noche.

EPÍLOGO

«Décimo día, el último. Llenar tres vasos con la mezcla para dárselos a tres personas.»

Hundo el primer vaso en el cuenco, lo lleno. La mezcla chorrea, ensucio la encimera; y al final, ¿quién querrá estos tres vasos?

«Añadir a la mezcla restante dos vasos de harina, uno de azúcar, uno de aceite de oliva, medio de leche. Triturar cien gramos de nueces, cortar una manzana a trozos, añadir.»

Las cuchillas del robot de cocina trituran con eficiencia, y también mis manos ahora están impacientes por trabajar.

«Añadir dos huevos, dos sobres de aroma de vainilla, un sobre de levadura, una pizca de sal. Mezclar.»

Ahora sí que tiene un aspecto horrible. Es una masa con grumos, amarillenta, un poco espumosa. ¿Tan espantosos son nuestros deseos?

«Poner la masa en una fuente. Hornear a 180 °C durante cuarenta minutos. Cuando estemos preparados, pedir el deseo.»

Ya está, hemos llegado. La cocina es un campo de batalla, pero siento una especie de orgullo por este desorden, una suerte de emoción.

Aunque no sé si de verdad quiero entregar esta masa al horno. Mañana cuando entre en la cocina ya no estará el cuenco con el pequeño monstruo informe.

El piloto del horno se apaga, ha llegado a la temperatura. Pongo la fuente en la bandeja más baja.

Me siento en el suelo y miro tras el cristal.

Y de repente, aparece Silvia, a cuatro patas a mi lado.

—Al final, no parece tan horroroso — dice, mirando por el cristal del horno —. ¿Puedo pedir también un deseo?

Pero un instante después, ya ha desaparecido.

Y ahora estoy sola. Estamos solos.

Tú aumentas de tamaño. Yo, sin embargo, tengo la impresión de haber empequeñecido. Estoy cansada, exhausta. Pero tú creces. Un poco demasiado por un lado, de modo informe, irregular, pero creces. Pero no te opones al calor. Las burbujas de aire que contienen se dilatan, suben, tu volumen aumenta, tu superficie adquiere color.

Me arrodillo para mirar mejor, acerco tanto la cara al horno que me arde. Mira, Antonia, una masa horrible que se convierte en bizcocho. Entonces, ¿aún existe la magia?

Cierro los ojos. Pido un deseo.

Una novela sobre el amor en la sociedad de nuestros días, en la que cada vez hay menos cabida para los soñadores y sus sueños.

¿Por qué es tan difícil ver la realidad cuando nos enamoramos?.

Nacida en un pequeño lugar de la Italia Meridional, Antonia llega a Milán con la maleta llena de sueños. Allí siente que por fin va a poder convertirse en la escritora que desea ser, aunque el ritmo frenético de las calles y sus gentes, así como el cielo que para siempre ha perdido su color, parecen querer disuadirla de ello. Pero todo cambia cuando conoce a Vittorio.

Vittorio es editor, es culto, apuesto, refinado, y en sus ojos brilla un aura oscura y una insaciable sed de libertad. Su vida social intimida a la muchacha y al mismo tiempo la fascina. El joven seductor pasa los días entre copas, charlas sobre cine, literatura y música hasta la madrugada en una casa siempre rebosante de amigos. Ella, como si de una fábula se tratase, se enamora perdidamente, mas Vittorio, como sus sueños, se muestra inalcanzable. Antonia, sin embargo, aceptará las reglas del juego... aún a sabiendas de que en su mano tiene muy pocas opciones de ganar la partida.

«El amor es la historia más vieja del mundo. Lo nuevo son las palabras que Claudia Serrano utiliza para contarla.»

Elle

Claudia Serrano nació en Bari, Italia, en 1984. Estudió filología moderna, especializándose en patología femenina en la literatura. Por su trabajo como periodista *freelance* ha recibido galardones tan importantes como el premio de periodismo Franco Sorrentino por su investigación sobre la condición de los invidentes en la ciudad de Bari. *Nunca estuve tan cerca* es su primera novela.

Título original: *Mai più così vicina*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2015, Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano

www.giunti.it

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Ester Quirós, por la traducción

Adaptación de la portada original de Adria Villa / Giunti: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Fotografía de portada: © Mihaela Ninic / Plainpicture

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4023-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Nunca estuve tan cerca

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos